



AMOR DE MACHOS

Lo que nuestra madre nunca nos contó sobre las cárceles

EDICIÓN ELECTRÓNICA® 2002

Jacobo Schifter, Ph.D.

EDITORIAL ILPES

SAN JOSE, COSTA RICA

1997

ÍNDICE

Prólogo	5
I. Aspectos generales	6
Fuentes de información	6
El ingreso	7
El primer impacto	11
Magnitud del fenómeno homosexual	14
Dos modelos para mirar la homosexualidad	15
Los funcionarios	16
Los privados de libertad	16
II. El “cachero” y el travesti	17
La iniciación	19
Las prácticas sexuales	28
Amor de “cachero”	32
III. El “cachero y el “güila”	33
La iniciación	43
La versión del “güila”	44
Cambios en las prácticas	47
IV. Las “zorras”	48
El trasero revolucionario	51
De poder y de joder	52
V. Relaciones de poder y de dinero	57
Prostitución de “zorras”	62
Violaciones	64
VI. Factores de riesgo en las relaciones	69
Alcoholismo y drogas	69
Uso y actitud hacia el condón	71
Intimidad	72
VII. Sugerencias para la prevención	76
Problema	78
El modelo holístico	79
Educación sexual	82
Aceptación de lo menos malo	82
Reconocimiento de parejas homosexuales	83
Ayuda en la desintoxicación	83
Prevención de la violencia	84
Jugar con el tiempo libre	84
Microempresas	85
Epílogo	86
Glosario	89

Dedicatoria

Para Ellyn Kaschak, mi amiga y hermana. Las relaciones de sangre no son necesariamente las más cercanas, ni las más solidarias. Ambos hemos aprendido que las familias no han sido la mejor creación en la historia y que para que funcionen, es necesario construirlas tanto como la sexualidad. Para establecer una relación de más de 30 años, se necesita algo más que compartir genes o apellidos. Como escritora y profesora de la Universidad de California, Ellyn es bien conocida. Pero para mí ha sido una gran influencia por haberme enseñado lo maravilloso del humor cínico judío y la vena de izquierda, cuestionadora, revolucionaria de mi pueblo. Aunque ella no aprecie mi obsesión por judíos como Levinas y Derrida (por ser machos con posiciones nada claras sobre el feminismo), compartimos la idea que el judaísmo es algo más que seguir preceptos religiosos: una preocupación de cómo podemos hacer este mundo más justo y respetar la diferencia, el “Otro” de Levinas.

Jacobo Schifter Sikora

Agradecimiento

Deseo agradecer la colaboración de mis compañeros del ILPES, Antonio Bustamante, Lidia Montero, Julián Gonzalez, Johnny Madrigal y Dino Starcevic, quienes me ayudaron con la revisión del trabajo. Hector Elizondo, como siempre, es mi crítico principal. También a los compañeros de Adaptación Social y del Ministerio de Justicia y Gracia de Costa Rica, quienes han colaborado tanto con el ILPES y con mi persona. Creo que este Ministerio ha sido pionero en reconocer la problemática de las cárceles, sin tratar de esconderlas como otros. Los problemas que en este libro se mencionan son comunes a todos los centros penitenciarios del mundo, sin embargo, son muy pocas las autoridades dispuestas a reconocerlos.

Lo descrito en esta obra, sin embargo, es responsabilidad exclusiva del autor y no representa la posición ni del ILPES ni del Ministerio de Justicia y Gracia.

Prólogo

Este estudio representa más de diez años de investigación en las cárceles costarricenses y centroamericanas. Mi interés en escribir sobre el tema de la homosexualidad en estos centros proviene de mi compromiso de luchar contra la infección del VIH. A partir de 1988 inicié talleres de prevención contra el sida como parte de mi trabajo en la antigua Asociación de Lucha contra el Sida, hoy convertida en el Instituto Latinoamericano de Prevención y Educación en Salud (ILPES). A raíz de este trabajo, fui contratado por la Organización Mundial de la Salud para realizar un estudio sobre los conocimientos y prácticas sexuales de hombres que tienen sexo con hombres en Costa Rica, que incluiría un apartado sobre la situación penitenciaria. De este trabajo realizado en 1989 utilizo alguna información en este libro. Posteriormente, inicié una serie de talleres con los privados de libertad para mejorar sus conocimientos sobre el sida y aumentar la prevención. Las distintas historias de cientos de prisioneros quedaron grabadas para siempre en mi mente.

El libro tiene como objetivo dar a conocer parte de la cultura sexual de la cárcel con el fin de mejorar los programas de prevención del sida. El interés es estudiar el tipo de relaciones que se dan y los factores que las ponen en riesgo de contraer el VIH. Este conocimiento se ha facilitado gracias a una serie de investigaciones que se han realizado con la estrecha cooperación del ILPES y el Ministerio de Justicia y Gracia. Finalmente, deseo hacer unas recomendaciones generales para que el modelo holístico dé nuevos pasos en la lucha contra el virus del sida.

Creo que todos los intentos de “colonizar” la cultura sexual de los privados de libertad, ya sea por charlas médicas o por terapias psicoanalíticas, exámenes obligatorios de sida, “folletitos” científicos de condones, “obritas” de teatro para atemorizar sobre el sida, visitas de trabajadores del Departamento de Control del Sida, fallarán a menos que aprendan a respetar esta cultura. Este tacto ha sido demostrado en Costa Rica por el Ministerio de Justicia y la Dirección General de Adaptación Social. Espero que a muchos otros Ministerios de Justicia en el continente les interese estudiar esta política, tanto en sus muchos aciertos como en sus errores.

Otro deseo, no menos importante para mí, es narrar cómo una cultura sexual, alejada del discurso de la clase media costarricense, es construida por los sectores más desposeídos de nuestra sociedad. Esta cultura carcelaria surge de manera paralela a la predominante y, a la vez, nos permite mirar, de manera distinta, la nuestra. Aún dentro de una contracultura sexual se establecen relaciones de poder que hacen surgir resistencias. Ningún discurso y práctica que traten de establecer reglas generales para toda la población está desprovisto de saboteadores, revolucionarios y mártires.

I. Aspectos generales

Fuentes de información

Este estudio tiene varias fases de investigación. La primera se realizó en 1989 como parte de un programa financiado por la Organización Mundial de la Salud, en el que participaban nueve países más.¹ El objetivo fue estudiar el riesgo de contagio del VIH entre hombres que tienen sexo con hombres. Se utilizó un cuestionario conocido como “Homosexual Response Survey”, elaborado en común para los nueve países. Para estudiar la posibilidad de pasar el cuestionario, se realizaron entrevistas a profundidad a ocho reclusos travestis u homosexuales abiertos de una cárcel. Esto permitiría que de una lista de 24 “homosexuales” que tenían en el archivo del penal, 22 decidieran llenar el cuestionario. Solo dos no quisieron responder. La muestra obtenida representa, por tanto, el grupo de los travestis y de los homosexuales ?obvios?, como ellos se denominan.

Adicionalmente, y con el afán de fortalecer la investigación en este centro penal, se pasó un cuestionario dirigido al personal administrativo. En enero de 1990, se les pidió que llenaran el cuestionario corto, autoadministrado, que evaluó algunos temas referentes a los síntomas, orígenes, formas de prevención del VIH y actitudes ante personas homosexuales. Se recolectó información de 37 funcionarios.

La segunda fase de esta investigación se inició en 1991 cuando el ILPES comenzó cursos de prevención de sida para los privados de libertad en los centros penitenciarios de Costa Rica. Los cursos se ofrecieron para todos los reclusos y, para 1997, más de mil privados se han matriculado en ellos. En estos cursos pudimos discutir temas relacionados con la cultura sexual de la cárcel. En vista que cada curso dura ocho sesiones de tres horas y se discuten temas relacionados con la sexualidad, la droga, el amor, la violencia, la prevención del sida y otros, estos cursos han provisto una riquísima información sobre la vida sexual de la cárcel. En 1993 se estudiaron las respuestas de los pretests y postests de un total de 188 reclusos de todas las orientaciones sexuales. Sin embargo, muchos participantes prefieren no hablar en público de temas muy íntimos. Con el fin de profundizar en temas específicos, se procedió, en enero y febrero de 1995, a realizar 12 entrevistas a profundidad con privados de libertad conocidos como “cacheros” (hombres activos en el sexo anal), “zorras” (homosexuales encubiertos) y “güilas” (jóvenes homosexuales), categorías no incluidas en la primera fase del estudio. Los participantes de los talleres holísticos fueron recomendando a compañeros que calzaran en estas categorías y la mayoría participó gustosamente en la entrevista. Unos habían llevado los talleres y otros no. Las entrevistas duraron de una hora a una hora y media cada una. Todos fueron entrevistados en dos o tres sesiones. El promedio de cada entrevista fue de tres horas.

¹ Schifter Jacobo y Madrigal Johnny, **Hombres que aman hombres**, Ediciones ILEP-SIDA, San José, Costa Rica, 1992.

Los entrevistadores son hombres gays que han laborado por años en los programas de apoyo a los privados de libertad por parte del sector de las organizaciones no gubernamentales. Ellos se han ganado la confianza de los reclusos y mucha de la información brindada demuestra este hecho. Los privados de libertad admiten en sus entrevistas desde homicidios cometidos hasta tráfico de drogas y prostitución en el centro penal. De no existir la seguridad que la información se mantendría totalmente confidencial, ellos no la hubieran brindado. El conocimiento del léxico y la cultura sexual que demuestran los entrevistadores logra en muchas ocasiones la admisión de prácticas y sentimientos no reconocidos.

Han cambiado algunas cosas con la introducción de los talleres holísticos en la cárcel con respecto a la cultura sexual. Los resultados de las evaluaciones demuestran que la comunicación sexual mejoró, el uso del condón se incrementó, los conocimientos sobre la enfermedad mejoraron y la homofobia bajó.² No obstante, estos cambios no han alterado las relaciones sexuales principales que predominan en los centros penitenciarios, por lo que la información recabada en estas tres fases de la investigación continúa vigente.

Con tal de mantener el anonimato de los privados de libertad y funcionarios que participaron en estos estudios, hemos cambiado los nombres o usado siglas. Omitimos, también, los nombres de los centros penitenciarios seleccionados para la muestra y todas las descripciones que pudieran identificar tanto a las cárceles como a los internos.

El ingreso

San Sebastián es la prisión de ingreso en San José; de ahí se pasa a las otras. Tiene un nombre largo, propio de la jerga administrativa: Centro de Atención Institucional de San José. La gente de la calle la conoce por otro, tomado de la zona capitalina donde se ubica, San Sebastián. Se encuentra en uno de los barrios marginales del sur de San José, a pocos minutos de todas partes, como muchos sitios en la capital costarricense.

Es un edificio austero. En su fachada principal, el recién llegado se topa con las sobrias paredes verde claro, y con un grupo de esculturas sentadas, campesinos, que parecen mirar fríamente, con la vida que no tienen. De noche suelen asustar a los transeúntes que no notan que son de piedra. “¿Para qué poner una estatua de campesinos en una cárcel en que los reclusos son en su mayoría urbanos?”, nos preguntó una vez un invitado de otro país. “Para que la gente entienda que la falta de tierra y la expulsión de los campesinos a las ciudades es lo que ha jodido este país”, respondimos sin creernos la explicación.

Después, las verjas exteriores, la ventanilla donde una funcionaria pregunta la razón de la visita. Luego, la mirada hostil o indiferente de los guardias que abren la puerta de vidrio por la que se accede a la zona administrativa del presidio.

Esa, sin embargo, es la realidad “oficial”, la de los visitantes ocasionales y la de los funcionarios.

² Johnny Madrigal, **Impacto de la prevención del sida en privados de libertad costarricenses**, ILPES, San José, Costa Rica, 1993, p.1.

Existe otra, que se anticipa desde la fachada misma, si se camina un poco hacia el sur del edificio. Allí, las cosas cambian radicalmente.

Las paredes, de pronto, pierden su color y se vuelven grises y manchadas por la humedad. Allí hacen filas, que a veces parecen interminables, quienes van a visitar a los privados: hay hombres, claro, pero la mayoría son mujeres que uno adivina madres, esposas o novias. Se enfrentan al proceso de admisión, los días de visita: la espera mientras se pasa el papeleo, la mirada inquisitiva de los guardias, la revisión más o menos minuciosa. Arriba, por encima de los muros, casetas de guardas, alambradas, armas.

Pero hay otra realidad, la más dura de todas: la de los privados de libertad, los “inquilinos” permanentes de la prisión. Llegan allí escoltados, vigilados, en sus “perreras” (nombre que, en la jerga popular, se da a los vehículos oficiales para el transporte de los privados de libertad), que atraviesan un enorme portón metálico gris.

El recién llegado arriba, la más de las veces, esposado, y pasa de repente de la oscuridad del auto a la enceguedora luz del exterior.

Rápidamente es llevado a la sección de “recibo”, donde se hacen los trámites administrativos para su ingreso definitivo en la prisión. En una larga banca de madera, bajo la vigilancia de los guardias de uniformes azules, los de nuevo ingreso esperan su turno para ser admitidos. La mayoría son individuos pobremente vestidos, sucios, sentados en silencio y que miran recelosos todo a su alrededor.

Tras una vieja máquina de escribir, uno de los guardias elabora la ficha de ingreso, para luego tomarles las huellas digitales. Luego son llevados a una oficina donde, tras una entrevista, se define el plan de atención que recibirán en la prisión, y el ámbito (o sección) al cual serán remitidos. Oímos que se está entrevistando a un nuevo recluso: “¿Profesión?”, indaga el funcionario. “Gerente de banco, responde el nuevo inquilino”.

Si llega a este penal por primera vez, sin tener aún sentencia, el privado de libertad es enviado a Indiciados A, mismo destino que espera a los primerizos que llegan después de haber sido sentenciados.

El ámbito B1 es el sitio donde se ubican los reincidentes sentenciados, que ya han estado antes en prisión. En caso que alguno tenga problemas con uno de los “inquilinos” del B1, es enviado al ámbito C1.

Los indiciados varias veces están destinados a los ámbitos B2 o C2. En otras prisiones del sistema penitenciario costarricense existe la sección de Máxima Seguridad, donde van los privados conflictivos, aquellos que han sido enviados por una sentencia muy alta, o que deben ser aislados por razones de seguridad personal.

Una vez que el proceso administrativo ha terminado, comienza para el privado de libertad el viaje hacia el corazón de la prisión. A través de pasillos estrechos, pintados de azul y crema, debe cruzar puertas de barrotes metálicos y cerraduras eléctricas, que se abren sin

que se sepa quién las opera. Conforme se avanza, las caras se vuelven cada vez más hostiles.

De repente, la realidad se hace presente. Cuando se pasa la última puerta de la sección administrativa, el privado se topa con su nuevo mundo: el interior de la prisión. El guardia que vigila el lugar le da la última revisión y se abre una segunda reja. Esa es la frontera real entre la libertad y su ausencia. Es entonces cuando la verdadera cárcel muestra su cara. Aquí me espera mi guía y mi contacto para introducirme en la sociedad carcelaria: Pico de Lora. Lo veo venir hacia mí. Es un hombre de unos treinta años bastante atractivo. Su pelo es negro con algunas canas. Viene sin camisa y tiene un pecho fenomenal como si fuera fisicoculturista; sus facciones son finas. “Buenas tardes”, me dice con voz gruesa. “¿Usted es el que viene a escribir sobre nosotros?”, pregunta él. “Sí, quiero hacer un libro sobre la cultura sexual y me recomendaron que usted me puede ayudar a realizar los contactos”, le digo con seguridad. “¿Pues va a escribir sobre cultura o sobre sexo?”. “No Pico de Lora, usted no comprende. La cultura sexual es un solo tema”, le respondo complaciente. “El que no entiende ni mierda es usted”, me contesta. “¿Viene usted a escribir un libro de veras o a samuelear para luego írsela a sobar a la casa?”, me dice con toda seriedad. “Vengo a escribir un libro y si me la sobo después, no es su problema”, le respondo para hacerme respetar. Pico de Lora sonrío y no pregunta más.

Tras la reja, un remedo de “pulpería” sirve para que los privados compren refrescos, golosinas y comida empacada. “Este es el Mall Internacional”, nos dice el pulpero, otro recluso. “Aquí se aceptan todas las tarjetas de crédito con la excepción de Atrac-o-Express. El problema es que no se devuelve ninguna”. “¿Y qué venden aquí?”, le pregunto. “Pues desde una pinche pizza hasta pato a la naranja. Los fines de semana tenemos zorras adobadas”, contesta el pulpero. Pico de Lora guiñándome un ojo me dice: “La zorra es la pulpera”.

Un poco más allá están los grandes estañones repletos de basura y moscas donde se recolectan los desechos de los ámbitos. “Esta es el ave nacional de San Seba, la mosca, señala mi acompañante. Hay quienes las tienen como mascotas”. Allí comienza el largo pasillo, cercado de malla metálica, que conduce al destino final de los privados de libertad. El olfato es la primera víctima: es imposible escapar del penetrante olor de la “Carbolina”, un fuerte desinfectante que se usa para mantener lejos cucarachas y otras alimañas, y que, licuado en agua, se rocía por todas partes. “Si no gusta el olor, continúa Pico de Lora, ahorita te rocío Paco Rábano”, agrega él.

Tampoco es posible escapar de las miradas que, según advierten a los visitantes, no deben ser devueltas. Las miradas se clavan en el recién llegado desde todas partes: desde quienes circulan por el pasillo y desde las oscuras ventanas de los módulos, separadas de aquél por una zona “verde”. “¿Por qué es que los internos clavan la mirada?”, le preguntamos a Pico de Lora. “Pues es que la mirada es un televisor a colores, nos responde. Cuando vos entrás en el tabo (la cárcel), los compas miran cosas diferentes”. “¿Diferentes colores?”, indago extrañado. Pico de Lora se pone molesto ante tanta duda y como que no quiere la cosa, responde:

Sí, es como si vos miraras una película en blanco y negro y se te da el color de un momento a otro. Por ejemplo, yo a vos te miro ahora en blanco y negro pero me doy cuenta que tenés una cadena de oro. Esta se ve a puro color porque yo la quiero. Cada maje mira el color en dónde está su deseo. Un cachero te mirará el trasero rosadito mientras que un atracador percibirá como rojita tu billetera, llena de tucanes de color.

Pico de Lora tiene cierta razón. Todos tenemos nuestras pantallas en blanco y negro y los colores se agregan de acuerdo con lo que nuestras cabezas decidan es de su interés: no hay una mirada específica ni un interés general. Los reclusos miran al nuevo compañero de acuerdo con sus deseos y éstos varían cada minuto. Sin embargo, he tomado conciencia de todo mi cuerpo. Me siento como un arco iris ambulante. “¿Qué significa cachero?”, le pregunto a Pico de Lora. “¡Ay, no te hagás el maje!”, me responde como quien no cree en mi ignorancia. Como no reponde le pregunto “¿Y por qué el trasero de color rosado?”.

Me quedo perplejo pensando en los televisores. Nuestras cabezas, todas ellas, poniéndole color a lo que nos gusta y dejando en blanco y negro lo que no. Suena gracioso pero esconde una gran tragedia. Cada uno en lo suyo; solo importa lo que se desea. Estamos en una misma prisión y cada uno escoge lo que mira. No puede haber mucha imparcialidad en la mía. Yo tengo mis colores. “Pico de Lora, ¿significa que no puede haber solo un libro sino que miles acerca de esta cárcel?”, pregunto sin esperar respuesta. “¿Cuáles colores estás viendo ahora?”, me cuestiona.

Conforme se avanza por el pasillo la desesperación embarga a quien lo recorre: es allí, por primera vez, donde se siente cómo la libertad se aleja. Al final del pasillo, se levantan, lúgubres, las rejas que están a la entrada de los módulos, destino final de los privados de libertad. Un montón de hombres se apiñan en celdas que apenas se planearon para la mitad de ellos. “¿Quién lo diseñó?”, pregunto inocentemente. ¿‘Diseñar?’ me pregunta Pico de Lora con sorna. Perdoname el atrevimiento pero es que diseñar me suena a cosa fina y ésto es un caquero. El que lo hizo o lo concibió, digamos, era un carnicero o un arquitecto público, que es la misma mierda”.

Entramos en una celda cualquiera. Huele a sudor pero no yede. Los reclusos están limpios y nos vuelven a mirar. “¿Es este un sapo (policía) o un funcionario público?, pensarán de mí”. “Compas, les digo, vengo a escribir un libro”. “Mirá, acaba de llegar Trumán Chayote a hacer una novela”, me responde un travesti venenoso. “Yo soy la Madre Teresa y una Gran Puta”, continúa el travesti que luego se identifica como Clítoris. “No, de verdad quiero escribir un libro sobre ustedes”, les respondo mientras me pregunto qué carajo me tiene haciendo este trabajo. Me quedo mirando fijamente a Clítoris. Pienso que es la loca más fea que he visto en mi vida: tiene senos caídos que se desinflaron por falta de silicón, una boca inflamada de tanto golpe y una nariz más torcida que un martes 13. “Bueno, chicas, como se murió la princesa Diana, los paparazzis no tienen nada que hacer y nos vienen a fotografiar. Voy a revisar si mi chofer no está pijado para que me lleve inmediatamente”, dice Clítoris haciéndose la graciosa. Los demás reclusos, acostumbrados a los quiebres de esta loca, se ríen como entre sorna y

simpatía. “¡Bueno ya!, les dice mi acompañante. Dejen que el compa haga sus entrevistas para que cuente lo que vivimos aquí”. “¿Bueno y de qué se trata tu libro?”, pregunta Toro. “Vengo a escribir de la cárcel y el sexo”, respondo con temor. “¡Santa María, se despichó Tere!”, exclama Clítoris, haciendo que se desmaya.

El primer impacto

Las cárceles se caracterizan por el congestionamiento, producto del incremento de la población, la criminalidad y las penas contra ciertos delitos, como el tráfico de drogas. En las escogidas para realizar las entrevistas, la sobrepoblación, en 1997, es mayor del 100%. Cárceles que se construyeron para una población meta de 300 personas tienen hoy día más de mil. Pabellones destinados para 40 personas tienen un promedio de 100. Celdas con capacidad para cuatro personas, tienen 15. Para 1997, las prisiones tenían 5.730 personas. Pico de Lora me cuenta que la congestión produce violencia. “Cuando usted pone a las ratas en espacios pequeños, se terminan comiendo unas a las otras”, me dice con tristeza. “Aquí las ratas son más libres que nosotros y están más desestresadas porque andan para abajo y para arriba”, comenta él.

La congestión hace que muchos privados de libertad ni siquiera tengan una cama o un colchón dónde dormir. Los baños están siempre llenos y hay que esperar horas para hacer las necesidades. En algunas cárceles, las goteras inundan los pabellones cuando llueve. Las ratas y cucarachas se miran por doquier. “En una de ellas, existe un nido de ratas tan grandes que ni siquiera con “Racumín” (raticida) se mueren”, dice Enriqueta, un travesti.³ Los mosquitos atacan incesantemente. “El que no tiene incienso para quemar tiene que sufrir de las picaduras toda la noche”, dice Jara. “Solo los que comen ajo se salvan de tanta masacre”.

En muchas de ellas de estas cárceles no hay nada que hacer. Las oportunidades de trabajo o de estudio son muy limitadas. En algunas, hasta 1993 con la llegada de ILPES, no existían fuentes de trabajo ni de estudio. Los presos estaban encerrados todo el día, salvo la salida para recibir el sol o a las misas cristianas. La escuela de una de ellas solo tiene doce pupitres. El taller de computación solo puede recibir a diez personas. Sin embargo, la población penal oscila entre 700 y 1.000 internos. En la más grande, con una población penal de más de 1.500 reclusos, las posibilidades de estudio son algo más amplias. No obstante, un porcentaje muy pequeño de los prisioneros se beneficia de ellas. Las fuentes de trabajo son también limitadas. Muy pocas compañías se han instalado para utilizar la mano de obra barata de la cárcel.

Los pabellones o celdas están divididos en pequeños nichos o covachas que sirven de único espacio personal para el privado de libertad. Con una colcha, cobija, sábana o cartón, los reclusos encierran el pequeño espacio de su cama para sí mismos. Estos nichos sirven para muchas cosas: planear un asalto, hacer una confesión, masturbarse, tener

³ Los nombres de pila de los travestis, como los de los otros reclusos, han sido cambiados. Sin embargo, dejamos los nombres de los primeros en femenino porque así quieren ellos ser llamados.

relaciones sexuales y planear una fuga. A pesar de no poder mirar lo que pasa adentro, todo se oye y la verdadera privacidad no existe. “Yo me doy cuenta hasta del último pedo de cada covacha”, nos dice Lola, otro travesti. “Nada se puede esconder aquí. La única privacidad que se tiene es la ley del silencio, que evita que los reclusos informen a los funcionarios”. Sin embargo, ellos asumen que la privacidad se da cuando se finge no ver lo que pasa. “Aquí se violan a un tipo delante de todo el mundo. Se meten en la cobacha y uno oye los gritos y gemidos, dice Carlos. No obstante, ellos hacen como que, por la colcha, nadie vio nada”.

La cárcel es un mundo de hombres. No solo existe un contacto físico estrecho sino que también emocional. “Desde que uno llega aquí la única compañía es la de otros hombres. Uno come, caga, duerme y coge con ellos”, nos dice Pablo. La prisión hace que se busque a otros varones para conversar, intimar, planear y soñar juntos. “Uno se ve forzado a compartir todo con ellos. Lo que uno hablaba con la madre, la novia, el hijo, ahora lo hace con un compañero de celda”, explica Luis.

Sin embargo, los privados de libertad entran sin ninguna preparación sobre la cultura que encontrarán. José no podía creer, por ejemplo, que esa muchacha femenina que vio pasar en el pabellón no era tal, sino un hombre. “Yo sé que debía haber pensado que ésta era una cárcel de hombres pero estaba tan impactado que ni me pasó por la mente que era un homosexual. Creí que era una funcionaria entrevistando a un preso. Cuando me di cuenta, casi me desmayo”. Enrique ingresó en un módulo en donde un travesti besaba apasionadamente a su “hombre” y ésta fue la primera vez que veía a dos varones besándose. “Creí que me iban a agarrar a mí luego. Nadie me explicó lo que estaba pasando”. Otros como Carlos ingresan en medio de un pleito entre amantes. “Yo estaba todo deprimido y, cuando entro en la celda, hay un bochinche entre un viejo y un jovencillo en que el primero acusaba al segundo de haberle puesto el rabo a otro. El jovencillo me preguntó: ¿Verdad que es mentira que yo anduve con Pico? Como me dio lástima, yo le dije: “Sí, jamás te he visto con Pico”. En otros casos, muchos jóvenes o travestis son violados la misma noche en que ingresan. “Yo no tuve tiempo, nos dice Claudia, un travesti, de adaptarme a nada. Esa misma noche me violaron tres sádicos”.

El sistema castiga el crimen con el encierro y el hacinamiento. Las personas se encuentran en cercanía física tal que los reclusos están más juntos que en ninguna otra situación. “Ni siquiera con mi esposa tuve yo el contacto físico que tengo con los compañeros de celda, dice Luis: sé cómo comen, cómo duermen, cómo y cuándo hacen sus necesidades, qué piensan, qué quieren y qué desean”. La intensidad de la comunicación es tal que Pedro cree que “no existe una relación así de cercana en otras esferas de la vida. Uno no está afuera con nadie las veinticuatro horas al día; no es común conocer tan intensamente a alguien”.

Esta cercanía física y emocional conduce al incremento de las relaciones homosexuales. “Es un brinco corto el que se da desde depender de un compañero para todo y terminar haciendo el amor con él”, revela José. “Quizás no todos lo hagan, tal vez no con el hombre más amigo pero la realidad es que tarde o temprano, y generalmente más temprano de lo que uno piensa, termina enamorándose de un varón”, concluye Fernando.

De acuerdo con los resultados de un cuestionario tomado por 188 reclusos que llevaron, en 1993, los talleres holísticos de prevención, solo un 23% cree que la homosexualidad es baja. El 72% admite que existe en algún grado.⁴

La reclusión produce un "estrés" que Hart menciona como conducente a cambios radicales en la conducta sexual. No solo se dan relaciones homosexuales sino que aumenta mucho la libido.⁵ Juan Carlos cree que la cárcel lo ha hecho más "jugado". "Yo ahora necesito coger todos los días. Lo que antes duraba en hacer una semana, lo hago diariamente. Siento una necesidad enorme de echarme maes, día y noche". El sexo es uno de los pocos placeres que se encuentran en la cárcel. Para algunos "esto es fiesta todos los días" ya que las orgías no faltan en ninguna celda.

La cultura carcelaria es más tolerante con la homosexualidad. Mario nos dice que "lo primero que uno nota en el pabellón es la facilidad con la que los hombres se besan y andan de la mano ante todo el mundo". Nadie se disturba por mirar las parejas que se forman y en la noche, según el mismo entrevistado "se oyen los gemidos y los gritos de placer dentro de los distintos nichos". Los demás, según él, "se masturban oyendo a los "cacheros" volándose a los playos". Por más varón que uno sea "la playada está por doquier".

En algunos lugares, la tolerancia es tan amplia que hasta "desfiles de belleza" se organizan. Los travestis aprovechan los fines de semana para organizar los eventos. "Yo fui Miss Soda 1995", nos dice orgullosa Lola, un travesti de 23 años de edad. Según él, la competencia fue muy dura porque habían muchas participantes. "Pero yo fui la más bella, para cólera de muchas de esas grandes putas". Lola obtuvo casi cuarenta votos más que la primera contendiente. "El público fue justo, apunta ella, ya que yo no usé hormonas como La Chepa, que es más artificial que una teta de silicón", nos dice orgulloso.

Los reclusos reconocen que existen parejas casadas. Cuando un "cachero" se desposa con un travesti, los demás saben que éste es su "mujer" y que "mejor no meter mano porque se la cortan", dice La Castilla, un travesti viejo. "Aquí lo único que falta es que la Gran Traidora (un religioso del país que se rumora que es homosexual aunque persigue a los homosexuales) venga a hacer el matrimonio religioso", continúa. Las parejas son tan aceptadas que hasta "fiestas de aniversario se dan", concluye. "Una loca, nos dice él, hasta llegó a decir que estaba embarazada. La verdad es que estaba estreñida". "Hubo un caso en que fui madrina de bodas en una cárcel de la cual no quiero acordarme, dice Rosa, un travesti. Compramos un queque de novias y vestimos a la loca de blanco con las sábanas de tres nichos. Era un vestido impresionante de lindo porque La Chica

⁴ Johnny Madrigal, **Impacto de la prevención del sida en privados de libertad costarricenses**, ILPES, San José, Costa Rica, 1993, p. 18.

⁵ G. Hart, **Sexual maladjustment and Disease: an Introduction to Modern Venereology**. Nelson-Hail, Chicago, 1973.

Orégano', otra loca de allá, le hizo una corona con cáscaras de coco y la llenó de ajos blancos. Uno no sabía si la que se casaba era la hija de Drácula o una novia de verdad. Bueno, de verdad no era porque Rosa lo único que tenía para merecer casarse de blanco era su cuenta bancaria. Así se la dejó el novio quien le sacó hasta el último cinco a la pobre".

En algunas cárceles los reclusos que sean encontrados en sodomía son castigados y enviados a etapas más cerradas y de menos libertad. Sin embargo, es muy difícil que los policías ingresen de noche a los pabellones o a las celdas. Y si lo hacen, son los mismos compañeros quienes les avisan. "Yo estaba en una situación algo embarazosa, si me entendés; estaba, en otras palabras, en lo mejor de lo mejor cuando oigo que me dicen: Chepa, sacáte lo que te estés comiendo porque hay redada".

Los policías prefieren cada vez más hacerse de la vista gorda cuando encuentran a una pareja en sodomía. Los amores son tan intensos que cuando se llevan a un "güila" o a un travesti a otro pabellón, como castigo al ser sorprendido con "las manos en la masa", nos dice un policía, hay hombres que se cortan las venas de la desesperación. "El dolor de la separación es un problema tan grande que es mejor dejarlos tranquilos haciendo el amor", agrega él. "Bueno, nos dice un travesti, eso depende del policía. Algunos son tan playos como nosotras y nos hacen ojitos cuando nos agarran haciendo el amor. Uno me dijo: 'Machita, termine lo que se está comiendo y luego me da a mí un poco'. Otros son un reguero de hijueputas y por la mínima sospecha, nos mandan para el calabozo".

Magnitud del fenómeno homosexual

La pregunta de cuán extendida es la práctica homosexual en la prisión es tan antigua como el sistema penitenciario mismo. Havelock Ellis⁶, en su famoso libro, *Studies in the Psychology of Sex*, dice que el porcentaje de hombres que es sexualmente perverso se aproxima al 80%, aunque él reconoce que en sus "momentos pesimistas cree que en realidad todos lo son". Joseph F. Fishman⁷ en el libro que se convirtió en un clásico, *Sex Practices of Prisoners*, publicado en 1934, opina que el porcentaje en las prisiones norteamericanas oscila entre el 30 y el 40%. Fishman recomienda como una de las maneras de evitar el homosexualismo en las prisiones permitir las visitas conyugales. Su obra se convirtió en una denuncia de la falta de libertad sexual, léase heterosexual, de los prisioneros. En Costa Rica, la visita conyugal es ahora un derecho de los prisioneros. Sin embargo, la descripción que Fishman hace de las relaciones homosexuales en su estudio de las cárceles norteamericanas es idéntica a la nuestra.

De acuerdo con la información recabada en los talleres holísticos de 1993, el 72% de los participantes admite que existe. Más del 50% reconoce que la homosexualidad tiene desde una incidencia regular hasta una alta.⁸

⁶ Havelock Ellis, **Studies in the Psychology of Sex**, New York, 1936.

⁷ Joseph F. Fishman., **Sex Practices of Prisoners**, Padell Book Co., USA , 1951, p. 81.

⁸ Johnny Madrigal, **Impacto de la prevención del sida en privados de libertad costarricense**, ILPES, San José, Costa Rica, 1993, p.18.

Tomando en cuenta que, además de las relaciones de pareja, existen los hombres mayores que seducen a reclusos jóvenes (“güilas” o “cabritos”), los homosexuales encubiertos, los bisexuales que se relacionan con un homosexual encubierto o uno abierto de manera ocasional, los funcionarios que sostienen relaciones sexuales con presos, visitas homosexuales masculinas, los presidiarios que, cuando cuentan con permiso para salir, establecen relaciones homosexuales fuera de la cárcel, es posible conjeturar con fundamento que más del 70% de los prisioneros practica la homosexualidad. Los mismos privados de libertad así lo confirman. Luis nos dice que de 700 reclusos que hay “unos quinientos se apuntan”. Juan cree que un “40% de los compañeros tienen relaciones homosexuales”. Como veremos más adelante, un solo prostituto ha tenido relaciones con un 25% de los reclusos. En el caso de ciertos pabellones “todos los compañeros son sodomos”, nos dice Toro. “Mirá, aquí antes llamaban a los de mi cuadrilla ‘Los Leones’ por su fama de carniceros. Ahora les dicen ‘Las Felinas’ porque, aunque matones, son un montón de playos”.

No es de extrañar que el índice de enfermedades venéreas en La Reforma sea alto. En un año, el 15% de los travestis y homosexuales que llenaron el cuestionario había contraído sífilis y el 8% gonorrea. El contagio es frecuente tanto para los travestis como para los otros reclusos.⁹

Dos modelos para mirar la homosexualidad

Es importante añadir que la percepción sobre la homosexualidad varía mucho en distintas comunidades. En los sectores medios, ser homosexual es visto más como una condición psicológica, cuya génesis se debe a un supuesto desarrollo por etapas. Esta es una visión más acorde con la psicología moderna que ha propuesto teorías de normalidad y anormalidad. Para los sectores modernos, si una persona resulta homosexual es porque hubo un “desvío” en un supuesto desarrollo natural hacia la heterosexualidad. De ahí que ellos tiendan a culpar a los padres o a la sociedad por esta supuesta “anormalidad”. Su aversión hacia esta preferencia sexual se asocia con un “carácter” homosexual, con supuestas “anormalidades psicológicas”.

Para los sectores populares, como los de la cárcel, la homosexualidad es vista como una inversión del género que no responde a un desarrollo psicológico. Los individuos de extracción de clase baja generalmente miran la sexualidad más por el cuerpo que por otros factores. Las personas homosexuales son las que trocan lo masculino por lo femenino. Un hombre puede ser heterosexual siempre que sea masculino y lo mismo para la mujer. De ahí que los “cacheros” no sean percibidos como homosexuales.

Los funcionarios

En las entrevistas a profundidad realizadas a los funcionarios se les solicitó que respondieran a dos preguntas generales acerca del homosexualismo: sus posibles orígenes y la actitud ante el homosexual.

Los resultados indican que conceptúan la homosexualidad como una enfermedad. Ninguno la describió como una manifestación más de la sexualidad o como la característica de una minoría sexual o cultural.

Los funcionarios muestran una concepción de la homosexualidad que llamaremos “moderna”. Esto significa que consideran, influidos por el pensamiento psiquiátrico, que la sexualidad se determina por el objeto del deseo: las personas son homosexuales, heterosexuales o bisexuales de acuerdo con quiénes tienen relaciones sexuales. Si un hombre tiene relaciones sexuales con otro hombre, se le considera homosexual o bisexual, pero jamás heterosexual. De ahí que tanto el activo o el pasivo en una relación sexual, sea visto como homosexual. En este punto difieren de los privados de libertad, como analizaremos más adelante.

Los privados de libertad

Los reclusos también miran la homosexualidad como anormal. El discurso homofóbico en el país es demasiado fuerte como para que lo puedan cuestionar. No obstante esta similitud, existen grandes diferencias con los funcionarios. A diferencia de ellos, los reclusos solo miran como homosexuales a los travestis. La gran mayoría considera que el homosexual es el “playo”, o el “gay”, que para ellos significa un travesti. Los hombres que incurrían en sodomía, pero que son activos y masculinos, no entran en esta categoría, sino en la de “cachero”. Este no es un homosexual en la cultura sexual de la cárcel. “¡No!, no, nos dice Daniel. El homosexual es un playo, jamás un macho. Yo soy supermacho. ¿No ves que tengo los huevos bien puestos? El que me vuela a un chiquillo no tiene nada que ver. Cualquier hombre lo haría en mis circunstancias”. José también comparte esta opinión: “Vea, un “cachero” que se coja a un playo jamás es visto como tal. A mí no me diga usted que yo que me he echado a tres comemierdas a pura cuchilla, soy homosexual porque me meta con La Chepa. O que un señorito de San José es más hombre que yo porque ande con una mierdosa. La hombría no se mira aquí así”, concluye él.

Existen varias razones para explicar la diferencia de percepciones. Los reclusos, en primer lugar, pertenecen a un sector social más bajo que el del personal. (Hay que tomar en cuenta que en el cuestionario que suministramos a 188 privados de libertad que asisten a los cursos de sida, solo el 7% ha terminado la educación secundaria¹⁰). En las clases bajas, la concepción “moderna” que la orientación sexual se determina por el objeto de atracción sexual, no está tan difundida. Predomina más bien la idea que las personas se

10 Johnny Madrigal, *Impacto...*, p. 14

dividen de acuerdo con la actividad y la pasividad. En otras palabras, ellos creen que es la práctica sexual la que determina si se es hombre o mujer. Un hombre, para la cultura popular, es un penetrador, ya sea de hombres, mujeres, niños o animales. Todo aquél que es penetrado es femenino, ya sea hombre, mujer, niño o animal. Un hombre que penetre a otro hombre, como sucede en la cárcel, sigue siendo tal.

A diferencia del personal, los reclusos tienen, a la vez, una visión menos “ambientalista” acerca de la etiología de la homosexualidad. Esto significa que su percepción es más “esencialista”, o sea que creen que los homosexuales nacen como tales y poco se puede hacer para cambiarlos. Muy pocos consideran que la influencia de otros, el abuso sexual o la estructura familiar estén relacionados con la homosexualidad. Para Luis, el homosexual nace así “por las hormonas femeninas”. Carlos cree que es algo “genético”. Pedro lo mira como producto de alteraciones “químicas”. Otros creen que es el “exceso de chineos y de cuidados”.

En cuanto al “cacherismo”, los privados de libertad sí lo asocian con factores ambientales: el hombre macho que practica la sodomía lo hace por “falta de mujeres”, como dice José, por “necesidad de tener sexo”, según Toro o por “cara de barrismo”, o sea por no tener otra cosa mejor que hacer, como asegura Carlos Alberto. En vista que es producto del ambiente y de situaciones extremas, los reclusos no lo miran ni como enfermedad ni como algo fuera de lo normal: “El hombre quiere meter la picha para sentirse hombre y si no tiene una vieja, pues se coge a un mae”, dice Enrique. “Uno se hace “cachero” por las circunstancias pero, si tuviera mujeres no buscaría a los playos”, dice Chino.

En vista del poder que ejercen los “cacheros”, su discurso sexual predomina en la cárcel. Los mismos homosexuales aceptan que sus amantes no son homosexuales, ni que tienen mucho en común con ellos. Cuando se refieren a sus amantes, jamás los llaman homosexuales. Los travestis aceptan, por su parte, que ellos son, en la práctica, mujeres. Parte de esta aceptación es la interiorización del poco valor que tiene la mujer en una sociedad machista. Los travestis deben lavar, cocinar, limpiar y barrer “la casa”, nicho o covacha, en donde viven con su “hombre”.

La visión esencialista de la homosexualidad y la percepción que solo los pasivos son homosexuales hacen que los “cacheros” sean más tolerantes. A diferencia de los funcionarios, los reclusos no culpan de la homosexualidad a la familia, a los padres, o a la situación económica. Creen que es una enfermedad con que se nace y es injusto acusar a nadie por ella. “Yo creo que el playo nace así y así se queda, nos dice Chino, y nada se puede hacer para cambiarlo. ¿Para qué va uno a pedirles que hagan otra cosa?” Lo mismo opina Daniel que considera que es algo “genético” y un crimen “hacerlo sentir mal por ser así”. Toro comparte la opinión de que el playo es “una mujer” y que así “nace”, por lo que se le debe tener consideración.

II. El cachero y el travesti

La cárcel es una institución llena de contradicciones: por un lado hay una gran tolerancia hacia la homosexualidad y, por el otro, una cultura masculina agresiva y hostil hacia lo débil y lo femenino. Para sobrevivir, el interno debe aprender a defenderse y a cuidar su espacio por lo que su fortaleza física y la habilidad en el uso de armas punzocortantes son indispensables.

Podemos caracterizar varios tipos de parejas homosexuales:

- a. El "cachero" y el travesti.
- b. El hombre mayor y el "cabrito" o "güila".
- c. Dos homosexuales ocultos a los que se les llama "zorras".
- d. Combinaciones de todos los anteriores.

En esta cultura, que sobrevaloriza lo masculino, las relaciones homosexuales se toleran mientras se respeten ciertas reglas básicas de los roles sexuales. Una persona afeminada y débil puede establecer una relación con un "cachero", es decir, un hombre que es masculino y que "oficialmente" no se define como homosexual. El primero se presenta socialmente como una mujer y el segundo, como un hombre. Para mantener los roles separados, el "homosexual", o sea el travesti, utiliza siempre un nombre de mujer, se viste como tal y desarrolla labores "femeninas" para el "cachero": planchar, lavar, limpiar. Este, cuando habla de su amante con otros, siempre se refiere al travesti con el pronombre "ella". La relación incluye la protección que el "cachero" le da a su amante. El impide que el travesti sea abordado por otros hombres.

En teoría, el "cachero" es penetrador y el travesti, penetrado. El "cacherismo" se define por la relación de un hombre que penetra a un homosexual. "El "cachero" no debe servir a otro hombre como lo hace una mujer", nos dice Luis. "Servir" significa dejarse penetrar. El hombre que posee a otro es considerado "hombre" u heterosexual, siempre y cuando su papel activo se haga evidente. Sin embargo, esta polarización, en la práctica, es más complicada, como analizaremos más adelante.

¿Quiénes son los "cacheros"?, preguntamos a Toro. "Para ser "cachero" hay que ser primero muy hombre, nada de plumas", nos responde. "Además, continúa, hay que manejar plata en el tabo (cárcel). Un "cachero" pobre no es "cachero". "¿Y cómo se hace plata en un presidio?", preguntamos. "Pues, generalmente con la distribución de droga, de licor, de servicios o de comida" nos responde. Los "cacheros", en general, son "coles" (hombres de gran poder para liquidar), tipos que manejan a otros y que controlan la vida de todo el mundo en la cárcel". "Entonces, ¿ser "cachero" y "col" es casi la misma cosa?", preguntamos. "Pues casi lo mismo. Siempre habrá un "col" que no le guste la sodomía y no tenga un playo y también un "cachero" que no sea "col", pero en general, son casi la misma cosa", nos dice Toro.

El “cachero” está atraído hacia la feminidad del travesti. Para él, entre más amanerado y cercano a una mujer sea, más atractivo. De ahí que muchos le soliciten a los travestis que se afeiten los vellos de las piernas, se maquillen y dejen el pelo largo. Aunque les es prohibido vestir como mujer en la cárcel, los travestis hacen lo posible por lucir como ellas. Para ellos, la atracción del “cachero” es su masculinidad y agresividad. Los travestis suelen escogerlos por fuertes y guapos, además del tamaño de su órgano sexual. Los mismos “cacheros” reconocen que los travestis los revisan cuando se están bañando para “evaluar el tamaño”. Otras razones para escoger a un “cachero” son la protección que les brinda y, algunas veces, dinero. En la realidad, la mayoría de los travestis termina más bien manteniendo los vicios de sus amantes. “Toro, preguntamos, ¿por qué el travesti busca un gran pene?” El me mira con cierta condescendencia y responde con seguridad: “la próstata es la respuesta”. “¿Cómo la próstata?”, pregunto sin entender. “Pues es que los hombres la tenemos y las mujeres no. Este es uno de los órganos sexuales más fuertes que existe. Cuando se le estimula, usted siente el placer por los dos lados. Por eso el tamaño del pene es importante para los travestis y los playos y no tanto para las mujeres. Entre más profundo se llegue, más placer y más estímulo en la próstata. Las mujeres, por el contrario, sienten más el goce en el clítoris que en la vagina”.

Pese a su aparente feminidad, los travestis, de la misma forma que los “cacheros”, son hombres con una gran propensión a la infidelidad. A diferencia de los “güilas”, los travestis disfrutan las relaciones sexuales, ya sean por amor o por dinero. De ahí que traten de realizar el mayor número de conquistas posibles y no pasar por alto a los prisioneros guapos y masculinos. Esto va en contra del tipo de relación al que están acostumbrados. En razón que los “cacheros” se relacionaban, hasta llegar a la cárcel, solo con mujeres, están más acostumbrados a una doble moral: la mujer debía serles fiel. Con los travestis, ésto no es fácil de lograr y mucho menos con quienes están acostumbrados a ejercer la prostitución. “Los travestis son peores que las putas, nos dice nuestro entrevistado. Estas últimas tienen relaciones sin sentir deseo, mientras que los travestis gozan montones de cada polvo. Es más difícil complacer sexualmente a un travesti que a cualquier prostituta”.

La iniciación

¿Cómo es que un hombre que ha sido heterosexual toda su vida empieza a sentir atracción hacia otro hombre? En realidad, existen tantos caminos como situaciones. En las cárceles, los reclusos son removidos del contacto diario con las mujeres, con la excepción de las funcionarias o las visitas conyugales. Es prácticamente imposible establecer una relación emocional con ellas. A la vez, las relaciones homosexuales son más abiertas. Poco a poco, el deseo de tener relaciones sexuales y la actividad de los compañeros va influyendo en los suyos propios.

En uno de los cursos que se dan en el ILPES para voluntarios que desean trabajar en las cárceles, con el fin de hacerles entender cómo es que se puede desarrollar una atracción sexual en hombres heterosexuales, el tutor utiliza esta inducción:

Vamos a cerrar lentamente los ojos y pensar por unos minutos solo en la respiración. Inhale y exhale. Inhale y exhale. No piense en otra cosa que en el ritmo lento y relajado de su propia respiración. Inhale y exhale.

Una vez totalmente relajado(a)s, vamos a pensar que tenemos tres años de estar en una cárcel. Con la imaginación, vamos a vernos sentado(a)s en un comedor de una cárcel, como cualquiera de las que conocemos. Pensamos que tenemos tres años de estar encerrado(a)s en este lugar y que ya nos es familiar. Pensemos unos momentos en esta situación.

Ahora que nos imaginamos sentados y solos(a)s en el comedor grande, nos recordamos que hemos estado así por más de tres años. Nadie nos ha tocado, ni besado, ni hecho el amor por este tiempo. Nos sentimos algo tristes y desconsolado(a)s.

De un momento a otro, el salón se llena de trecientas o cuatrocientas mujeres (si somos una mujer) o de hombres (si somos un hombre). Existen todo tipo de mujeres o de hombres: alto(a)s, bajo(a)s, gordo(a)s, flaco(a)s, musculoso(a)s, flojo(a)s, bonito(a)s y feo(a)s. Nos detenemos a mirar la gran variedad de tipos que existen.

Si somos una mujer, nos detendremos a observar a una chica muy extraña pero atractiva que está sentada al frente. No tiene senos, su cuerpo es fornido y casi musculoso y su rostro es hermoso y masculino. Los dientes son blancos, sus labios gruesos, como los de un actor italiano y de un momento a otro, nos vuelve a ver y nos sonrío.

Si somos un varón, nos imaginaremos que en el grupo de hombres frente a nuestra mesa, hay uno muy lindo y femenino. Tiene senos, la boca pintada de rojo claro, su cabello es rubio y de colochos, la cintura estrecha, las piernas como las de una mujer. De un momento a otro, nos mira y sonrío.

Pensemos ahora que esta persona nos gusta. Olvidaremos, por un minuto, cuál es su sexo. Nuestros compañeros o compañeras, cuando se dan cuenta de nuestro flirteo, nos incitan a que nos conozcamos. “¡Qué dichoso(a) por ser correspondido por esa belleza!, nos dicen algunos amigo(a)s. La gente parece celebrar nuestra atracción.

Ahora quiero que nos preguntemos: ¿Cómo nos estamos sintiendo? ¿Qué es lo que nos mueve hacia esa persona? ¿Nos gusta? ¿Creés que es posible tener algo con él o con ella?

Una vez que meditamos sobre esto, empezaremos a regresar al lugar en donde iniciamos la inducción. Tomaremos conciencia de nuestro cuerpo. Moveremos las manos y los pies y cuando cuente hasta tres, abriremos los ojos.

Los voluntarios aceptan que la inducción les ayuda a entender cómo es que una persona puede desarrollar una atracción por el mismo sexo. María, una socióloga, nos dice que “Sí, pude sentir atracción por una de las mujeres de la cárcel. Me la imaginé bien hecha, algo brusca pero bella y me sentía tan sola que necesitaba estar con ella y hasta besarla”. Leonardo, un psicólogo, cuenta que “me imaginé una travesti muy hermosa, delgada, alta y sensual. Me olvidé que tenía pene, no me importaba”. Otros no pudieron hacer del todo

la meditación y algunos no sintieron ninguna atracción. Sin embargo, la inducción sirve para entender las posibilidades en una cárcel: algunos pueden substituir a una persona del mismo sexo por una que no lo es, si son heterosexuales, otros no lo pueden hacer del todo y los que son homosexuales, hacen fiesta: “Estar en el tabo (cárcel) es como que lo metan a uno en una discoteca todo el día, con comida y dormida gratis y hombres todos erotizados”, nos dice un homosexual. “Pues éstas son las mismas elecciones que se dan en la cárcel”, nos dice el conductor.

Un caso típico del “cachero” y del travesti es el de Toro y de Angelita. El primero es heterosexual y se inició con una prima mayor que él. Como resulta frecuente, la mujer, casi once años mayor, abusó sexualmente del joven de apenas diez años. Toro mantuvo por varios meses relaciones con esa prima, que fue la que le enseñó el sexo oral y vaginal. Luego, empezaría a seducir a otras mujeres. El hombre es sumamente atractivo y según él, tiene “un gran poder sobre ellas”. Sin embargo, una adicción a la droga lo llevó a traficar y a caer en la cárcel. Para ese entonces, Toro nunca había tenido relaciones homosexuales. A él no le gustan los hombres y mucho menos a que lo “usen a uno como a una mujer”, nos dice. “El día que alguien se atreva a tocarme atrás, lo mato”, nos dice con toda seguridad.

Sin embargo, conoció a Angelita, un travesti que se inyecta hormonas, tiene senos y es extremadamente femenino. Cuando él lo mira, experimenta algo muy extraño. Sabe que es un hombre pero empezó una relación nueva para él:

ENTREVISTADOR: ¿ME PODRIAS EXPLICAR UN POCO QUIEN ES ANGELITA Y COMO SE CONOCIERON?

TORO: Bueno, estando yo preso aquí, una vez de las tantas que he estado, en un pabellón donde ingresan la mayor parte de los homosexuales, gritan ‘bu-bu’ porque llegaba barco (prisionero nuevo) y desde el momento que yo lo vi entrar, me atrajo, me gustó cualquier cantidad y de ahí en adelante iniciamos una amistad y hablamos de todo y yo sabía de antemano, yo sentía que le agradaba a ese homosexual, que mi persona le gustaba, porque él me gustaba y cuando llegaba de visita, llegaba y me decía: ‘Tome, ¿quiere pijiarse (drogarse)?’, y así sucesivamente. Un día se fue en libertad y me llamaba todos los días. Esa vez no pasó nada pero volvió a caer una segunda vez y siguió el coqueteo.

ENTREVISTADOR: ¿VENIA VESTIDO DE MUJER?

TORO: No, venía con ropa de hombre, porque aquí no les permiten entrar vestidos de mujer, vienen así, pero afuera les cambian la ropa. Sin embargo, tiene el

cabello largo, las piernas totalmente lampiñas, un trasero redondo y contorneado, una cintura estrecha y una boca totalmente carnosa. Cualquier hombre se siente atraído por tanta feminidad. Hubo una tercera vez en que cayó y me acuerdo muy bien: yo estaba repartiendo fresco ese día y lo vi cuando ingresó, pero él no me había visto a mí, entonces, cuando yo estaba repartiendo el fresco nada más vi que cuando cruzó los portones, preguntó a unos internos: '¿Dónde es que duerme Toro?', y le dijeron dónde estaba la cama. Ella, con las dos bolsas con las que había ingresado se fue directamente a mi cama y seguí repartiendo el fresco y todos los internos empezaron a vacilarme, '¡Ay, Toro! Como que te llegó mercancía' y otras tonteras. Yo llegué a mi cama y él me dijo: '¿Puedo quedarme aquí?' y yo le dije: ¡Claro!, ¡bienvenida!, es mi cama y es tuya también. Angelita me dijo que me había visto bañando y que mi órgano era muy grande y grueso. Fue cuestión de media hora cuando ya habíamos mantenido la primera relación sexual y siguió la relación por tres meses y ella me decía que me quería, bueno, me expreso de ella porque sólo así me gusta, no me gusta tratarla como hombre que es, ella me dijo que me quería, etc., que había encontrado al hombre de sus sueños, de su vida, aunque yo no le creía, porque yo le decía que en el momento que ella se fuera, yo no iba a existir y que tal vez era algo pasajero y ella me dijo que no, que nunca, que por nada del mundo me dejaría botado, que ella haría la lucha conmigo y me lo juró y me dijo que solo la muerte nos separaría. Para mis adentros, yo dije: '¡Está bien!' Salió en libertad, fue a juicio y siguió llamándome y todos los días venía a las visitas y todos los días me mandaba algo y me llamaba por teléfono a cada rato y me preguntaba qué necesitaba y que esto y lo otro y así sucesivamente.

Un caso de iniciación distinta es el de Martínez. El hombre tiene 33 años de edad y toda sus relaciones anteriores habían sido heterosexuales:

ENTREVISTADOR: *HABLAME UN POCO DE TUS RELACIONES SEXUALES ANTES DE VENIR A LA CARCEL, DE TU NIÑEZ, DE TU ADOLESCENCIA ¿QUÉ TIPO*

DE RELACIONES SEXUALES TENIAS?, ¿CÓMO ERAN?, ¿CÓMO EMPEZASTE?

MARTINEZ:

Sexualmente, a mis catorce, no, a los trece años. Yo era cobrador de bus de San Juan de Dios, conocí a mi primer mujer y ella tenía como treinta y tres o treinta y cuatro años y con ella experimenté lo que es la sexualidad, lo que aprendí fue de ella, durante casi siete u ocho años que vivimos, ahí empezaron mis relaciones sexuales, y hasta la fecha, siempre he tenido buenos polvos, como dicen en la calle, y ha sido así continuamente y ahora tengo dos años que he estado solo, pero siempre anduve viviendo con unas 15 ó 16 mujeres.

El ha estado en la cárcel por 17 años y nunca había tenido relaciones homosexuales. Al ingresar en prisión, Martínez no tenía la menor idea que “dos hombres pudieran tener una unión” y le “repugnaba” la idea del sexo homosexual. Sin embargo, el paso de los años tuvo su mella. Él confiesa que “la estadía en prisión me ha hecho acostumbrarme a este mundo y me he mezclado con chamacos jóvenes que son verdaderamente gays”. Cuando se le pregunta qué son para él “gays”, nos responde que son los que no gustan de hacer el sexo con mujeres porque “traen hormonas femeninas”. Hace un mes y medio le tocó un travesti de compañero de nicho. El homosexual fue ubicado precisamente debajo del de Martínez. Una noche el recluso oyó ruidos extraños de la cama de abajo: “Estaba yo ya dormido cuando oí que el playo se quejaba. Cuando me desperté me di cuenta que el negro Tulipán le estaba haciendo el amor. Yo ya había visto cosas semejantes en la cárcel y no era nada del todo nuevo. Sin embargo, el diálogo que oí esta vez me erotizó todo”. Cuando a nuestro personaje se le pregunta qué tenía de novedoso ese diálogo, nos dice que “era una relación muy cariñosa entre los dos. El Tulipán era famoso por su tamaño y había roto a más de uno. Pero esta vez calmaba al tipo y lo convencía para que se dejara amar”. Martínez fue tan impresionado por este diálogo que dos noches después él mismo bajaba a la cama del compañero y le decía “Yo sé lo que te gusta. Yo te voy a amar como Tulipán”. Al recluso le costó acostumbrarse a la idea que estaba teniendo una relación homosexual:

ENTREVISTADOR: ¿LO QUE ME DICES AHORITA ES QUE TENES UNA PAREJA AQUI EN LA CARCEL?

MARTINEZ: Sí, es correcto.

ENTREVISTADOR: ¿HABLAME UN POCO DE LO QUE TE HACE SENTIR CULPABLE?

MARTINEZ: Culpable en el sentido que comparto con una persona del mismo sexo.

ENTREVISTADOR: ¿ESO ES MALO PARA VOS?

- MARTINEZ:* *Pues, ante la Biblia, ante Dios, eso es malo.*
- ENTREVISTADOR:* *¿HABLAME UN POCO DE TU PAREJA, ES UN TRAVESTI, UNA “ZORRA”, UN “GÜILA”?*
- MARTINEZ:* *No, es un gay, es un travesti, es como una mujer, tiene, como te dijera...*
- ENTREVISTADOR:* *¿TIENE SENOS?*
- MARTINEZ:* *Sí, tiene senos, es un gay.*
- ENTREVISTADOR:* *¿HACE CUANTO VIVIS CON ELLA?*
- MARTINEZ:* *Como mes y medio, más o menos.*
- ENTREVISTADOR:* *¿Y TE SENTIS BIEN CON ESA RELACION?*
- MARTINEZ:* *Pues sí, pues no, pues comparto con él, me gusta es decir, hablar, qué sé yo, tal vez porque sea la persona que tengo ahora a la par, que está unida en muchos sentidos a mí en prisión, que respeta mi opinión, respeta lo que soy, sin palabras.*
- ENTREVISTADOR:* *¿HABLAME UN POCO DE COMO ES TU RELACION CON ESA PERSONA, CON ESA COMPAÑERA TUYA. CUANDO TENES RELACIONES SEXUALES CON ELLA, ¿ESTAS CONSCIENTE QUE ES UN HOMBRE? ¿ME PODRIAS HABLAR UN POCO, SI NO TE MOLESTA, QUE ES LO QUE HACEN, SIN CAER EN LA DESCRIPCION PORNOGRAFICA?, ¿COMO TE SENTIS SABIENDO QUE TIENE UN PENE?*
- MARTINEZ:* *Pues me siento mal, es lógico, pues como te digo, mi apertura sexual ha sido hacia las mujeres, tengo mes y medio, bueno cinco meses de tratarlo y tiene un modo muy especial, no me siento mal, pero me siento mal porque es un hombre igual que yo.*

Chino, un hombre fornido de 42 años, ha estado dos veces en la cárcel. Tiene cuatro hijos y vive en unión libre con una mujer. De la misma manera que muchos otros hombres fue iniciado sexualmente por una mujer mayor:

- ENTREVISTADOR:** *¿COMO TE INICIASTE SEXUALMENTE?*
- CHINO:** *Cuando disfrutaba de las vacaciones del kinder o de la escuela en ese entonces, me iba donde mi familia, yo tengo una tía que fue la que me inició en las actividades sexuales.*
- ENTREVISTADOR:** *¿QUE EDAD TENIAS?*
- CHINO:** *7 u 8 años.*
- ENTREVISTADOR:** *¿Y ELLA?*
- CHINO:** *Podía tener como 15 ó 16 años, era una mujer que estaba formada, tenía vellos, tenía tetotas y ella se masturbaba con mi pierna y yo me erectaba.*
- ENTREVISTADOR:** *¿QUE PASO CON ELLA?*
- CHINO:** *Yo empecé a tocar, me gustaba tocarle los pechos y siempre con ese temor de aquello, porque yo todavía era un chiquillo, no estaba ni plumado como lo llamamos popularmente, me daba miedo, ella me agarraba y se masturbaba...*

Chino llegó por primera vez a la cárcel a los diecinueve años de edad, a la antigua Penitenciaría Central. Allí conoció a muchos homosexuales e inició sus relaciones con ellos. Sin embargo, sus contactos, como él mismo lo describe, son por “tener cara de barro”, o sea solo para satisfacerse sexualmente. A diferencia de Toro o de Martínez, Chino no se complica la vida con enamoramientos. Su razón principal para relacionarse con homosexuales es simplemente la satisfacción. Cuando se le pregunta cómo fue que se inició la primera vez, él nos dice que “eran las tres de la mañana. Yo tenía tres meses de estar en la cárcel. Esa noche estaba muy caliente y había un playo con un buen “rabo” (trasero) que yo le gustaba. Yo me imaginé que estaba con una novia que tuve, cerré los ojos y me puse a volar”.

- ENTREVISTADOR:** *¿VOS HAS TENIDO HOMBRE EN LAS CARCELES CUANDO HAS ESTADO PRESO?*
- CHINO:** *Bueno, para no ser mentiroso, claro que sí, he tenido una pareja, la cual me ha servido como mujer.*
- ENTREVISTADOR:** *¿HABLAME DE ESA PERSONA LO MAS QUE PODAS?*
- CHINO:** *Diay es una persona sumisa, en todo momento dispuesta a servirle a uno en el instante que uno lo necesite, hace caso para todo, no ve a otros hombres*

que quieran culearlo, no traiciona, es bastante celoso, total una dama de casa, no una perra ni una puta, como se le pueda llamar a otra clase de homosexuales que se acuestan con vos y tal vez siendo vos el marido de ella, andan pegándote lo que llamamos el descuido, que es andar con otras personas sin que te des cuenta.

ENTREVISTADOR: *ESA PERSONA, ¿VIVE CON VOS AHORA O FUE HACE TIEMPO?*

CHINO: *No, eso fue tiempo muy atrás, estando recluso, porque en la calle no he tenido esas prácticas.*

ENTREVISTADOR: *¿EMPEZASTE A HACERTE “CACHERO” EN LA PENI POCO A POCO? ¿COMO FUE TU PROCESO DE HACERTE “CACHERO” Y COMO EMPEZASTE A PRACTICAR EL “CACHERISMO”?*

CHINO: *Yo empecé a practicar el “cacherismo” con un compañero que era homosexual.*

ENTREVISTADOR: *¿O SEA UN TRAVESTI?*

CHINO: *Sí, un travesti, pero no hacíamos penetración, sino masturbación, me masturbaba y qué sé yo, ciertas caricias sexuales.*

ENTREVISTADOR: *¿COMO CUANTAS RELACIONES SEXUALES HAS PODIDO TENER VOS A LO LARGO DE TU CANA (CONDENA)?*

CHINO: *Eso no podría decirlo con exactitud, pero sí varias veces.*

Juan Alberto es uno de los pocos que sí había tenido relaciones sexuales con travestis antes de ingresar en la cárcel. Su primera relación con un homosexual fue accidental. Juan Alberto sería engañado:

ENTREVISTADOR: *DECIME UNA COSA, ¿HAS TENIDO RELACIONES CON TRAVESTIS, HOMBRES QUE SE VISTEN DE MUJER?*

JUAN ALBERTO: Claro que sí, aquí en Alajuela con el playo del sector del norte, Aurora. Yo lo miré un día que llegué a un cierto bar y lo ví vestido de mujer con una amiga que luego averiguaría era presidenta de una organización de locas de Alajuela y decidí tomarme unos tragos, nos fuimos para el centro en un taxi y me llevó a una cabina ahí aparte, diay, pero yo pensaba que era una mujer, y cuando lo vi sin ropa, ¡si esto es un hombre! , me dije, era Aurora, el playo, y tuve esa aventurilla con él. Fue una experiencia bonita porque a pesar que uno haiga (sic) andado por todo lado, es bonito tener diferentes aventuras y experiencias, tanto con mujeres como con hombres, para mí eso es algo muy común.

ENREVISTADOR: CUANDO VOS ENTRASTE AQUÍ A LA CARCEL ME IMAGINO QUE SE TE ABRIÓ TODO UN MUNDO NUEVO, RESPECTO A LA SEXUALIDAD, QUIZAS LO CONOCÍAS, QUIZA NO, ¿ME PODES HABLAR UN POCO SOBRE ESTE MUNDO SEXUAL?

JUAN ALBERTO: Sí, diay, cuando yo ingresé por primera vez a lo que es el sistema carcelario en la Unidad de Admisión, se me abrió un mundo diferente al que yo estaba acostumbrado. Ahí fue cuando yo llegué por primer vez a estar preso, en el pabellón A. Estaba algo dudoso porque decían que había muchas enfermedades, el sida y todas esas cuestiones, pero cuando ingresé vi un mundo que es el que estamos viviendo ahora, donde hay tantos homosexuales, de toda índole de personas. Después estuve en el pabellón H donde tuve una relación con el playo Laura y diay para mí fue una aventurilla común, claro que me cuidé porque decían que ese playo estaba infectado de sida, pero en ese momento lo que hice fue usar preservativo...

Existen muchas otras formas de iniciación. A Pedro empezaron a gustarle los travestis cuando participó en una violación en grupo. Según él “a mí no me pasaba la idea de tener relaciones con un playo. Pero hubo que castigar a uno de ellos por parte de mi cuadrilla. Nos pusimos en fila para someterlo y cuando me tocó a mí, sentí riquísimo. La próxima vez lo hice con ese mismo playo pero por amor”. Otros, como Carlos, fueron sometidos por los mismos travestis. En su caso, cuando se bañaba, uno de ellos se le acercó:

Al estarme yo bañando y llegar ese playo Carrasqueri, no sospeché a qué venía. El empezó a contornearse como una hembra. Era un tipo medio cruzado con negro y se parecía a Michael Jackson. Se ponía el jabón entre los senos y me miraba de reojo. Luego, se volvía y se aplicaba el jabón como una sádica. Me di cuenta que se había puesto un calzón de cuero negro y una argolla en la lengua. Al ver tanta pluma, me fui poniendo cachondo. La loca se dio cuenta que estaba excitado y me dijo: “Sos un hombre 10”. El tipo se arrodilló y yo le dejé que me la chupara. Después, ella misma se quitó el calzón y me la guió entre quejidos.

La iniciación de los “cacheros” demuestra que la sexualidad humana es más flexible de lo que nos podemos imaginar. Los reclusos están sometidos a una situación sumamente extrema por la ausencia de mujeres. Sin embargo, los “cacheros” no son forzados en sus relaciones con otros hombres. La atracción se desarrolla, en grados y en tiempos distintos. En algunos, no se da del todo. Existen muchos reclusos que nunca se involucran sexualmente con otros hombres. A pesar de tener las mismas condiciones que los otros, nunca desarrollan el gusto por la homosexualidad. Este es el caso de Mario:

Yo no tengo nada en contra de los playos. Más bien te cuento que uno de los que me defendió era, como se dice, un gay. Como profesional era bien malito porque se había graduado ya bastante mayor y creo que más bien me zamparon más en la cárcel por su falta de experiencia. Le llamaban “La abuela blanca” porque era canoso y tenía hijos. Pero como persona era muy buena nota. En vez de cobrarme, me decía que le pagara en “especies” como él mismo se refería al sexo. Pero yo le dije que aunque no tengo nada en contra de los maricones, a mí no me gusta la sodomía. Nunca lo dejé tocarme. Cuando me metieron aquí, me han salido muchos “novios” pero yo mismo les digo que conmigo no hay nada. Es que por más alborotado que esté no encuentro nada que me guste de un hombre. Mucho menos de los travestis que son horribles de día y bien feas de noche. Una loca de esas me vino un día a preguntarme si a mí me gustaba. Yo le dije: “Mire mamita, usted es tan femenina que más bien parece una lesbiana femenina”. Desde ese entonces, la loca ni se me arrima.

Las prácticas sexuales

Los “cacheros”, en teoría, son los machos y los penetradores en la relación sexual. Una serie de reglas determina lo que se puede y no se puede hacer. Una de ellas es que el macho no debe dejarse penetrar y tampoco jugar con el pene del travesti. Otra es que no deben hacer el sexo oral pasivo y tampoco besar en la boca al travesti. Toro es un ejemplo del “cachero” tradicional:

ENTREVISTADOR: *¿ME PODRIAS HABLAR UN POCO DEL TIPO DE RELACION SEXUAL QUE TUVISTE CON ANGELITA?*

- TORO:** *Bueno, al principio yo mismo no creía lo que estaba haciendo. Ella ha sido la única persona homosexual con la que he estado. Al principio, yo no sabía cómo hacerlo, porque de antemano yo tenía un entendimiento que aquel ser que estaba en la cama conmigo tenía lo mismo que yo poseía.*
- ENTREVISTADOR:** *¿QUE ERA ESO?*
- TORO:** *Un par de testículos y un pene, y yo no me adaptaba a eso, porque de la cintura para arriba era un cuerpo de mujer, con pechos, pelo largo, cara fina, pero de la cintura para abajo, todavía no tenía un entendimiento sobre aquello, y yo con las caricias y el manoseo siempre he evitado ese lado, siempre que el pensamiento llega a mi mente me molesta, pero con el tiempo me fui adaptando.*
- ENTREVISTADOR:** *¿CUANDO TE ENFRENTASTE A LA REALIDAD QUE ANGELITA ES UN HOMBRE?*
- TORO:** *Bueno sí, desde el principio sabía que era un hombre, pero mi cuerpo había sentido unas vibraciones como lo siente un hombre cuando se enamora de una mujer y ya la tercera vez que ella ingresó aquí, llegó para meterse en mi nicho, para vivir conmigo y empezó la relación y ahí siguió y yo con aquel temor que estaba con otro hombre: 'El tiene lo mismo que yo tengo', me decía y entonces yo en la masturbación, en la sodomía, en el fogueo, siempre esquivaba los testículos y el pene.*
- ENTREVISTADOR:** *¿NO SE LOS TOCABAS?*
- TORO:** *No, y seguía la relación cada día más fuerte, durante tres meses y ella se fue y siempre me siguió apoyando hasta la fecha.*
- ENTREVISTADOR:** *¿QUE SENTISTE CUANDO TENIAS DE LA CINTURA PARA ARRIBA UNA MUJER Y DE LA CINTURA PARA ABAJO A UN HOMBRE?¿COMO CAMBIO TU VIDA?*
- TORO:** *Aprendí algo que no sabía, es que cuando hicimos el amor no vi que aquella persona se masturbara, ni nada; simplemente me acuerdo que en el momento que yo estaba ya viniéndome, aquella persona, sin*

haberse emocionado ni nada, en el momento que se da cuenta que yo estoy regándome, también lo hacía y no podía entender por qué y luego le pregunté y me dijo que esa era la satisfacción, porque con otros hombres había tenido que masturbarse, pero conmigo no; eso me hizo sentirme muy varón, porque aprendí que solo los penes grandes pueden dar un masaje de próstata tan profundo que la persona no necesita ni tocarse para llegar al orgasmo. Eso fue muy lindo aprenderlo y me da mucho orgullo.

Sin embargo, el mismo Toro admite que la confianza lo ha llevado a realizar cambios:

ENTREVISTADOR: *¿VOS MANIPULAS AHORA EL PENE DE ANGELITA?*

TORO: *Sí, con el tiempo lo empecé a hacer.*

ENTREVISTADOR: *¿ENTONCES CAMBIASTE?*

TORO: *Sí, cambia uno totalmente: me di cuenta que ella me quería y yo la quería y duré como un año sin hacer nada distinto hasta que después me acostumbré. Pero hasta cierto punto porque nunca la dejaré penetrarme, ni le voy a hacer a ella el sexo oral.*

ENTREVISTADOR: *¿NO LO HACES?*

TORO: *No, yo le mamo sus pechos y su trasero, sus nalgas, cualquier cosa, menos el miembro.*

ENTREVISTADOR: *¿CREES QUE LO VAS A LLEGAR A HACER?*

TORO: *No lo sé.*

Muchos “cacheros” realizan más cambios que los de Toro. En el argot de la cárcel, se dice que “gallo viejo con el culo mata”, lo que significa que de tanto penetrar al travesti, el “cachero” siente curiosidad por averiguar qué es lo que éste siente y “da las nalgas”, como dice Daniel. En otras palabras, el macho decide dejarse poseer por curiosidad. Muy pocos de los entrevistados aceptan que ellos lo hayan hecho. Sin embargo, están dispuestos a reconocerlo en otros. Daniel nos dice que los “cacheros” se aburren de tanto penetrar a los homosexuales: “Yo conozco una pareja y en la noche se alternan los gemidos de dolor. Primero es el playo al que se la meten. Pero después, uno oye al otro decir que no tan duro”. Lo mismo dice Joaquín con respecto a varios de sus amigos: “El “cachero” ese que es tan

hombre se la come, como decimos aquí, o sea mata el buey' (significa sentarse en el pene de otro). De éstos hay montones". Tan común se ha hecho ésto que se ve fácilmente. Según Luis, él mismo descubrió a dos hombres masculinos penetrarse el uno al otro: "Cuando ingresé al baño, los vi y ni lo podía creer. Yo les dije: 'Sigan no más, yo no vi nada'".

Una prueba de la flexibilidad sexual son las respuestas al cuestionario de práctica sexual que nos dieron los 22 travestis entrevistados en 1989. No obstante la polarización de los roles respecto al género, en la práctica sexual existe una mayor simetría, pues los "cacheros", o supuestos "heterosexuales", practican el sexo anal activo o pasivo con sus amantes travestis. Los travestis tienen, en promedio, un mayor indicador de penetración anal activa cuando están en una relación cerrada con un "cachero".

CUADRO 1
PROMEDIO DE PENETRACION ANAL ACTIVA Y PASIVA
SIN USAR EL CONDON EN LOS ULTIMOS 30 DIAS
POR TIPO DE RELACION

Tipo de relación	Promedios de penetración anal					
	Con eyaculación		Sin condón		Con condón	
	A*	P*	A	P	A	P
Número entrevistados	(22)	(22)	(22)	(22)	(22)	(22)
Promedio	0.4	7.1	0.8	5.4	0.04	1.3
Tipo de relación						
Cerrada	1.0	14.9	2.1	10.7	0.0	2.6
Abierta	0.2	4.7	0.3	4.3	0.09	0.9
Célibe	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0
(Eta*100)	49	66	59	55	21	35

- Se refiere a la penetración anal activa y pasiva

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, ILEP-SIDA, San José 1992, p.193.

Los mismos travestis admiten, en los talleres, que los "cacheros" se hacen "vuelta y rosca", o sea, se dejan penetrar y hacen el sexo oral de manera pasiva y activa. Felicia cuenta que "el hombre de ver tantas veces el placer que siente la loca, se interesa en saber qué es y cómo se siente. Poco a poco, se atreve a que uno se lo coja". Laura reconoce que ella es popular entre los "cacheros" "porque tengo un pene grande". "Si ellos fueran solo activos, continúa, ¿vos creés que les importaría?" Otros aprenden a realizar el sexo oral. Carmen tiene dos años de relación con su "cachero" y él ha cambiado su manera de hacer el amor: "Antes él era tan macho que no me tocaba el pene. Ahora parece un carnero".

El acto sexual pasivo del "cachero" podría interpretarse como una mayor liberalidad y respeto a su compañero en la relación. Sin embargo, no lo es. Al contrario de la simetría en la relación de las "zorras" que analizaremos más adelante, los "cacheros" no hacen nada "revolucionario" con su pasividad. Por el contrario, el que un "cachero" se deje penetrar más bien demuestra lo "cachero" que es: puede darse el lujo de practicar el sexo

anal u oral pasivo. En realidad, el poder radica en su capacidad de hacer que los otros hagan lo que él quiere: en algunos momentos, los pone a servirle y en otros, a que le sirvan. Cuando se tiene el poder sobre la vida y la muerte, nadie chista: el “cachero”, lo mismo que algunos emperadores de la Roma antigua, puede darse el lujo de dejarse penetrar por esclavos, soldados y subalternos. ¿Pierde poder un “cachero” que pone las nalgas, le preguntamos a Daniel? “¡Jamás! un “cachero” tiene poder porque maneja a las cuadrillas o la plata, si pone el rabo es un asunto personal. Nadie hace una elección para quitarlo del puesto. ¿Quién se va a atrever a hacerle un aleteo a Pico Malo, que ha matado a cuatro, porque de vez en cuando se le vuelva la rosca?”

Amor de “cachero”

Una vez que el “cachero” y el travesti han iniciado una relación, existen caminos muy distintos para su desarrollo. En algunos casos, la pareja – en teoría- no difiere de una heterosexual. Se da un matrimonio de facto con todas las reglas del juego en cuanto a la fidelidad, la compañía y la especialización de oficios. Este es el caso de Toro y Angelita:

ENTREVISTADOR: PARA RESUMIR, ¿NUNCA HABIAS TENIDO RELACIONES SEXUALES CON UN HOMBRE?

TORO: Nunca.

ENTREVISTADOR: ¿HASTA QUE CONOCISTE A ANGELITA?

TORO: Hasta que la conocí.

ENTREVISTADOR: ¿Y EL CONOCER A ANGELITA TE HA HECHO CAMBIAR TU VIDA?

TORO: Totalmente, tal vez por la manera de ser de ella. Yo fui bautizado por la Iglesia, tuve dos hijas de un matrimonio, fui divorciado y luego casado por lo civil y tengo un hijo adicional y otros por ahí, pero después que conocí a Angelita: todo aquello era otra etapa de mi vida, lo que estaba iniciando era nuevo, totalmente aparte.

ENTREVISTADOR: ¿LE HAS SIDO FIEL A ANGELITA?

TORO: Cien por cien.

ENTREVISTADOR: ¿QUE HAS APRENDIDO SOBRE LA HOMOSEXUALIDAD AQUI EN LA CARCEL?

TORO: No sé, yo conocí al ser que convive conmigo aquí y desde la primera vez que lo vi lo amé. Yo era uno de

los que decía: ‘¿Gay yo?, ¿un playo, yo? ¡Nunca!’ Sin embargo, llegó uno con el cual ya casi tengo seis años de estar y seguimos luchando juntos, visita tras visita. Ella viene a verme y están todas las llamadas telefónicas, que son las que me alientan a seguir adelante, porque generalmente yo he conocido más la realidad del amor con este travesti que cuando estuve con mujeres, más que con la señora madre de dos hijas mías, a mi otra ex mujer, madre de un hijo mío, la miro como basura, mientras en este travesti he llegado a encontrar muchas cosas que no llegué a encontrar en una cantidad de mujeres que han estado conmigo en una cama.

En otros casos, la relación se mantiene distante. El “cachero” usa a su compañero pero no se enamora de él ni convive como pareja. Este es precisamente el caso de Chino:

ENTREVISTADOR: ¿COMO LE MANIFESTABAS A EL TUS SENTIMIENTOS? ¿LO AMABAS? ¿ERAS CARIÑOSO? EXPLICAME TUS SENTIMIENTOS HACIA EL

CHINO: Diay, un sentimiento humanista, en todo momento tratarlo bien, no amándolo ni queriéndolo, ni que estoy perdidamente enamorado, sino más que nada como una salida a la efervescencia que necesita uno liberar pues con el tiempo, llegué a la conclusión que eso no es ser cara de barro, sino todo de barro, porque por necesidad física uno lo quiere, porque uno siente esas ganas de regarse.

III. El “cachero” y el “güila”

Otro tipo de relación tolerada en la cultura del recluso es la de un hombre mayor con uno más joven (“cabrito” o “güila”). Los prisioneros jóvenes son apetecidos por quienes tienen mucho tiempo de estar en la cárcel y buscan en ellos una relación de control y de servicios “femeninos”, a cambio de la protección en el penal. Aunque en esta relación no existe una diferencia de género marcada, la edad permite que el hombre mayor se considere como “macho” y protector de uno menor y más débil, según una réplica de la relación heterosexual.

Las relaciones “cachero”-“güila” difieren de las de los travestis. En primer lugar, el “cachero” que busca a muchachos jóvenes siente una atracción hacia la edad y no el

amaneramiento del compañero. Los “güilas” son en general muchachos masculinos. Además, los jóvenes no son homosexuales, ni se sienten atraídos por hombres. La “homosexualización” del “güila” es un proceso que puede durar días, semanas o años.

Una de las ventajas que los “cacheros” miran en los “güilas” es que les son más fieles, en vista que no sienten atracción por otros hombres. El “cachero” cree que el “güila” es menos “promiscuo” que un travesti, como afirma Daniel. Luis nos dice que “no se encuentra un “güila” samueleando a un “cachero” en un baño para ver cómo la tiene, como hacen los travestis”. “Ellos se quedan tranquilos con su hombre”, advierte Ernesto. Los “cacheros” que buscan “güilas” son generalmente paidófilos. Daniel y su hijo, que está preso junto con él, son un ejemplo:

ENTREVISTADOR: ¿A VOS TE GUSTAN LOS CHIQUITOS JOVENES?

DANIEL: Sí.

ENTREVISTADOR: ¿NO MAYORES QUE VOS?

DANIEL: Sí, me he echado mayores, pero me gustan jóvenes.

ENTREVISTADOR: ¿Y CHIQUILLAS DE ESA EDAD?

DANIEL: Chiquillas jóvenes también.

ENTREVISTADOR: ¿TAMBIEN TE GUSTAN?

DANIEL: Sí.

ENTREVISTADOR: ¿TE GUSTAN LOS DOS?

DANIEL: Sí, me he echado carajillas jóvenes de 15 y 16 años.

ENTREVISTADOR: ¿PERO TENES PREFERENCIA POR LOS CARAJILLOS?

DANIEL: Sí, es mejor el amor macho.

ENTREVISTADOR: ¿ES MEJOR EL AMOR MACHO?

DANIEL: Sí, es mejor.

ENTREVISTADOR: ¿SIEMPRE LES PAGAS?

DANIEL: Sí, claro, siempre les regalo plata.

ENTREVISTADOR: *¿AQUI EN LA CARCEL COMO SE HACE?*

DANIEL: *Se paga también, siempre, ¡claro!, pero aquí salen más baratos que en la calle, a 300 y a 500 colones.*

ENTREVISTADOR: *¿HAS TENIDO RELACIONES SEXUALES DURADERAS CON MUJERES: MATRIMONIO O NOVIAZGO?*

DANIEL: *No, sólo noviazgo.*

ENTREVISTADOR: *¿HAS ESTADO JUNTADO?*

DANIEL: *No, sino que he salido con una muchacha y, diay, me la he echado.*

ENTREVISTADOR: *¿O SEA, A VOS TE GUSTAN DE LAS DOS COSAS?*

DANIEL: *Sí, pero ahora más que todo me he dedicado al “cacherismo”, sale mejor, por la prisión, está muy tallada la cosa.*

ENTREVISTADOR: *¿TENES HIJOS?*

DANIEL: *Sí, tengo cinco hijos.*

ENTREVISTADOR: *¿DE QUE EDADES?*

DANIEL: *El mayor tiene 24 años y otra tiene 18 y la otra tiene 17. Los menores tienen 15 y 16.*

ENTREVISTADOR: *¿NUNCA TUVISTE RELACIONES SEXUALES CON TUS HIJOS?*

DANIEL: *¡Ah no!, eso lo respeto mucho.*

ENTREVISTADOR: *¿ALGUNO DE ELLOS ES HOMOSEXUAL?*

DANIEL: *Sí, hay uno que salió igual a mí.*

ENTREVISTADOR: *¿HOMBRE O MUJER?*

DANIEL: *Hombre.*

ENTREVISTADOR: *¿ES “CACHERO”?*

- DANIEL: Sí.
- ENTREVISTADOR: ¿QUÉ EDAD TIENE?
- DANIEL: 24 años y es un “cacherazo”.
- ENTREVISTADOR: ¿TE CONSTA?
- DANIEL: Sí, me consta porque yo lo he visto.
- ENTREVISTADOR: HABLAME SOBRE ESO.
- DANIEL: Es que está preso en la cárcel que estuve.
- ENTREVISTADOR: ¿TE CONSTA QUE ES “CACHERO”?
- DANIEL: Sí.
- ENTREVISTADOR: ¿LO HAS VISTO?
- DANIEL: Sí, él estuvo conmigo allá y las veces que estuvo a la par mía lo he visto en acción.
- ENTREVISTADOR: ¿HABLABAN DE ESO USTEDES DOS?
- DANIEL: Sí.
- ENTREVISTADOR: ¿COMPARABAN HOMBRES?
- DANIEL: Sí.
- ENTREVISTADOR: ¿HAN COMPARTIDO “GÜILAS”?
- DANIEL: Sí, claro.
- ENTREVISTADOR: ¿ESTANDO EN LA CARCEL?
- DANIEL: Sí.
- ENTREVISTADOR: ESO ES MUY INTERESANTE Y ME GUSTARIA QUE HABLARAMOS UN POCO SOBRE ESO. ¿ME DECIS QUE HAS COMPARTIDO COMPAÑEROS SEXUALES EN LA CARCEL CON TU HIJO?
- DANIEL: Sí, claro.

- ENTREVISTADOR: *¿HABLAME SOBRE ESO?*
- DANIEL: *Después que lo usaba yo, se lo pasaba a él y diay, él ha seguido ahí buenísimo y él dice: 'Mi tata, yo salí igual a usted'.*
- ENTREVISTADOR: *¿VOS TE SENTIS CULPABLE POR ESO?*
- DANIEL: *No, sí soy culpable: él es igual a mí porque un día me vio.*
- ENTREVISTADOR: *¿UN DIA TE VIO EN LA CARCEL?*
- DANIEL: *Sí y él me dijo que quería saber de eso. Yo le dije que si quería aprender yo le pasaba los "güilas" después que yo me los echara y bueno, los hemos compartido. Después que uno ha terminado de hacer el sexo con el "güila", el otro lo coge y se lo echa. Mi hijo me dijo que se sentía orgulloso de haber aprendido conmigo.*
- ENTREVISTADOR: *¿USTEDES SE HAN SENTADO Y COMPARADO LA RELACION, O SEA, VOS LE CONTAS A EL Y EL TAMBIEN DE COMO SE SINTIERON, QUE HICIERON?*
- DANIEL: *Sí, él me ha contado, me dice qué rico es eso, es mejor que con una mujer, es más apretado ya que la vieja es más floja y el hombre más apretado, que es más rico el amor de macho, bueno, diay, nos ha gustado a los dos.*
- ENTREVISTADOR: *¿Y TE SENTIS BIEN CON ESA RELACION CON TU HIJO, SE LLEVAN BIEN?*
- DANIEL: *Sí, nos llevamos bien.*
- ENTREVISTADOR: *¿A VOS TE GUSTA QUE SEAN TRAVESTIS O SEA QUE ESTEN VESTIDOS DE MUJER?¿ O NO?*
- DANIEL: *¡Ah no!, me gusta que sean serios.*
- ENTREVISTADOR: *¿QUÉ QUERES DECIR VOS CON SERIOS?*
- DANIEL: *Varoniles.*

ENTREVISTADOR: ¿A VOS NO TE GUSTA TENER RELACIONES SEXUALES CON UN “GÜILA” QUE SEA LOCA O AFEMINADO?

DANIEL: Ah no, afeminado no, porque andan con todo el mundo, en cambio así reservado es diferente, ellos no hacen el amor con todo mundo, más que todo por las enfermedades, porque andan con el otro y el otro, por eso si uno se hace de un “güila” que sea uno fiel.

ENTREVISTADOR: ¿VOS LE SOS FIEL A EL?

DANIEL: Sí.

ENTREVISTADOR: ¿SOLO CON EL ANDAS?

DANIEL: Sólo con él.

ENTREVISTADOR: ¿NO CREES QUE UN GÜILA FIEL TAMBIEN TE PUEDE PASAR UNA ENFERMEDAD?

DANIEL: Sí, claro, por eso cuando voy a hacer el amor primero los registro.

ENTREVISTADOR: ¿CÓMO ES QUE LOS REGISTRAS?

DANIEL: De cuánto han hecho el amor y eso, ya uno conoce, porque yo tengo 18 años de hacer esto, y yo lo agarro y lo abro y le meto el dedo a ver como está y los que están contagiados tienen olorcillo raro y uno sabe que están pegados (infectados).

Otros “cacheros” han desarrollado un gusto por los jóvenes en la prisión. A Carlos, por ejemplo, le gustaban las muchachas de quince años para abajo. Su pasión era irse con las niñas y “jugar de casita” con ellas. Cuando le preguntamos que nos describa el juego, nos dice que les pide a las niñas que hagan “el papel de mamá” y que él “hará de papá”. Las niñas, sin sospechar sus intenciones, van teniéndole confianza y poco a poco ceden a sus peticiones. “Un día les pido que vamos a hacer como que nos dormimos juntos; otra vez que nos vamos a examinar el cuerpo. Cuando se dan cuenta, ya las he poseído”. Una vez en la cárcel, Carlos busca lo que más se le parezca a una niña: “Bueno, aquí uno no tiene posibilidades de muchachitas. Lo único que ve son las funcionarias que están más abiertas que el túnel del Zurquí (un túnel de paso en una de las carreteras costarricenses). Mi satisfacción es irme acercando a los “güilas” que entran aquí y hacer fiesta con ellos”. “Hacer fiesta” es un complicado juego que dura meses:

Muchos de estos muchachos son maleantes pero inocentes con respecto a la sodomía. Cuando entra uno rubiecito y blanquito, todo talón (lampiño), sin pelos, yo me le voy haciendo amigo de él. Le ofrezco comida y cigarros. Lo invito a que se quede conmigo en el nicho. En la noche, como el que no quiere la cosa, le toco disimuladamente. Si veo que no me dice nada, la próxima se la agarro deliberadamente. Poco a poco, voy masturbándolo. En uno o dos meses le empiezo a travesear por atrás. Esto lo hago con mucho cuidado porque este muchachito no sabe cómo se hace ésto. Primero meto un dedito y ya... En unas semanas más lo hago mío.

Otros, como Teja, empiezan como “cacheros” de travestis para ir lentamente desarrollando un gusto por los jóvenes. El mismo nos cuenta que antes de Diana nunca había visto a otro hombre. Sin embargo, le ubicaron debajo de su cama a un “chamaco con unas grandes nalgas”. El joven no es homosexual sino un “güila” que es visitado por otro “cachero”. Teja no pudo dejar impresionarse por lo que presenció:

Yo le tengo mucho respeto a Calderón porque es un tipo muy hombre y muy “col”, o sea matón. Sin embargo, una noche lo oigo llegándole a pedir cacao (rogarle) al “güila” de abajo. Al principio, le dio un puro de piedra (crack) para que se pegara un buen bombazo (intoxicación). Luego, vi cómo se metió en el nicho y empezó a bajarle los pantalones. Mirando de arriba yo me fijé en las nalguitas rosaditas y paraditas del mae ese. ¡Qué bruto! A mí me gusta el de Ana, pero éste era fenomenal. Oí cuando Calderón hizo suyo a ese “güila”. El mismo carajillo le dijo que nunca había recibido una aporreada (relación anal pasiva) de esa calidad. Le dijo: ‘Me sacastes todo el jugo de adentro, bruto. Largate que no aguanto el dolor’ Yo estaba todo fosforón (erotizado) con el asunto y desde esa noche he pensado varias veces bajarme a su cama. Pues la semana pasada el chavaló me hizo unos ojitos ya que a Teja lo pasaron de pabellón. Yo ni lento ni perezoso me bajé y le dije: ‘Vea, si yo lo hago mío, usted cierra su negocio de atrás. No quiero más playadas. El me dijo: ‘Pues yo no lo quiero ver a usted con Ana. O se queda con esa loca o conmigo... La verdad es que dejé a Ana por este mae...

También existen casos, como el de Luis quien fue violado por otro hombre a los diez años de edad y ha decidido vengarse haciéndole lo mismo a muchachos de su edad:

ENTREVISTADOR: *VAMOS PASO A PASO, ¿COMO FUE QUE TE VIOLARON? ¿COMO FUE EL ASUNTO? DECIME CON LUJO DE DETALLES.*

LUIS: *Bueno, ese día estaba yo en la casa y me fui a darme una vuelta al pueblo; me metí en una cantina.*

ENTREVISTADOR: *¿CUANTOS AÑOS TENIAS?*

LUIS: 7 años.

ENTREVISTADOR: ¿Y AUN ASI TOMABAS GUARO?

LUIS: No, no, no era que tomaba guaro, sino que en ese tiempo me gustaba jugar con chapas (tapas de botella), entonces me metía ahí. Luego, cuando entré en la cantina me encontré un señor mayor de más o menos 35 años de edad en ese tiempo, era delgado, alto y calvo y me preguntó dónde quedaba San Vito y yo le dije, yo lo conozco y él me dijo: '¿me puede llevar hasta allá?' y yo le dije que con mucho gusto y cuando íbamos caminando sobre la línea del tren del ferrocarril, cuando íbamos pasando a la par de un puente, él me agarró del pescuezo y me tapó la boca y me metió en una casa abandonada, luego de ahí, poco a poco, me quitó la ropa, me bajó el pantalón y diay, hubo penetración, o sea, me hizo un trauma.

ENTREVISTADOR: UNA VEZ QUE TERMINO CONTIGO ¿QUÉ PASO? ¿QUÉ HICISTE?

LUIS: Cuando terminó conmigo, me dijo que fuéramos a San Vito y le dije que no quería ir y él siempre me llevó, siempre pateándome por detrás, por donde me dolía; yo iba caminando como abierto y llegamos a San Vito y estaban las fiestas y me preguntó que si quería comer algo y yo le dije que no quería nada, que quería irme para la casa y me dijo que yo no me iba a ir para la casa, que me iba a quedar con él todo el día y quién sabe cuántos días más y yo le digo, no, es que yo me quiero ir para la casa, ya estaba hasta llorando, con las lágrimas en los ojos y con ese dolor que sentía y me monté en un carro y llegué a la casa, donde mi mamá y ella me pregunta que dónde andaba yo y yo le dije que por ahí y no tuve el valor suficiente, como nunca hemos tenido confianza para conversar de madre a hijo, yo no le conté lo sucedido en ese tiempo.

Este trauma llevó a Luis a hacer lo mismo con otros niños:

ENTREVISTADOR: EN ESA EPOCA TENIAS NUEVE AÑOS, VAMOS A ADELANTARNOS UN POCO MAS, ¿CUANDO FUE TU PRIMERA EXPERIENCIA SEXUAL CON OTRO HOMBRE O CON UN CHIQUITO?

LUIS: Bueno, como a los nueve años, más o menos a los 10 años, una vara así.

ENTREVISTADOR: CONTAME QUE FUE LO QUE PASO.

LUIS: Bueno, diay, yo con el resentimiento que llevaba por lo sucedido con mi persona, agarré un odio contra mí mismo y agarré un odio hacia mis compañeros y amigos y cuando iba pasando el tiempo, físicamente iba creciendo pero emocionalmente me quedaba ahí.

ENTREVISTADOR: CUANDO DECIS ESO, A VOS MISMO, ¿QUE QUIERE DECIR ODIARTE A VOS, QUE LUIS ODIABA A LUIS?

LUIS: Exactamente.

ENTREVISTADOR: ¿Y ODIABAS A TUS COMPAÑEROS?

LUIS: Exactamente.

ENTREVISTADOR: ¿POR EL RECUERDO DEL ABUSO SEXUAL?

LUIS: Así es, y bueno, llegó al punto que descargué ese odio, con otros chavalillos más pequeños, que tenían como seis o siete años y yo los agarraba y me los llevaba por allá y les decía 'vámonos a dar una vuelta', pero en mi mente iba esa cochinada.

ENTREVISTADOR: ¿QUÉ EDAD TENIAS?

LUIS: Tenía como 10 años.

ENTREVISTADOR: ¿Y LOS PENETRABAS?

LUIS: Sí.

ENTREVISTADOR: HABLAME DE ESO

LUIS: Bueno, yo me los llevaba, les conversaba bonito y ellos en el momento decían que no, pero siempre se iban; cuando se quitaban la ropa, yo les agarraba el ano y empezaba a acariciarlos y luego de ahí le echaba un poco de saliva y los penetraba, entonces ellos pegaban gritos y, para que no gritaran mucho, yo los agarraba de una mano del pescuezo y de la

otra les tapaba la boca para que no gritaran, para que no hicieran bulla.

Una vez en la cárcel, Luis continuaría con sus conductas en contra de los “güilas”:

ENTREVISTADOR: *¿VOS TE CONSIDERAS, SI QUERES CONTESTAR, QUE SOS “GÜILA”, “CACHERO”, “ZORRA”, TRAVESTI O NINGUNO DE ESTOS?*

LUIS: *Bueno, a mí me gusta penetrar.*

ENTREVISTADOR: *¿ENTONCES VOS SOS “CACHERO”?*

LUIS: *Sí.*

ENTREVISTADOR: *HABLAME UN POCO DE VOS.*

LUIS: *Bueno, a mí me gusta donde hay penetración, porque no sé, es una sensación que siento de penetrar el ano, no la vagina, bueno eso me gusta también, pero por detrás, por el ano, siento distinto, me recuerda los tiempos de antes, los tiempos pasados y por eso nace la vida mía como “cachero”, porque como me lo hicieron a mí, así aprendí a hacer lo mismo.*

ENTREVISTADOR: *¿VOS TENES “GÜILA” AQUI?*

LUIS: *No, no tengo.*

ENTREVISTADOR: *¿TENES RELACIONES SEXUALES CON ALGUNOS “GÜILAS”?*

LUIS: *He tenido relaciones sexuales con algunos “güilas”.*

ENTREVISTADOR: *HABLAME DE ESO.*

LUIS: *Es que han llegado muchos compañerillos a decirme que por favor les regale 300, 200 o 100 pesos y yo les digo que no tengo y que lo que tengo lo necesito, ‘¿que para qué los necesita?’, me preguntan y yo les digo que para comprar algo y ellos me salen diciendo que vayamos al baño, ya, para que yo les dé “la toma” (el semen) o para que yo los penetre.*

La iniciación

Existen muchas formas de lograr convencer al “güila” para que consienta en tener relaciones sexuales. Algunos “cacheros” viejos que estuvieron presos en la Penitenciaría Central en los años setentas, dicen que las tácticas de sometimiento eran distintas. En vista que esa cárcel vieja carecía de programas de prevención y de educación, los prisioneros eran abandonados en sus celdas. Algunos pasaban semanas o meses sin recibir visitas, lo que aprovechaban los “cacheros” para forzar a los muchachos jóvenes a sometérselos. Así lo describe Polo:

Las cosas eran muy distintas antes. En la Peni (antigua cárcel de San José) cuando uno veía un “güila” rico que llegaba, se decía que había llegado barco, lo forzaban a irse a meter a una celda con varios “cacheros”. Podía ser un delincuentillo machón que daba lo mismo. Al chavalito lo desvestían, le rasuraban todo el cuerpo, lo empolvaban y lo metían a una celda por tres o cuatro meses, sin dejarlo salir nunca. ¿Se imagina usted lo que significa que lo estén usando de mujer día y noche dos o tres tipos durante tres meses? Muchos de ellos terminaban totalmente psicoseados (esquizofrénicos). Uno oía los gritos de dolor de día y de noche de las penetraciones que les hacían. Los “cacheros” sacaban los calzones rojos de sangre del mae para que todo el mundo se riera. ¡Era un gran vacilón! Pues los muchachillos o se volvían locos o se hacían playos. Unos terminaban quedándose con solo uno para evitar que los demás se lo cogieran. A mí nunca se me olvida Juancito que lo metieron con un negro que era famoso en la Peni. Yo lo había visto bañándose y le vi el tucó (pene) que tenía. ¡Era una exageración! Pues el tipo se cogía al pobre Juancito, que terminó en la enfermería más de una vez. El me pidió que yo lo protegiera del “cachero” pero yo no me quise meter en problemas...

Existe evidencia de que la iniciación forzada aún se mantiene. En el capítulo de violaciones analizaremos cómo muchos “güilas” son obligados a buscar un a “cachero” después de haberlo sometido entre varios compañeros. El muchacho aprende a escoger un mal menor que es hacerse el amante de un solo padrino. Sin embargo, con el ingreso del crack en la cárcel, desde mediados de los años ochentas, las cosas se les han facilitado a los “cacheros”. Juan nos dice que “no vale la pena forzar ahora a un chapulincillo (delincuente joven) si ellos están dispuestos a todo por una piedra”. Esto lo comparte Daniel que dice que “con plata uno compra hasta la madre en la cárcel”. La necesidad de dinero para consumir una droga de gran adicción “hace que cualquiera preste el culo”, dice Teja. Los “cacheros” únicamente tienen que iniciar a los “güilas” en la droga y “pronto caen con todo”, dice Tucán. “No hay que complicarse la vida. Yo les doy unos puritos y los voy amansando con la droga. Pronto me ruegan que les preste plata para comprar más. Después, les digo que quiero verlos chinguitos para darles plata. Al final,

los tengo bien clavados y sin decir ni una palabra. ¿Para qué me voy a complicar con una violación?”

A diferencia de la relación “cachero”-travesti, la de “cachero”-“güila” se caracteriza por la exclusividad. Los muchachos están generalmente amenazados de muerte si se van con otro “cachero”. Daniel les dice muy claramente que las relaciones son “hasta que la muerte nos separe”. Es muy difícil mirar a un “güila” prostituyéndose tan abiertamente como lo hacen los travestis. En general, los “cacheros” de “güilas” son los que suministran el dinero y no a la inversa, como es el caso de los de travestis. El hecho que los “güilas” no sean homosexuales hace que les sea más fácil ser fieles. Los “güilas” pueden llegar a disfrutar las relaciones sexuales y también hasta invertirlas y poseer ellos a los “cacheros”. Sin embargo, no buscan a los hombres por su físico ni por su miembro viril, como los travestis, sino por su dinero y su poder.

La versión del “güila”

Un “güila” que accedió a hablarnos francamente es Juan Carlos. El nos narra el tipo de hombre con el que vive, el tipo de relación que tienen, las prácticas sexuales y los compromisos de ambos:

ENTREVISTADOR : ¿VOS PREFERIS JUNTARTE CON UNA PERSONA MAYOR QUE TE CUIDE?

JUAN CARLOS: Claro que sí, porque aquí pasan muchas personas mayores que son muy respetadas, porque tal vez a un jovencillo lo agarran por charlatanadas y no va a poner la espalda por uno que lo vayan a apuñalear; en cambio, una persona mayor sí, porque la mayoría de los que hay aquí, son respetados.

ENTREVISTADOR : ¿SON “COLES”?

JUAN CARLOS: Claro que sí, aquí yo tuve una aventura con un carajo así que le decían ‘José El Mago’, él ha sido “col”, claro, tamaño tiempo, él ha venido desde la Peni (antigua cárcel de San José), caneando (cumpliendo condena), desde San Lucas (cárcel que estaba en una isla del Pacífico) y lo han respetado aquí en estas etapas, mediana cerrada y cuando yo estaba teniendo aventura, y he estado viviendo con él, me ha dicho que no me preocupe, que cualquier cosa que me vaya a pasar a mí, primero lo matan a él y después a mí. Él me cuidaba y me defendía, tuve una aventura con ese muchacho que era “col”.

ENTREVISTADOR : *¿Y VOS DISFRUTABAS CON EL?*

JUAN CARLOS: *Sí, claro que sí.*

ENTREVISTADOR : *¿QUE EDAD TENIA EL?*

JUAN CARLOS: *Tenía 30 años.*

ENTREVISTADOR : *TREINTA ES JOVEN, ¿NO?*

JUAN CARLOS: *Sí, él estaba joven, pero ha sido muy respetado, porque él está por seis homicidios, con 32 años de presidio y yo estuve con él un buen tiempo y él me cuidaba y me ayudaba y me iba dando consejos de todo lo que es el sistema carcelario aquí, cómo hay que convivir con los internos y cómo hay que relacionarse con diferentes personas, a no llegar a tener un roce para no tener un problema, qué sé yo, irlos evitando, irse apartando de diferentes personas, porque aquí casi la mayoría si lo ven con dinero a usted, o lo ven con droga o con alguna cosa, se presentan como amigos en ese momento y después, cualquier problema que le vaya a pasar a uno, le dan la espalda; ellos no van a poner la espalda por uno.*

ENTREVISTADOR : *YO HE NOTADO, Y ESTO ES ALGO QUE SE ME OCURRE, QUE AQUI HAY UNA GRAN RELACION ENTRE EL SEXO Y LA MUERTE, ES DECIR, QUE LOS GRANDES “CACHEROS” HAN SIDO ASESINOS, HAN SIDO HOMICIDAS, ¿QUÉ PODES DECIRME VOS DE ESO?*

JUAN CARLOS: *Diay, la mayoría de esos mismos “cacheros” se han convertido en homicidas porque han tenido una persona viviendo con ellos, prestándole dinero y teniendo sexo y creen tenerla para siempre. Pero llega el tiempo que el “güila” se aparta y luego oye rumores que está con otra persona, haciendo el amor y que no sé qué, entonces al “cachero” le entran celos e inmediatamente hasta lo mata. Aquí abajo ha pasado eso, han matado aquí al playo Corina, a la Tapa, que mataron por eso, por celos del “cachero”, que lo mató ahí en el B-1.*

ENTREVISTADOR : *HABLAME UN POCO, SIEMPRE EN EL TEMA DE LOS CELOS Y EL “CACHERISMO”, UN POCO DE LAS PERSONAS QUE SE CORTAN, ¿VOS CREES*

QUE HAY ALGUNA RELACION ENTRE LA GENTE QUE SE CORTA LAS VENAS, EL SEXO Y LOS CELOS?

JUAN CARLOS: Las personas aquí, casi la mayoría que se ponen en esas varas de cortarse, casi el 20%, es por la vara de la droga, porque no tiene plata para comprarla, entonces, buscan la manera cómo cortarse; otros lo hacen por celos de tener un “güila”, qué sé yo, y el “güila” no le da pelota, el “güila” ya se está apartando de él y otros se lo están cultivando, entonces esa persona se autoagrede, eso es lo que pasa.

ENTREVISTADOR: UN DIA DE ESTOS ESTABAS AGREDIDO, VOS MISMO TE HABIAS CORTADO EL BRAZO Y YO TE VI, HACE COMO UNA SEMANA, VARIAS HERIDAS, ¿HICISTE ESO PORQUE TE SENTIAS HERIDO POR ALGUIEN O ALGUN “CACHERO” TE HIRIO, O ALGUN “GÜILA” TE HIRIO?

JUAN CARLOS: Fue porque el “cachero” con el que yo estaba al otro lado me tenía abandonado. Yo me sentía agüevado ese día, fue un viernes a las 7 de la noche y me había tomado unas pastillas y empecé a pensar que ese mae ya no me daba pelota (prestaba interés) y ni llegaba a hablarme, ni a platicar conmigo y me entró una depresión tan rara que por lo que opté fue por llevarme una navajilla y cortarme todo, sin embargo, ya el otro día cuando salí de la enfermería, me lo topé y me dijo: ‘diay, ¿qué le pasó?’ y le dije: ‘diay me corté, y me hice este mal porque vos no me hablás, ni nada, te hacés el mae, ni llegás a darme el churuco, ni esas cosas y entonces yo opté por cortarme y ahí ese día me mandaron al hospital. De ahí para acá el hombre me ha vuelto a hablar y hemos estado platicando y hemos tenido relaciones y esa persona es la que yo sinceramente quiero.

ENTREVISTADOR : ¿ESTAS ENAMORADO DE EL?

JUAN CARLOS: Claro que sí.

ENTREVISTADOR: ¿DISFRUTAS LA RELACION SEXUAL CUANDO TE PENETRAN, SENTIS RICO?

JUAN CARLOS: Claro que sí.

ENTREVISTADOR : *HABLAME UN POCO DE ESO*

JUAN CARLOS: *Yo me siento satisfecho de la forma que penetra el pene en el ano y todas esas cuestiones y yo me sacio por un lado y él por otro lado, para mí es algo muy rico.*

ENTREVISTADOR : *A MI SE ME ACABA DE OCURRIR ALGO, QUE ENTRE LAS COSAS QUE UN “CACHERO” TIENE QUE TENER ES UN MIEMBRO GRANDE, PORQUE SI TIENE UNO PEQUEÑO, ME IMAGINO QUE NO PODRA SER “CACHERO”, ¿QUÉ DECIS DE ESO?*

JUAN CARLOS: *Para el concepto mío, tiene que ser una persona normal, no muy exagerado, pero aquí hay diferentes gustos, hay playos que son felices con un “banano” (pene) ojalá de unas dos cuartas y más de grande.*

ENTREVISTADOR : *¿Y VOS COMO SOS CON ESO?*

JUAN CARLOS: *Ah no, yo no, yo entre más medianilla sea, más tuanis, ¡Dios guarde una grande, güevón! , lo agarra a uno un hijueputa de esos y lo raja todo.*

ENTREVISTADOR: *¿QUÉ MÁS TE GUSTA?, HABLAME DE LOS BESOS, DEL AMOR.*

JUAN CARLOS: *No diay, cuando uno va a tener una relación, que uno quiere, diay, uno lo abraza, se besa como si fuera una mujer y a la hora de hacer sexo, esa persona le agrada, lo atrae a uno, es algo muy excitante, tener esa relación.*

Cambios en las prácticas

En la misma forma que los “cacheros” con los travestis, la relación con los “güilas” sufre modificaciones. Los “cacheros” suelen cambiar de papeles una vez establecida la relación. Luis nos cuenta que ha visto “cacheros” en el baño felando a los “güilas”. Otros aceptan la penetración de los jóvenes. “En mi caso, el compañero me pide de vez en cuando que cambiemos los papeles para no aburrirnos. Es lo más natural”, afirma Gerardo un “güila”. Otros “cacheros” más viejos suelen hacer más masturbaciones porque, como dice Carlos, “no se les para de tanta edad y droga”.

Sin embargo, el cambio más radical está determinado por la pronta finalización de la “juventud”. Los “güilas” que ingresan en la cárcel tienen de 18 a 20 años y una vez que pasan esta marca, dejan de ser tales. “El güilismo dura lo que un día de primavera”, dice Daniel. En lo que uno se da cuenta, “los muchachos crecen, echan pelos y se vuelven hombres”. Una vez que esto pasa, el “cachero” debe reiniciar su búsqueda: “No, uno no puede, ni quiere, andar con un “güila” que se vea ya viejo porque lo hace verse a uno como playo”, continúa él.

De ahí que los mismos “cacheros” estimulan a sus “güilas” para que se hagan “cacheros”. “Todo “cachero” debe saber cuándo echar al pollito del nido”, admite Ernesto. “No es fácil porque uno se encariña con ellos y no quiere perderlos. Sin embargo, es necesario hacerlo porque tarde o temprano, ellos se harán hombres”. El mentor debe, así, estimular a su pupilo para que le siga los pasos. “Yo no quiero ver a mi “güila” convertirse en una loca, en un playo. ¡Jamás! Yo lo entreno para que él mismo se haga hombre y busque a otro “güila” para tratarlo como una mujer. Es la ley de la selva”.

No todos los “cacheros” son así de comprensivos y cariñosos. Algunos de ellos terminan asesinados por los mismos “güilas”. “No es nada raro que se venguen de sus antiguos “cacheros””, dice Juan Carlos. “Un día yo supe que mataron a un “cachero” precisamente por haberse violado a otro “cachero” cuando éste era un güila”, nos cuenta. Otro le rompió la cara en pedazos a su “cachero” y lo dejó medio muerto, nos dice él. “La verdad es que existe mucho resentimiento por las humillaciones vividas”. “Muchos de los crímenes de “cacheros” son cometidos por sus antiguos “güilas” que, cuando se hicieron hombres, no se olvidaron de quién los violó”, razona Daniel.

IV. Las “zorras”

Las relaciones entre hombres homosexuales que no reflejan diferencias de género o de edad, símbolos de la dicotomía masculino-femenino, no son toleradas o respetadas en la cárcel. Sin embargo, éstas también se dan aunque en forma “ilícita”. A estos hombres se les llama “zorras” o personas “ocultas” o “escondidas”.

¿Quiénes son las “zorras”? Pues la respuesta no es fácil de contestar. Este grupo representa no solo un sector marginal, sino un discurso contestatario al de los “cacheros”. Existen muchos tipos de “zorras”: hombres gays abiertos y escondidos, bisexuales, heterosexuales y prostitutas. Podríamos decir que el zorrismo es tanto un grupo marginal dentro de la cultura penitenciaria como un discurso sexual alternativo. Las “zorras” son símbolos de un modelo distinto para las relaciones homosexuales. A la vez, son las contradicciones lógicas que surgen de la imposibilidad de imponerse un modelo sexual a toda la población. “Las “zorras” son las que decimos no, no vamos a seguir el jueguito del cachерismo”, afirma Marcos.

Para aclarar el fenómeno del zorrismo es mejor dejar que ellos nos hablen por sí mismos de lo que son y hacen. Marcos es una “zorra legítima”, como él mismo se califica. Le preguntamos entonces: “Marcos, ¿pero qué es una ‘zorra’?” “Una “zorra” es un hombre

al que le gustan los hombres o se acuesta con ellos, sin tanta pendejada de activo o de pasivo”. Para explicarse mejor, nos cuenta su historia:

Yo soy un hombre gay. Antes de caer en la cárcel por drogas, tenía una vida abierta en San José. Iba a bares de homosexuales y tenía mis aventuras. Por cuatro años sostuve una relación con dos dueños de bar gay que gustan de los tríos. Ese par de hijueputas vendían coca igual que yo, pero cuando caí no hicieron ni mierda para ayudarme. Me abandonaron como un perro. Ni siquiera se atreven a visitarme por no darse ‘el color’, el par de cabrones. Pues imagínate lo que es para mí que nunca he estado en una prisión, caer entre este montón de chusma. Al principio, yo me quedé asustado de que los homosexuales en la cárcel son los travestis. ¡Esas locas espantosas vestidas de mujer que parecen más bien tortilleras que mujeres! Pues te imaginarás que yo no me iba a poner a cocinar, lavar y plancharle a ningún “cachero” de mierda. Cuando algún hijueputa me decía que por qué no me rasuraba las piernas y me hacía loca, yo les respondía que le fueran a rasurar el culo a sus hermanas. Para mí, todos esos “cacheros” son, en realidad, un montón de locas frustradas que no llegan a aceptar lo que son. Yo les respondo cuando me joden: ‘Serás “cachera” pero igual de poneca (pasiva) que cualquiera’.

Marcos es un homosexual “moderno”. Su percepción de la orientación sexual es psicoanalítica: la gente se determina por el objeto sexual con quien se relacione, no por lo que practica. “Un hombre que se acueste con otro es playo, dice él, y que no me vengan con el cuento que solo lo es la pasiva”.

Otro tipo de “zorra” es el bisexual. José, por ejemplo, es un hombre masculino que tuvo relaciones sexuales tanto con hombres como con mujeres antes de llegar a prisión. “Yo tenía mi señora pero de vez en cuando me gustaba tirarme un jovencito”, nos dice. En la cárcel, José no desea ser visto como “cachero” ni como homosexual, las únicas categorías permitidas. “A mí me interesa una relación con un muchacho pero nada de hacer de papá o de marido como un cachero”, revela él. “Yo no creo que tenga que estar dándole plata a ningún tipo por coger con él, ni ser visto como un “cachero” de “güilas”. A mí, me gusta echarme un polvo disimulado y ya...” José no es ni “cachero”, ni homosexual, ni “güila”, ni travesti. Sus relaciones son discretas aunque él mismo reconoce que “me tienen coloreado de “zorra” y no puedo hacer nada al respecto”. Sin embargo, nos dice que “yo vivía así de disimulado antes de caer en la cárcel. Jamás me iba a meter en un bar de playos ni andar con locas. Yo tengo mi señora y cuatro hijos”.

A pesar de la gran diversidad de casos, existen algunos aspectos en común en las relaciones de las “zorras”. Uno de ellos es que sus relaciones no están establecidas dentro de la dicotomía actividad-pasividad. No existen reglas del juego claras sobre quién tiene que ser activo o pasivo en la relación sexual. Sus relaciones no se basan en diferencias de poder y de especialización en razón de quién penetra a quién. Esto incluye tanto la

relación gay moderna como la de la prostitución. En ninguno de los casos, uno hace el papel de “hombre” y el otro de “mujer”.

Otra característica en común es que los privados de libertad que son “zorras” son masculinos. Se es “zorra” precisamente porque se puede esconder la homosexualidad. Los homosexuales femeninos, ya sean travestis o no, no pueden darse el lujo de pasar como “zorras”: los “cacheros” los obligarán a convertirse en tales. De ahí que solo una minoría de los homosexuales o de los bisexuales masculinos pueda pasar como “zorra”.

Las relaciones entre “zorras” son, en general, de corta duración. En vista de que la cultura predominante es la cachera, los reclusos no respetan a las parejas de otro tipo. Las “zorras” no pueden darse el lujo de tener sus relaciones en los nichos delante de todos sus compañeros y deben hacerlo furtivamente en los baños, o durante los descuidos de aquéllos. No es fácil sostener una relación en estas condiciones. En razón que muchos de ellos lo hacen solo por dinero, su interés en establecer una relación emocional es nulo.

Para complicar el panorama, las “zorras” tienen relaciones sexuales con “cacheros”, “güilas” y otras “zorras”.

Julio, por ejemplo, es una “zorra”. Tiene 24 años de edad y es un joven masculino y atractivo. Ha pasado la edad de ser ubicado como “güila” y es lo suficientemente agresivo como para ser respetado. “Ya he mandado a más de un hijueputa al otro lado”, nos dice con orgullo. Sin embargo, a Julio le gusta, de vez en cuando, “la sodomía”, como él la califica. Julio se encuentra con Vernón, un “cachero” de la vieja guardia, en los baños. “Vernón tiene un playo de señora, nos dice Julio, y yo no lo quiero nada más que para tener sexo de vez en cuando”. Julio y Vernón tienen una relación apasionada y totalmente “macha”, como él la llama. “Vernón se aburre de estar con ese playo tan femenino, nos dice”. “A mí me gusta el amor macho, rudo. Yo considero que los hombres que andan con mujeres o con playos les falta lo que es el verdadero amor de hombre”. “¿Cómo es el amor de hombre”, le preguntamos. “Pues es el amor que no lo hace femenino. Porque cuando solo se está con mujeres o playos uno se vuelve medio maricón con eso de los sentimientos y del amor y de las florcitas y otras payasadas. El amor entre hombres es a lo macho: dolor y placer y nada de sodomía”.

Alberto, por su lado, es una “zorra” que tiene relaciones con un “güila”. Estas son totalmente escondidas porque “¡Dios guarde el “cachero” se dé cuenta que yo me meto con ese chamaco!”, nos dice con temor. “¡No se les ocurra mencionar nombres porque entonces quedamos mal, ¿Okey?”. Le preguntamos por qué sostiene estas relaciones secretas y no se busca un “güila” para él solo. Alberto nos explica: “No, yo no creo en relaciones ni en mantener a ningún mocoso. Yo me meto con ese “güila” por pura cara de barrismo mía. El muchacho está riquísimo. ¿Se fijó usted en el trasero que tiene. Con esos “chanchos” (glúteos) comemos muchos en esta cárcel”, confiesa él.

Otro caso es el de dos “cacheros” que se relacionan entre sí. En esta situación, los “cacheros” pasan a la categoría de “zorra”, en razón que se salen de las propias reglas del

juego. Juan Carlos nos cuenta que él ha visto a dos “cacheros” teniendo relaciones en el baño:

Estaba yo por bañarme en la noche porque hacía tanto calor y me voy encontrando a Pepe y Tomás, los esposos de Leticia y Sonia, hechos una melcocha en las regaderas. Yo casi no lo podía creer porque si alguna de esas locas se da cuenta, ¡se arma la gorda en el pabellón! Principalmente la Sonia haría el tanate ya que le cuenta a todo el mundo que su marido es macho, macho. Pues, ¡pobre Sonia!, porque si lo hubiera visto como lo miré yo, se cae de culo.

¿Puede un “güila” meterse con un travesti?, le preguntamos a Daniel. “Pues claro que sí”, nos responde. “Cuando un “güila” se mete con un travesti, éste es visto como una zorrilla que se escapó del redil”. Daniel sabe que algunos de los “güilas”, “hartos de ser comida de los cacheros” buscan sus propias satisfacciones con los travestis. “Es una manera de ejercer el poder. Un “güila” al que lo tengan todo el día de mujer se aburre y busca cómo hacerle lo mismo a un travesti”. Pedrito es un caso de éstos. El busca a Maripepa en la cocina donde trabaja y sin que el marido de ella se dé cuenta, “la posee en la pila, con la manteca que se usa para cocinar los frijoles”, nos relata él. “¿Quién sabe si en el gallo pinto (plato de arroz y frijoles) que nos comemos no nos estarán dando los hijos de Pedrito y Maripepa”, nos dice con una sonrisa. “¿Es posible que dos “güilas” tengan una relación”, le preguntamos a Daniel. “Eso es de lo más común. Vea a Mario y a Ernesto, ambos tienen sus “cacheros” pero todo el mundo sabe que ellos se zorrean el uno con el otro, a escondidas de sus maridos. Ernesto hace de macho con Mario aunque con su “cachero” la cosa es distinta”, responde.

¿Puede haber un travesti “cachero”?, preguntamos confundidos a Manuel, un “cachero” de la vieja escuela de la Penitenciaría. “Claro que sí, la Negra Willy”, responde sin tener dudas. “Esa loca era temida por mala y por bruja. Había acuchillado a más de uno. Más de una vez la Negra Willy se cogía a los jovencillos”. “No todas las locas, continúa Manuel, son pasivas. La Willy era un hombre en la cama y se voló a más de un machón en la cárcel. Nadie jugaba con ella y quienes lo hicieron, terminaron heladíticos”. Pedro, por su parte, tiene también algo que compartir al respecto: “Existen travestis que se acuestan entre ellos mismos. La María Candelaria se acuesta con Penélope. Yo sé que parece extraño pero es cierto. Muchos compañeros dicen que ambas son tortilleras y no saben cómo es que dos locas así puedan hacer el amor. Sin embargo, ahí están las dos juntitas y felices”.

El trasero revolucionario

Como teorizó Foucault¹¹, todas las relaciones humanas están inscritas de poder. Desde la pareja heterosexual hasta la homosexual están atravesadas por él. Ninguna relación humana, por simple que sea, está desprovista de poder. Sin embargo, ciertos discursos son promovidos para incrementar el dominio de unos grupos sobre otros. No todos

¹¹ Michel Foucault, *La Historia de la Sexualidad* 1 / --18a. ed.-- México DF, SIGLO XXI, 1991.

tenemos el mismo acceso al poder y mucho menos si estamos en una cárcel, a merced de las diferencias en la escala de fuerza física y de agresividad. Algunos reos tendrán más que otros, lo que hace que sus discursos y reglas se impongan. El discurso del “cacherismo”, como hemos visto, beneficia a los “cacheros”. Se impone porque ellos tienen la fuerza física y el control del dinero para avasallar a los demás. Los “cacheros” no son solo los penetradores de los travestis, sino también los narcotraficantes internos y los principales asesinos, o sean los “coles”. Un “col” es un prisionero temido por su capacidad de matar, ya sea directamente o por medio de un sicario. En la práctica, el “col” se “coge” a toda la cárcel: utiliza a unos como mujeres, a otros como seguidores, sicarios y empleados; a otros los compra con favores y dinero. Los “coles” controlan la prostitución en la cárcel, la distribución de la droga, los robos, los servicios, la información, los atentados y las decisiones de quién vive y quién muere.

El discurso sexual del “cacherismo” es suyo. Con éste, los “coles” pueden continuar siéndolo y a la vez, utilizar a otros hombres como servidores, ya sea sexuales o sociales. Pero esta realidad no pasa inadvertida. Los reclusos que deben someterse al control “cachero” buscarán cómo resistir este poder porque como lo pronosticó el mismo Foucault “desde que existe poder hay resistencia”. En otras palabras, las relaciones sexuales que se salen de las reglas del juego del discurso “cachero” son formas de resistir, de no someterse al poder de los “coles”. Desde el travesti que posee a un recluso masculino hasta el “güila” que se entrega a una “loca”, los prisioneros sabotean el discurso del “cacherismo”. Demuestran que las relaciones sexuales, y sociales, podrían establecerse de manera distinta, sin que exista un mandato para que unos siempre manden y otros obedezcan. Como dice Rosa, un travesti: “El acto de cogerme yo a una “zorra” es mi manera de decir que estoy harta de ser yo la única pasiva”. En este contexto, los penes y los traseros se tornan en armas tanto de sometimiento como de liberación. “Este culo es revolucionario”, nos dice Clemente, un hombre gay. “Es lo único que tengo para demostrar que, por que me la claven, no seré una loca de segunda clase”.

Actos similares, entonces, tienen significados distintos. Un “cachero” que se deja penetrar por su amante travesti demuestra que es tan macho y tan “col” que puede darse el lujo de “poner las nalgas”, como se dice en el argot de la cárcel. Sin embargo, un travesti que penetra a un “güila” da otro mensaje: nos dice que el poder puede alternarse y que nadie debe tener su monopolio. De ahí que, si los “cacheros” descubren el evento, alguno será castigado, mientras que cuando el “cachero” hace lo mismo, los reclusos se hacen de “la vista gorda”, como afirma María Alejandra. “Los “cacheros” hacen lo que les da la gana y nadie dice nada. “Algunos son más tragones que la loca más quebrada, pero vaya usted a decírselo”.

De poder y de joder

¿Es la “zorra” un revolucionario y el “cachero” un victimario? No hay una sola respuesta. Si tomamos en cuenta que la “zorra” busca relaciones más simétricas y divorciadas del juego de poder de los “coles” y los “cacheros”, la respuesta sería un sí contundente. Sin embargo, las “zorras” también podrían verse como traidores: invaden la cultura “cachera” con elementos foráneos, ajenos a la comunidad de hombres presos. ¿Cuáles serían estos

elementos de un colonialismo carcelario? La respuesta es muy compleja. “Las “zorras” traen una manera de hacer las cosas de los playitos fresitas (homosexuales pedantes) de la ciudad”, nos dice Carlos, un “cachero” tradicional. “¿Y qué tiene de malo hacer las cosas de esa manera?”, le preguntamos. “Pues que es la forma de pensar de los hijueputas policías y funcionarios, que nos quieren hacer mierda a los compas (compañeros)”, replica él.

Para entender lo que nos quiere decir Carlos, debemos hacer un alto en el camino. No hemos hablado gran cosa del papel que juegan los jueces, funcionarios, trabajadores sociales, psicólogos y otros trabajadores del sistema penal para influir en la cultura carcelaria. No es el objetivo de este trabajo y la tarea requeriría uno o más libros. Sin embargo, se hace necesario un vistazo rápido de las relaciones de poder entre funcionarios y prisioneros.

La pérdida de libertad puede ser vista como una manera de “feminizar” a un hombre. Desde que se le captura, pasa a depender de otros. Si quiere hacer una llamada por teléfono, una cita con el médico, pasarse de pabellón o de cama, entrevistarse con un familiar, curarse un dolor de muela o jugar al fútbol, el privado de libertad depende de la bondad de otros. Digo “bondad”, porque los funcionarios juegan con los permisos para hacerlo más obediente y pasivo. El reo que no se someta a su poder, será puesto en lista negra, trasladado a los pabellones más peligrosos, denegado su permiso de libertad condicional, encerrado en un calabozo o hasta asesinado por medio del compañero que le pongan en su celda. Es un poder muy grande y los privados tienen que aceptarlo “porque si no, nos culean todos”, dice el mismo Carlos.

La sumisión de los privados de libertad es una pequeña obra de teatro: aprenden a usar el “señor” o “señorita” o “licenciado(a)” con mucho respeto al hablar con los funcionarios, a hacer una sonrisa “humilde” de agradecimiento cuando un favor es concedido, a bajar los ojos cuando llega una visita importante y a servir un cafecito y a lavar los platos cuando vienen grupos de “cristianos” a salvar su alma. “Uno tiene que hacerles la masa aguada a ese reguero de comemierdas porque si no lo hace, le va como un quebrado”, afirma Luis. La sumisión es fingida pero duele, porque “uno tiene que hacerse el bueno todo el tiempo, como si estuviera en campaña electoral”, dice María Fernanda, un travesti.

No solo existe una “feminización” de la conducta del privado de libertad sino que una “colonización” de su historia de vida por parte de los psicólogos, abogados y trabajadores sociales. La terapia que es exigida y la participación en talleres de “rehabilitación” los lleva a enfrentar una interrogación por parte de los profesionales de la salud sobre sus crímenes. Estos “expertos” provienen de sectores de clase media, distintos a los de los privados de libertad, y con una formación psicoanalítica que los hace contar con las respuestas antes de hacer las preguntas. De ahí que en sus “terapias” busquen lo que en sus universidades les han enseñado son las “causas” de la conducta criminal: falta de amor, hogares rotos, agresión física y emocional, abandono, pobreza extrema e ignorancia.

Los privados de libertad saben muy bien qué es lo que tienen que decir para “enternecer” a los que evaluarán su agresividad o les darán un permiso de libertad condicional. “María Emilia, la psicóloga, casi llora cuando le cuento que me hice travesti porque mi papá me violaba cuando yo era chiquita, nos dice Penélope. Yo moqueo un poco cuando le cuento que pedía al Cielo que mi papá no me hiciera daño porque me dejaba sangrando por días”. “¿Pero surtía efecto tu cuento?”, le preguntamos. “¡Claro que sí!, nos responde, María Emilia me decía que yo era así de playitica por esa agresión y que podía cambiar si quisiera. Que si me fijaba más en las mujeres y en hablar con ellas, me llegarían a gustar”. “¿Y para que te servía seguirle la corriente?”, preguntamos. “Ah, es que ella en el reporte ponía que yo estaba cooperando mucho y recapacitando sobre mi vida y se notaba que podía cambiar y ser un buen miembro de la sociedad. Sin embargo, apenas salía de la oficina yo misma me decía: “¡Oh vieja más puta esa!” “¿Y le hiciste caso a la psicóloga y te fijaste más en las mujeres?”, preguntamos. “¡Claro que sí! Yo salía de la oficina y volvía a ver a las secretarias y me decía: ¿En dónde esa bicha se habrá comprado esos tacones tan bonitos?”.

Pedro José ha matado a tres hombres. No sabemos por qué los mató ni le preguntamos. Sin embargo, él también sabe qué decir para que lo evalúen mejor y lo saquen de Máxima Seguridad. Según nos cuenta, “a los funcionarios les encanta eso de la ofuscación. Cuando me preguntan sobre los crímenes, yo sé qué tengo que decir: me dio una cólera enorme, vi negro, no sabía lo que hacía, que solo cuando abrí los ojos tomé conciencia del crimen, que fue culpa de ese carácter que yo tenía pero que ahora no tengo”. Lo mismo hace Jonás cuando estudian su caso para otorgarle la libertad condicional: “Solo hablo de mis chiquitos que no tienen papá y que yo me muero por ver. Les cuento que están en la escuela y que casi ni me conocen. Que la menorcita pregunta: “¿Dónde papi? ¿Dónde papi?” Es la única manera que la sádica esa de Nora, la trabajadora social, se compadezca de mí, la gran cabrona”. “¿Y te resulta?”, le preguntamos. “¡Claro que sí, con ese cuento siempre me dan el permiso!” “Bueno, por lo menos, visitás a tus hijos, respondemos”. “¡No sea tonto! ¿No ve que la puta de mi esposa se juntó con el carnicero? ¡Yo ni me arrimo a ver a esos mierdosos!”.

La comunidad de hombres presos está colonizada, de ahí que establezca mecanismos de resistencia contra su opresión. Entre éstos están los discursos alternativos, las estructuras paralelas de poder, la movilidad social, el lenguaje particular, los ritos, los mitos y las ceremonias propias. El “cacherismo”, por ejemplo, es un discurso sexual particular e independiente del que predomina en los sectores de la clase media costarricense. Se opone contundentemente al discurso religioso que condena la homosexualidad. “Yo asisto a las misas cristianas por el cafecito y las empanadas que nos dan. Pero cuando empiezan a hablar contra la sodomía, me hago el maje ya que ninguna de esas viejas santulonas sabe de lo rico que se está perdiendo”, nos dice Julio, un “cachero”. “En mi caso, nos dice Emilio, otro “cachero”, la sodomía no es una enfermedad como dice el psicólogo ese de la Unidad, sino que es una forma natural de satisfacerse entre hombres. A mí que no me venga con tanta carajada que solo por la vagina se puede hacer el amor”.

Frente al idioma español de la clase media, los privados de libertad han inventado su propio dialecto. En el campo sexual, las palabras “cachero”, “zorra”, “güila” sustituyen

las de “homosexual”, “bisexual”, “heterosexual”. Esto va más allá de un simple cambio. Los privados de libertad dividen el mundo entre los fuertes y los débiles, no entre los hombres y las mujeres. Esto refleja un modelo distinto de ordenar las cosas. Palabras que la clase media utiliza de una forma, son transformadas en otra. “Bisexual” en los sectores medios es una persona que tiene relaciones sexuales con hombres y con mujeres. En el argot de la cárcel, es alguien tanto activo como pasivo. Esto significa que la práctica es más importante que el objeto del deseo. “Gay” en los sectores modernos significa un homosexual consciente de su orientación sexual y de su pertenencia a esta comunidad. En la cárcel, es un travesti. Esto quiere decir que todos los que tienen relaciones con hombres de manera activa no son homosexuales. Los privados de libertad, por su parte, tienen sus propias ceremonias de iniciación, ritos de amor, violaciones en grupo, y un sinnúmero de reglas de conducta acerca de lo que se puede y no se puede hacer, tanto en el campo político, social, económico y sexual. Una forma de demostrar amor, por ejemplo, es cortarse las venas. Cuando un privado quiere demostrar su fidelidad a una persona que no le corresponde, dejarse sangrar es la manera. Otra es hacerse un tatuaje con el nombre del travesti o del “cachero” en las partes más íntimas. “Yo tengo tatuado el nombre de Mono en mi parte trasera, nos dice Endivia, un travesti. Me lo puse con la leyenda que dice “Propiedad de Mono” Cuando dos hombres se casan, se cortan la mano e intercambian sangre: “Ahora con lo del sida esta práctica es menos común, nos dice Pepe, pero antes era toda una ceremonia de matrimonio”.

Los “cacheros”, por su parte, establecen un poder paralelo en la cárcel que rivaliza con el de los funcionarios. Los últimos saben que deben respetarlos porque si no, las cosas se les hacen más difíciles. “El “cachero” tiene el poder de hacer una huelga o un motín, mandar a matar a un policía, comprar un favor, contratar un sicario, mantener el orden o el desorden”, nos dice Daniel. Este poder es manejado con ciertos principios racionales. Si no fuera así, la cárcel sería un baño de sangre permanente. El hecho de que los crímenes sean relativamente pocos, y hayan descendido en los últimos años, significa que el sistema se preserva con moderación. Los “coles” imponen su autoridad y regulan el mercado interno carcelario, tanto en drogas, prostitución, amor, servicios como en otros rubros bajo su control. Si no hubiera un sistema de autoridad interno, el caos prevalecería. “Vea, esto es una jungla, dice Puro, si uno no pone orden, aquí nadie respetaría nada. Por eso es importante que la gente aprenda con quién no se debe meter y que hay cosas que no se puede hacer. Nosotros somos como la ley interna en los pabellones, los cuidadores de la moral carcelaria”.

El sistema impuesto por los “coles” y “cacheros” no solo brinda cierta seguridad, también cierto orgullo de pertenencia. Los privados de libertad aspiran a ser respetados y temidos como los “coles” y a disfrutar algunos de sus beneficios. “Claro que uno se siente orgulloso de ser “col”, dice Puro, es un honor que la gente lo respete a uno y le pida consejo. Yo veo que los demás lo miran a uno como si fuera una estrella de cine y que cuando abro la boca, se me respeta”. Existe, por lo tanto, un sistema de ascenso para llegar a la cúspide. Nadie se hace “col” apenas llega a una cárcel sino que tiene que demostrar su hombría, independencia de las autoridades, respeto a los otros “coles”, fortaleza, y lo más importante, destreza en los negocios y en someter a los adversarios.

Esto toma tiempo y por eso los “coles” son los privados de libertad con mayores penas y crímenes.

¿Qué tiene que ver esta estructura de poder con los “cacheros” y las “zorras”? Pues mucho. Todo sistema paralelo tiene que cuidar la pureza de sus instituciones y la independencia de otras estructuras de poder. El “cacherismo” establece reglas claras del juego que se diferencian de las de “afuera” del presidio. Por lo tanto, aquellas personas que no las respeten o que juren fidelidad a modelos contrarios, serán agredidas y perseguidas. Un homosexual “moderno” que comparte con los funcionarios su visión que la orientación sexual se determina por el objeto del deseo, y no por la práctica como aducen los “cacheros”, es un peligro para el sistema porque “trae ideas foráneas a la cárcel”, dice Luis. Un funcionario que sea “zorra” y que busque favores sexuales de un reo es una amenaza porque, como dice Pacheco: “Tarde o temprano el recluso abrirá la boca más de la cuenta”. Un “güila” que cuestione el monopolio de los “coles” sobre los travestis o un travesti que no respete sus decisiones, serán víctimas de sendos castigos “porque se tiene que respetar las decisiones de los mayores”, explica Polo.

Es por esta razón que la comunidad penitenciaria persigue a los disconformes del modelo “cachero”: intuye que los cambios cuestionan las estructuras más importantes en su vida diaria.

V. Relaciones de poder y de dinero

La prostitución es común en la cárcel. En el cuestionario de los participantes de los talleres holísticos de 1993, un 81% de los participantes reconoce que ésta existe en algún grado.

CUADRO N??2
ASPECTOS RELACIONADOS CON LA CONDUCTA SEXUAL EN PRISIÓN
(en porcentajes)

Variables	Pretest	Postest
(N)	(188)	(188)
Total	100	100
?Qué tan común es la prostitución dentro de la cárcel?		
Muy común	18.1	14.9
Común	13.8	25.5
Regular	17.6	20.2
Poco común	22.3	21.3
No existe	25.5	17.0
No responde	2.7	1.1
Resumen		
No existe	25.5	17.0
Existe en algún grado	71.8	81.9
No responde	2.7	1.1

Fuente: Johnny Madrigal, **Impacto de la prevención del sida en privados de libertad costarricenses**, ILPES, San José 1993.

La prostitución más abierta es la de los travestis. Aunque existe amor entre “cachero” y travesti y algunos de ellos se mantienen fieles por años, una mayoría de los segundos terminan trabajando para los primeros. A diferencia del gran amor de Toro o la indiferencia de Chino, los “cacheros” suelen poner a trabajar a sus amantes travestis. La prostitución es común en todas las cárceles. En las que existen travestis, éstos son los que más la practican ya que antes de ingresar en ellas la han ejercido. Cuando en 1989 les preguntamos a los travestis el número de compañeros sexuales, los entrevistados reportaron un promedio de 51, durante los últimos 12 meses:

CUADRO 3
COMPAÑEROS SEXUALES HOMBRES TENIDOS POR LOS ENTREVISTADOS
DURANTE LOS ULTIMOS 12 MESES

	Número entrevistados	Promedio compañeros sexuales
	2	0
	4	1.5
	6	5.5
	5	22.8
	5	193.8
Total	22	
Promedio		51
Mediana		7
Moda		*
Mínimo		0
Máximo		365

Los valores 0, 1, 2, 4 y 6 compañeros sexuales se repitieron dos veces cada uno.

Fuente : Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, ILEP-SIDA, San José 1992, p. 186.

Uno de ellos, un travesti, sostuvo relaciones con 365 compañeros distintos, lo cual, en vista de que la población penal era de 1369 (sin incluir 47 puestos en Máxima Seguridad), significaba un 27% de toda la cárcel. Otros cinco travestis habían tenido un promedio de 193 compañeros sexuales durante el mismo lapso. Dado que es común que los travestis dedicados a la prostitución tengan clientes diferentes, se deduce que existe un alto número de prisioneros que tienen relaciones sexuales con ellos.

En el curso de concientización que se dio a los travestis, se hizo evidente que algunos que en el cuestionario habían declarado no tener contactos sexuales, después sí lo reconocieron y otros, que habían indicado tener apenas dos o tres compañeros sexuales, luego admitieron que tenían hasta cinco u ocho contactos sexuales diarios. Cuando se les preguntó, durante el curso, el número de hombres diferentes que habían tenido en la cárcel desde que ingresaron, ocho de ellos dieron una cifra total de 856, es decir, un promedio de 107, el doble de lo que indicaron en el cuestionario.

El travesti en la pareja se convierte en el proveedor, irónica posición en una relación en la que juega el rol de "mujer". Algunos obtienen dinero en labores domésticas para el resto de los reclusos: lavan y planchan la ropa. Otros hacen "rifas", venta de números en combinación con la Lotería Nacional. Pero en un sistema penitenciario que ofrece pocas oportunidades, es difícil que puedan tener un lugar de trabajo adecuado. Casi todos consideran los trabajos que se les asignan en la industria y en el campo como muy duros. Entonces, para satisfacer las necesidades propias y del compañero recurren a la prostitución. Esta actividad la realizan a escondidas del amante oficial, por temor a sus represalias.

En el comercio sexual en prisión, el pago varía según las posibilidades del cliente. Fluctúa desde sumas bajas de dinero hasta dosis de diferentes drogas. La demanda de favores sexuales es alta y la competencia es fuerte entre los mismos travestis y entre éstos y las “zorras”, que en ocasiones también cobran.

Es muy común que los “cacheros” mencionen que “ahora las “zorras” están por doquier y cobran cualquier cosa por una piedra”, según dice Luis. La necesidad del crack lleva a muchos hombres a prostituirse para conseguirla. Desde que la piedra ingresó en las cárceles, a mediados de los ochentas, la prostitución se ha incrementado enormemente. Muchos reclusos están dispuestos a realizar sexo oral o anal por unos pocos cientos de colones. Uno de ellos se dejó penetrar por “80 pesos que me hacían falta para comprar la piedra”. Los “cacheros” se quejan que no pueden mantenerse fieles “porque existen tantas “zorras” que los persiguen para que se los coja uno por plata”, afirma Mario. Pedro se queja que no puede bañarse tranquilo porque “apenas me quito la ropa hay como tres o cuatro muchachillos mirándome para que yo me los suene”. Gerardo lo confirma: “Creo que han establecido un zocriadero de “zorras”. Nunca había visto tantas. No puedo a veces creer que tanto hombre macho se apunte por lo que sea para comprar la piedra”.

La competencia en la cárcel, como en cualquier mercado capitalista hace bajar los precios. Si antes un prostituto podía darse el lujo de cobrar hasta 2.000 colones, ahora los precios han bajado hasta 200 colones. La oferta es muy amplia, según informan tanto los prostitutos como los clientes. “¡Qué va! La situación está terrible, nos dice un prostituto. Antes uno podía darse el lujo de escoger los clientes. Ahora no se puede. Cualquier piedrómano está dispuesto a poner las nalgas por un puro”. Juan Alberto así lo mira:

Sí, los pagadores sueltan la harina... es que cuando le agarran color a más de un chamaquillo que anda metiéndose en sodomía, sexo con uno y con otro, la mayoría de las personas que hay aquí de la edad de 40 o 50 años como están solos y no tienen visita conyugal ni nada, le pagan a más de un carajillo. Aquí hay como tres chamaquillos que andan en eso de tener aventuras con diferentes hombres, entiende, pero tal vez por ganarse tres tejas o cuatro tejas, no sé para qué puede ser, pero la mayoría de muchachos se prestan con “cacheros”, hombres que manejan platilla, ellos les pagan. Se putea en las noches o en el día, pero no están unidos, cuando ellos tienen necesidad de tener dinero, ellos van donde el “cachero” para que les hagan el amor y les paguen. Aquí hay un muchachillo que a la vez anda con otros, para que lo jodan a él, para que le hagan el sexo a él por plata, por el vicio de la piedra más que todo.

Ana Rosa es un ejemplo del travesti que se prostituye. Cuando vivía en la Zona Roja de San José, él traficaba droga y ejercía la prostitución. En la cárcel, ha continuado con ambas labores. Los reclusos asumen que Ana Rosa automáticamente estará a disposición de quien pague. Zorro narra su relación con él:

Cuando yo vi entrar a Ana Rosa, esa loca, en mi pabellón hasta que se me salieron las babas. La miré tan femenina y tan bonita que es casi

imposible creer que pueda ser un hombre. Ella se cambió de pantalones en su nicho y le vi el trasero paradito y duro que tiene. Me fijé que yo no era el único que la miraba. Varios de los tipos de mi pabellón le decían “rica, mamacita, culito de pavo” y ella hacía que no les daba importancia. Yo llamé a uno de ellos y le hice una buena jacha y le dije: ‘Usted mejor pica de esa loca y me la deja a mí hasta que yo me aburra de ella’ El mae ese no le gustó lo que le dije pero se fue y lo comentó con los demás. Yo me acerqué a la loca y le dije: ‘Vea mamita, mejor usted se viene a dormir conmigo en la noche porque si no le pueden hacer un mal hoy en la noche. Duerma en la cama conmigo que yo le voy a cuidar ese tesorito que usted tiene’ Ella me sonrió y me di cuenta que yo le gustaba. Yo sé que les gusta a los playos ya que me dicen que soy muy bien parecido y dotado. Pero me salió que necesitaba plata y que ella cobraba un tucán por ‘su tesorito’. ¡No sea tontita!, le contesté: si usted no duerme conmigo, hoy en la noche esa cuadrilla que la piropeaba le van a dar una sorpresa que mañana usted no camina. No fue tonta y se vino a dormir conmigo en la noche. Yo le dije: ‘Usted se va a comer todo esto y gratis, ¿oyó mamita? Yo no le voy a pagar más que con leche. Por tres noches le di solo yo en el nicho. Ana Rosa gemía como una perra, seguro para alborotar a todo el mundo. Después la dejé que cobrara, siempre y cuando me pagara a mí un tucán por protección.

Ana Rosa admite que aún cuando él se enamora y quiere ser solo para un hombre, los compañeros de celda no la dejan:

A mí me empezó a gustar ese muchachito rubio que está en mi pabellón. Es un hombre bien macho pero joven. Tiene una cara de ángel y una sonrisa muy linda. Él empezó a coquetear conmigo y hablábamos en las tardes cuando los demás andaban jugando fútbol. Una vez me besó apasionadamente y me tocó los senos. Yo tomo hormonas y los tengo bien grandes. Me quitó la blusa y empezó a lamérmelos, pero con mucha delicadeza. Luego, me llevó al baño y me quitó toda la ropa y me empezó a enjabonar. El se desnudó también y tenía un cuerpo divino. Estaba totalmente emocionado y me empezó a hacer el amor. Fue riquísimo, apasionadísimo y cuando me hizo suya, me dijo: ‘Esto es solo mío, ¿entendés? No quiero nadie entrando por aquí’. Sin embargo, él apenas tenía veinte años y era un novato. Por unos días fui solo de él. Hacíamos el amor como locos en su cama. Me enamoré tanto que no quise tomar clientes para no hacerlo sufrir. Pero no me lo permitieron. Una noche Zorro y dos de sus amigos, nos sacaron de la cama, lo agarraron a vergazos y lo hicieron mierda a él. A mí me llevaron arrastrada del pelo al baño y me violaron sin compasión. A él lo cambiaron de pabellón y yo tuve que quedarme con todos esos hijueputas. Después, preferí seguir cobrando y pagándole a Zorro para que me protegiera. Aquí no se puede escoger.

Otros travestis adquieren mañas para no tener que compartir ganancias con nadie. La Halloween Permanente (el apodo se lo pusieron porque asusta de lo fea que es) nos cuenta cómo ella se las agenció para poner su negocio propio:

Yo la pulseé toda la vida en la Zona Roja. Ahí aprendí a usar la cuchilla con cualquier hijo de puta que trate de joderme. Una vez le cobré mil pesos a 'Ingeniero', un cachero, por un polvo. Después que terminamos, no me quiso pagar y me dijo: 'No mi amor, vos estás muy floja, no valés la pena'. El idiota ese no quería pagarme. Yo le dije: 'Mirá sarnoso, antes me estabas diciendo que qué rica y ahora me venís con que no me vas a pagar'. Pues agarré un cuchillo y le partí la cara. El me trató de matar pero no pudo. Soy más fuerte que un buey. Se lo llevaron a la enfermería y le dieron como diez puntadas. A mí me mandaron al calabozo y luego a Mediana Cerrada. Pero cuando llegué ahí les dije: 'El que quiera cogermelo pone la plata primero y si no, se las arregla conmigo'. Yo no voy a estar trabajando para ningún hijueputa que no tiene que poner el culo honradamente como yo.

En el caso de los prostitutas, no es de extrañar que policías o funcionarios también requieran sus servicios:

El Coronel W. gusta de los travestis. A veces nos invita a Casandra y a mí a la oficina dizque para arreglar un asunto del expediente. Nos paga quinientos colones para que se la mamemos entre las dos.

En el comercio sexual en prisión, el pago varía según las posibilidades del cliente. Fluctúa desde sumas bajas de dinero, hasta dosis de diferentes drogas. La demanda de favores sexuales es alta y la competencia es fuerte entre los mismos travestis y entre éstos y las “zorras” que en ocasiones también cobran.

A pesar de que los internos optan por el sexo como comercio, son víctimas, al mismo tiempo, de una gran compulsión que los arrastra a ver en la relación sexual una forma de satisfacer también otras necesidades psicológicas, lo que agrava su situación. Lo ratifican las diversas respuestas que dieron sobre temas sexuales¹². Los reclusos están de acuerdo (45%) en que en los momentos de tensión, el sexo es lo único que relaja. Muchos (36%) creen que cuando se está inseguro, lo mejor es buscar un nuevo compañero sexual. Un 41% piensa continuamente en el sexo.

12 Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, ILEP-SIDA, San José 1992., p.190.

Prostitución de “zorras”

Algunos sostienen relaciones sexuales solo por dinero. Estos no sienten atracción por los hombres como los dos casos anteriores. Juan Alberto es un ejemplo de una “zorra” que cobra, aunque solapadamente. El reconoce que desde que se dedica a la prostitución “no tengo necesidad de cosas porque me las gano fácilmente”. Horacio está casado y tiene relaciones conyugales con su señora. Además, es sumamente masculino y nunca se le mira con homosexuales o con travestis. Sin embargo, su adicción a la piedra es enorme. Cuando los compañeros están dormidos en el pabellón, nos cuenta José, Horacio se alquila por dinero:

Yo no lo podía creer, sinceramente. El mae ese es muy varonil y un gran jugador de fútbol. Pero desde que está con la piedra, le ha variado la personalidad. Una noche me dieron ganas de orinar y me fui al baño como a las dos y media de la mañana y me lo voy encontrando con otro mae, que prefiero no decir su nombre. A Horacio se lo tenían clavado como a una vulgar mujerzuela. Yo me hice que no vi nada y me fui para la cama. Después de unos minutos, él me vino a decir que no dijera nada, que es que necesitaba plata. Pues varias veces lo he visto yendo para el baño. Aquí todo el mundo se hace como que no pasa nada.

Otra “zorra” que se vende es Carrasco, un hombre gay. El no disfruta de las relaciones sexuales y su negocio es dar sexo oral por trescientos colones. Carrasco tiene una serie de clientes a quienes visita en la tarde y en la noche. El nos dice que a veces se puede ganar hasta cuatro mil colones diarios:

A mí siempre me ha gustado mamar. Toda la vida me ha gustado llevarme chiquillas y darles una buena sesión de sexo oral. En la cárcel, lo hago por dinero para comprar marihuana y mejor comida. Voy donde varios clientes y a veces me tomo la leche de unos veinte o treinta por día. Por eso me llaman ‘Pinito’ en el ámbito. A mí no me molesta que me digan así. Lo que no me gusta son las putas esas travestis que se burlan de mí y me dicen que soy sucio y me ponen apodos como ‘La Chupacabras’ para humillarme.

No solo los privados de libertad pueden ser “zorras”. En una cárcel existe un inodoro que es utilizado por visitantes, funcionarios y privados de libertad. Roberto nos cuenta lo que vio una vez:

Estaba yo con una diarrea tremenda ese día. Pues me fui a meter a ese baño que queda afuera de los pabellones. Cuando iba a ingresar en él, vi a un policía salir con Xavier, el “cachero” que anda con la Nina. El sapo (policía) es un muchachillo joven, bien parecido. Cuando me vieron, se pusieron como raros. Me di cuenta que Pedro, otro amigo de Xavier, estaba haciendo como de guardia. Me pareció muy extraño, pero no pensé en nada. Después de unos días, oí que llamaban a Xavier que no sé para

qué asunto en el despacho. Yo disimuladamente me fijé que en vez de ir a la oficina se fue nuevamente al baño. También lo acompañó de nuevo Pedro. El policía entró y duraron como veinte minutos. Yo le conté lo que había visto a mi amigo Ernesto que me dijo que Xavier se metía con ese carajillo. ‘¿Con el sapo?, le pregunté’. Sí, me dijo él, a Xavier le gusta la sodomía y le paga al policía para que se lo preste. ¿No ve que el mae tiene plata de la droga y el poli ese también le hace al crack?

Algunas “zorras” están en puestos altos, como nos lo señala Véron:

A mí me gustan las locas, ¿para qué negarlo? Pero locas, locas. Entre más parecida a una mujer, más me gusta. Un tipo estilo de “zorra” no me hace gracia. Yo ya había oído que al tipo ese le gustaba que los compañeros se lo cogieran. También sabía que había preguntado por mí varias veces. Yo soy rubio y el tipo ese siempre se me quedaba viendo todo raro. Pero había sido un gran hijueputa y me había negado ya un 55 (Nota del autor: permiso de libertad condicional). Cuando me mandó a llamar que yo no sé para qué cosa, yo sentí que se me quedaba viendo muy raro. Después de unos minutos de hablar paja sobre mi caso, me preguntó si a mí me gustaría tomarme un trago en su oficina. Yo le dije que sí, pero no hoy porque estaba muy cansado de trabajar en el campo. Le dije que yo le aceptaría un trago pero por dos rojos. El me dijo que claro que sí y que cuándo venía por él. Yo le dije que la semana entrante. Pues el comierda ese no se imaginaba que a mí no me iba a tratar como una puta. Así que decidí reportarlo con una funcionaria. Ella me dijo que hablaría con otro y que acudiera a la cita para agarrarlo con las manos en la masa. Pues yo fui la otra semana y me dio un trago y me invitó a bailar. Luego, me dijo que si me podía dar un beso. Yo le dije que me daba miedo porque nos podían ver, pero él me dijo que no, que a esa hora estaban haciendo ronda, que no había nadie más que nosotros dos y el guarda que no estaba en nada. A mí me costó erectarme, pero lo pude hacer y me lo empecé a sonar cuando entró doña Tulia y nos agarró en el acto. El hijueputa ese no sabe aún que se la tenía preparada.

Violaciones

El tema de las violaciones, conocidas como "atentados" es confidencial en la cárcel. Esto significa que los privados de libertad se exponen a un gran peligro si admiten su existencia a extraños. En nuestro caso, el tema de los atentados se pudo tratar después de años de trabajar con los reclusos. En las primeras averiguaciones, la respuesta común era que éstas no se daban. Sin embargo, con el paso de los años, fuimos obteniendo información de los internos. Un 65% de los que tomaron los talleres holísticos en 1993 admiten su existencia. Como se da un cuestionario al inicio y al finalizar el taller de 8 semanas, más de ellos están dispuestos a reconocer que sí se dan cuando nos conocen mejor (un 42% las niega al principio del taller y solo un 33% al finalizar).

CUADRO N?4
ASPECTOS RELACIONADOS CON LA CONDUCTA SEXUAL EN PRISIÓN
(en porcentajes)

Variables	Pretest	Postest
(N)	(188)	(188)
Total	100	100
? Qué tan comunes son las violaciones en esta cárcel?		
Muy comunes	5.9	6.4
Comunes	6.4	8.0
Regulares	12.8	19.1
Poco comunes	30.3	31.4
No se dan	42.6	33.5
No responde	2.1	1.6
Resumen		
No se dan	42.6	33.5
Se dan en algún grado	55.4	64.9
No responde	2.1	1.6

Fuente : Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, ILEP-SIDA, San José 1992.

Los entrevistados relatan el peligro de las violaciones. Pueden ocurrir al ingresar en la cárcel o posteriormente y en éstas participan varios reclusos. La víctima es amenazada con un arma punzocortante y reducida a la indefensión por los atacantes. En estos brutales hechos, como es claro, no se usa el preservativo, lo que los convierte en una fuente muy peligrosa para un posible contagio.

Por estar las cárceles sobrepobladas, sus pabellones se han convertido en áreas de gran peligro, a tal punto que el personal de vigilancia no se atreve a entrar diariamente. Lo hace únicamente durante las requisas cada cierto tiempo, cuando se refuerza el número de vigilantes.

Los dormitorios y los servicios sanitarios son "tierra de nadie", dominados por las "cuadrillas", pandillas jefeadas por los reclusos de mayor peligrosidad. Estas "cuadrillas"

establecen las reglas del juego y manejan la vida en el penal, incluido el comercio sexual y son propiciadores de las violaciones.

Los motivos para que se produzcan los "atentados" son diversos. En ocasiones ocurren durante los primeros días de ingreso del travesti a la cárcel, en caso de que no haya encontrado pronto un "padrino" que lo proteja y sea respetado por el resto de los reclusos. Su violación tiene, entonces, dos significados: impone el poder del "cachero" para explotar al travesti y decidir quién puede o no pasar como "zorra". Un ejemplo fue la violación de Lulú. El travesti es un joven de 23 años que ingresó por tráfico de marihuana. Trabajaba como salonero en un bar en Alajuela y muy raras veces se prostituía. Sin embargo, el muchacho es delgado, afeminado y travesti. Cuando ingresó en el pabellón, en lugar de buscar la protección de un "cachero", se juntó con un muchachillo con quien estableció una relación. El joven es masculino pero de corta edad: tiene 22 años. Lulú sostuvo relaciones con él y decidieron hacerse pareja. Esto no sería bien visto por los "cacheros" del pabellón. "La loquita no nos va a decir a nosotros quién es un "cachero" en este lugar", nos explica Pepe, uno de los "cacheros" y "coles" del pabellón. Para "enseñarle" quién es quién en esta sección, el "cachero" llamó a cuatro más y en la noche:

Estaba yo durmiendo con mi amante cuando sentí la cuchilla en mi cuello. A Gerardo, mi compañero, le dijeron que se quedara quedito y que mejor hiciera que no oía o veía nada. Yo le supliqué a Pepe que no me hiciera nada y que dejara tranquilo a Gerardo. Pero no me sirvió. Loro, otro "cachero", me puso la mano en la boca y entre los cuatro me llevaron al baño. Yo pegaba gritos cuando podía pero nadie hacía que oía. Al meterme en el baño, Pepe me dio un golpe en la boca y me puso a sangrar. Yo le suplicaba que me dejara en paz, que no me violaran porque haría lo que ellos querían. Pero era tarde. Me rompieron el calzoncillo y me desnudaron. Ellos se quitaron los suyos y me agarraron las piernas y me las separaron. Pepe fue el que decidió abusar de mí primero, así sin lubricante, ni saliva, ni nada. El dolor era terrible. No podía sentir más que dolor y el correr de mi sangre. Después siguieron los otros tres. Tal vez todo duró veinte minutos pero para mí fue una eternidad. Cuando terminaron, me cortaron una nalga con el puñal y me advirtieron: 'Si hablás, grandísima puta, te matamos mañana. Cada vez que vayás a cagar te acordarás de esto.' Volví a la cama y una loca, la Zancuda, me vendó la herida y me dio un tranquilizante para que me calmara. Yo lloraba como histérica.

Otro caso de violación es el de Edwin. El muchacho ingresó en la cárcel a los 18 años, la edad dorada del güilismo. Su tez es blanca y de facciones agradables, el cabello castaño y su cuerpo, bien proporcionado. Edwin es un "chapulín" (delincuente juvenil) bien masculino. Vivió de robos a vehículos, su especialidad hasta que lo capturaron en una redada. Cuando ingresó en prisión, él no tenía el menor interés en la homosexualidad y

rechazó a Julio, un “cachero” de 43 años que le “echaba el caballo”, como él mismo nos explica:

Yo le dije que no quería nada de sodomía, que yo no era sodomo. El me dijo que estaba bien, que podíamos hacernos amigos y me dejó de joder. Poco a poco, me empezó a dar pastillas para dormir para que se me hiciera la prisión más rápida. Un sábado, como a las cinco de la tarde, yo estaba muy borracho de pastillas y él llegó a la cama y me sacó un punzón y me dijo: ‘Ahora sí, bájese los pantalones y no me haga ruidos porque lo mando para el otro lado ya’. Yo traté de huir pero el hijueputa este me agarraba de la cintura y me jalaba para atrás. Por más que traté de zafarme, el cabrón ese era demasiado fuerte para mí. Cuando estaba dentro de mí, me decía ‘Usted ya no es señorito, usted está siendo conquistado y ahora todos lo saben, nadie respeta a un “güila” que ha sido poseído, mañana usted estará acosado por otro y pasado mañana por otro más. O se me somete a mí o usted verá lo que harán de usted. Yo sentí una humillación terrible. Pronto me di cuenta que dos maes amigos de él vinieron a ver lo que pasaba y se reían de mí.

También sucede que a menudo un travesti no acepte las propuestas sexuales de determinado interno, lo que ocasiona que sea violado por el rechazado y otros que confabulan con él. Cuando un travesti que se ha integrado a una pandilla y ha logrado así la protección a cambio de sexo o dinero, decide pasarse a otra, la venganza no se hace esperar: la violación masiva es el precio a la desertión. El hecho que un travesti tenga modales muy finos, muy de “clase alta”, es otro motivo de violación, sirve para enseñarle que en la cárcel esta conducta no es aceptada. La infidelidad entre parejas es también castigada con igual procedimiento. El amante desechado se une al resto de la pandilla y ataca al traidor.

También se da como forma de venganza contra presos no travestis. Cuando una “zorra” cobra, sin hacer partícipes a los “cacheros” de sus ingresos y compite con los travestis, los “dueños” de éstos se confabulan para convertir a la “zorra” en travesti o sacarlo del negocio.

Como te contaba yo no soy un travesti y nunca lo fui. Por plata me gustaba hacer sexo oral con algunos tipos, algo exclusivo, no con cualquiera. Sin embargo, no me gustaba meterme con “cacheros” ni ponerme a rasurar, andar como puta o limpiarle la ropa a nadie. Pues una noche la cuadrilla de Mono me agarró a la fuerza y me violó. Eran cinco tipos. Me decían: ‘Zorra de mierda, si seguís mamando y cobrando, te vamos a cortar el miembro y a vestir de loca’.

Los "atentados" ocurren durante la noche en los dormitorios y en los servicios sanitarios. Las víctimas que se resisten son heridas. Después, el ofendido nunca da los nombres de los agresores, pues el precio puede ser la muerte. La recuperación del trauma sufrido ocurre sin que ningún funcionario de seguridad o de salud del penal se entere.

Cuando un hombre, o varios, violan a otro: ¿es ésto una relación sexual o una forma más de violencia? La respuesta, según Tejón, no es sencilla. El admite haber participado más de una vez en este tipo de rito. Las razones para hacerlo ya son conocidas. Sin embargo, le preguntamos cómo hace para tener una erección ya que, después de todo, para violar debe existir deseo. "Claro que sí, nos responde, uno se emociona cuando tiene el control de la persona". Según él, toda relación sexual está inmersa de poder y es éste el que emociona al hombre:

Si querés saber cómo es que uno tiene una erección a pesar de que no le gustan los hombres, te voy a contar una historia. Yo soy, como ves, un tipo. Las mujeres gustan de mí. No necesito forzar a ninguna para poseerla. Pero yo soy macho, me gusta lo difícil. Los varones somos cazadores natos. Uno le gusta poseer como cualquier bestia ataca a otra. Eso que lo que un hombre y una mujer hacen es el amor es cosa de pendejos. Uno lo que quiere es dominar, penetrar a la mujer para que ella sienta que uno es quien manda. Yo estoy aquí porque me violé a una chiquilla de quince años. Pero eso es injusto porque la mierdosa esa andaba buscando pinga. Fijate que ella era prima mía y se vino a vivir con nosotros ya que su familia se fue para los Estados Unidos. Un día en la tarde me la encuentro que está desnuda con su novio en el cuarto. El quiere poseerla pero ella le dice que no, que quiere llegar virgen al matrimonio. Aunque el muchachillo insiste, ella lo convence para que nada más se masturben. ¡Mi prima era una zorrita y protegía su telita como si fuera oro! Pues la semana entrante esperé a que estuviera sola en la habitación y me metí de un momento a otro. La besé en la boca. Yo sabía que ella gustaba de mí porque me di cuenta que no me resistía. Antes la había agarrado coqueteando conmigo. Le quité delicadamente la ropa y luego el tallador. Empezó con la misma vara que ella no quería que la penetrara, que solo jugáramos y nada más. Yo le dije que sí, que claro, que yo la respetaba como señorita. Cuando ella menos se lo esperaba, le dije la verdad: "¡Vas a ser mía!". Ella empezó a tratar de salir de la cama pero yo la tenía bien agarrada. Le empecé a dar cachetadas para que se asustara. Cuando la vi llorar y suplicarme que no la violara, me puse más morboseado. El sudor, el llanto, el suplicio y los gritos son parte de la emoción. Yo le ponía la punta y me quedaba quieto. Entre más lo hacía ella creía que no la poseería, que me estaba arrepintiéndome. Pero no. Después de media hora de estar en ese juego, la fui rompiendo y la hice mía. Te cuento ésto porque lo mismo sentís con un chavalito. En el caso de la violación de Castillo se siente lo mismo. El tipo merecía un castigo. Cuando se dio cuenta que lo íbamos a agarrar, empezó a suplicarnos que no lo violáramos, que no volvería a robarnos la plata de la droga. El idiota sudaba y lloraba y nos pedía que tuviéramos piedad con él. ¡Qué piedad ni qué mi abuela! Le quitamos la ropa y esperamos unos minutos para dejarlo rogar

y pedirnos que no le hiciéramos nada. Cuando él creía que lo habíamos perdonado, Gavilán se desnudó y nos dijo que lo pusiéramos boca arriba y le abriéramos las piernas. Cuando Gavilán se le montó encima, los gritos de dolor nos volvieron más locos a todos. Castillo fue violado sin misericordia.

Tejón no considera que la sexualidad de la cárcel sea tan distinta de la de afuera. Según él, todo hombre es en el fondo un violador en potencia. “Eso que el macho está hecho para la fidelidad es un cuento de los curas, que son los que menos saben de sexo”, nos dice. Tejón cree que el macho es por naturaleza depredador:

El hombre es un cazador nato. Uno le gusta lo difícil. No hay nada más aburrido que hacer el sexo con la esposa, la que uno sabe que tiene todos los días. A los pocos meses, está uno cogiendo con ella pero pensando en otras viejas. Pronto, se necesita una aventura. No hay nada más delicioso para un varón que dominar a una mujer que se resiste. Uno quiere que haya pelea, que haya lucha. ¿No ve que el pene es un puñal? Pocas mujeres desean que uno les meta todo este tuco. Uno tiene que convencerlas, engañarlas, prometerles de todo para que se dejen. Pues eso es lo que le gusta al macho y a uno no le importa si le mete el puñal a una vieja o a un hombre.

Aunque pareciera extremo, Tejón no está del todo errado. Aún no sabemos cuán importante es el poder como fuente de atracción sexual. A veces creemos que lo que nos atrae de una persona es su cuerpo. Sin embargo, no creo que los órganos sexuales sean por sí mismos atractivos. Se vuelven interesantes cuando los llenamos de poder y de resistencia. Son deseables por lo que significan y no por la forma en que se miran. Cuando los cuerpos de hombres y mujeres se impregnan de significados de poder y de resistencia, existe la posibilidad de alterar la relación típica. De ahí que los cuerpos de hombres pueden ser redefinidos como femeninos y los de mujeres como masculinos.

Las violaciones, aunque crueles y extremas, siguen ciertos preceptos y no se dan todos los días. Tienen, como hemos visto, una combinación de elementos eróticos y políticos. Los reclusos que las practican las miran como un rito similar al de la posesión de cualquier víctima, ya sea hombre o mujer.

Uno de sus objetivos es evitar que otros discursos y reclusos cambien las reglas del “cacherismo”. Si un prisionero se rebela al sistema tolerado de homosexualidad, en el que los “cacheros” dominan y explotan a otros, será agredido. De ahí que los travestis o “güilas” que no acepten su condición o no quieran pasar a la protección de un solo hombre, sufrirán un atentado “para que se apadrinen” como dice Juan Carlos. Otro fin es el de evitar que otros modelos de homosexualidad se establezcan como legítimos. De ahí que los atentados incluyan a veces a una pareja de gays “modernos” o a una “zorra” que se pase de la línea y se torne demasiado obvia. El mensaje es que estas relaciones no son respetadas y deben mantenerse clandestinas. Una meta adicional de los atentados es iniciar sexualmente a los prisioneros heterosexuales y decidir quién calza en cada categoría. Un muchacho joven no puede aspirar a convertirse en “cachero” y si lo intenta,

sufrirá una violación, lo mismo que un hombre muy afeminado que trate de librarse del matrimonio o de la prostitución.

Otras funciones no sexuales de la violación son castigar a los que informan a las autoridades, los que hablan demasiado, los que les roban a los “coles”, los que no pagan sus deudas, los que flirtean con las mujeres de otros, los que no obedecen órdenes y todos los que se rebelen en contra del poder de los “coles” y “cacheros”.

Una función adicional de la violación es ser “castigo del pueblo”. Por ésto se entiende que ciertos crímenes son inaceptables por la sociedad carcelaria y que merecen lo peor. Uno de ellos es la violación de niños. Los reclusos que hayan violado a menores están expuestos ellos mismos a ser presa de los atentados. “Uno podrá ser un criminal pero tiene ciertos principios, nos dice Pico de Lora. Entre éstos está que los niños son inocentes y que no tienen que ser tocados”. Otro “castigo del pueblo” tiene que ver con los que roban a los pobres. “Aquí estamos esperando a ese hijueputa que se robó los millones de un banco del pueblo para que sienta lo que es ser cogido como él hizo con todos nosotros”, añade Pico de Lora.

VI. Factores de riesgo en las relaciones

Existen factores que ponen en peligro de contagio con el VIH a la población penitenciaria. No es la homosexualidad per se uno de ellos. Cada una de las relaciones estudiadas puede practicarse de manera segura o no. La investigación sobre los riesgos de contagio de los travestis, en 1989, identificó varios factores como propiciadores de una infección con el virus del sida. Es importante tomar en cuenta su impacto en las relaciones de los reos.

Alcoholismo y drogas

Existe un alto porcentaje de consumo de drogas. A pesar de los controles rigurosos, la cocaína, la marihuana y los barbitúricos son de fácil acceso y de uso cotidiano. Una actividad usual es la elaboración de “chicha”, bebida alcohólica que se hace con cualquier cereal o alimento que se fermente. Los presidiarios, en recipientes que ocultan, vierten el agua y luego el alimento a fermentar (como el pan) y a veces agregan “pilas” o baterías desechadas. Unos días después consumen el líquido producto de esta mezcla. El elevado consumo diario de drogas y “chicha” constituye un importante factor de riesgo en la transmisión del sida.

Ese riesgo comienza con una de las formas en que se introduce la droga. Durante las visitas dominicales que hacen las mujeres, ellas, dentro de un preservativo oculto en su vagina, transportan la droga hasta la entrada de la prisión. Allí, un travesti se introduce en el recto el preservativo que traía la mujer. Esa maniobra, hecha muy de prisa, es evidente que conlleva mucho riesgo de infección. “Algunas travestis son elegidas para esta difícil misión en vista del tamaño de su trasero”, me cuenta Pico de Lora. “La Carrasqueri es la preferida porque es la más tragona. Ella puede meterse hasta una libra de coca por atrás.

Aquí la conocemos como ‘la THL’, la T por su trasero y lo del HL porque habla y camina como una correccaminos”.

En el estudio de los travestis, el grupo admite utilizar la marihuana antes de las relaciones sexuales. De los que fuman, el 42% la utiliza siempre o casi siempre antes del sexo. Los reclusos también han probado la cocaína (59%).¹³

Profundizando en el análisis de la relación entre drogas y sexo inseguro se encontró que el uso de la coca está relacionado con la práctica de la penetración anal activa y pasiva sin condón. Además, se dio una asociación significativa entre el consumo de licor y la relación sexual pasiva. Esto se corrobora al saber que el 42% del grupo entrevistado admitió que haber tomado licor o drogas influyó en su decisión de usar el preservativo.¹⁴

Este mismo resultado se obtuvo con las preguntas que se referían a la autoeficacia. El 55% aceptó tener problemas con el sexo seguro cuando están intoxicados.

Estos hallazgos ratifican los resultados de estudios similares realizados entre homosexuales por Stall y otros¹⁵, Bye¹⁶ en San Francisco y Connell¹⁷ en Australia. Bauman y otros¹⁸, en un estudio de 160 hombres gays en New York, encontraron que una combinación entre drogas y actividad sexual era el factor más importante para predecir un estado seropositivo. Prieur¹⁹, en un estudio etnográfico en Oslo, halló que los hombres que se intoxicaban antes de tener relaciones sexuales tendían a practicar el sexo anal sin protección.

¹³ Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que...**

¹⁴ Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que...**

¹⁵ R.Stall et.al. “Alcohol and drug use during sexual activity and compliance with safe sex guidelines for AIDS: the AIDS behavioral research project.” *Health Education Quarterly*, Winter, 1986: 13(4): 359-371.

¹⁶ L.Bye, L. **A Report on: Designing an effective AIDS prevention campaign strategy for San Francisco: results for the fourth probability sample of an urban gay male community.** Reporte preparado por Communications Technology para The San Francisco AIDS Foundation. 1987.

¹⁷ R.Connell, et al., **Social aspects of the prevention of AIDS: Report 1. “Methods and sample”. Report 2: "Information about AIDS: the accuracy of knowledge possessed by gay and bisexual men"**, Australia, Marquaire University, 1988.

¹⁸ L. Bauman y K.Siegel, “Misperception among gay men of the risk for AIDS associated with their sexual behavior.” **Journal of Applied Social Psychology**, 1987: 17 (3): 329-350.

¹⁹ A. Prieur, **Gay men: reasons for continued practice of unsafe sex.** Presentado en el First International Symposium on Information and Education on AIDS, Ixtapa, Mexico, 1988.

La droga es parte de la cultura carcelaria. Está íntimamente relacionada con el problema del tiempo. Cuando se está preso y la condena es larga el único consuelo es la intoxicación. No solo sirve para escapar de la realidad, sin para algo a lo que se le ha prestado poca atención: el control del tiempo. Un recluso carece de poder sobre los más básicos aspectos de su vida: no puede decidir ni qué ni cuándo, comer, dormir, hacer ejercicio, divertirse, tener visitas o acudir a un médico. Pero sí puede, gracias a la droga, estirar y jugar con el tiempo. Una buena dosis de cocaína o de lorazepán puede hacer que una semana se convierta en un día. Un tranquilizante con chicha hace que los meses se hagan más cortos. Una inhalación de crack aumenta la felicidad y reduce la espera. Cuando la droga se mezcla con el sexo, éste se extiende más allá de los pocos segundos que dura un orgasmo. “Cuando yo me unto coca en el pene, dice Toro, puedo durar horas antes de regarme. El polvo se me hace eterno. Cuando logro regarme, siento que han pasado días desde que me metí en la cama”. Ciertos días ni se sienten porque los reclusos están totalmente dormidos.

La droga, por su parte, reduce la capacidad de raciocinio. No es de extrañar que los reclusos deseen olvidar sus penas y miserias diarias. “¿Quién quiere estar pensando en la vida de uno metido en este caquero”, agrega Pico de Lora. Pero olvidar tiene su precio. Una de las cosas que la gente no recuerda cuando está intoxicada es la prevención.

Uso y actitud hacia el condón

Bye²⁰ en su estudio acerca del uso del condón, encontró que las actitudes negativas hacia éste están relacionadas con prácticas del sexo inseguro. En grupos de trabajo con hombres gays estadounidenses, se halló que a quienes les gustaba el sexo anal sin protección tenían actitudes negativas hacia el preservativo. Connell y otros²¹ observaron en Australia que las actitudes positivas hacia el condón se relacionaban con la adopción del sexo seguro.

En el estudio de los homosexuales en La Reforma, en 1989, se descubrió que un bajo porcentaje usa siempre el preservativo y que casi las tres cuartas partes fue penetrado sin condón durante los últimos 30 días.²²

²⁰

L. Bye, **Designing an effective AIDS prevention campaign strategy for San Francisco: results for the fourth probability sample of an urban gay male community.** Reporte preparado por Communications Technology para The San Francisco Aids Foundation, 1985.

²¹

R.Connell et al, **Social aspects of the prevention of AIDS: Report 1. “Methods and sample”. Report 2: "Information about AIDS: the accuracy of knowledge possessed by gay and bisexual men,** Australia, Marquaire University, 1988.

²²

Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres.** ILEP-SIDA, San José, 1992.

Eso significa que los reclusos en ese centro penitenciario constituyen un sector que mantiene reservas contra el preservativo. El 73% considera que éste disminuye el placer sexual.

En el estudio de los participantes de los talleres de prevención del sida, en 1993, la situación había mejorado. De los 188 reclusos que llenaron el formulario, el porcentaje que dice "nunca" usar el condón bajó entre el pretest y el postest de 51% a 36%. Sin embargo, casi cuatro de diez privados de libertad no lo usa "nunca" y otro 22% "casi nunca". Solo el 12% lo usa "casi siempre". Un 35% de los reclusos acepta que "cuando se quiere a la pareja se deja de usar el condón". Además, solo el 19% aceptó que le resulta placentero usar el condón.

"¿Por qué creés, Toro, que a los reclusos les cuesta usar el condón", le preguntamos directamente. "Es que no se siente igual. Aquí en la cárcel uno quiere tener contacto con la carne. Se quiere sentir los líquidos, se desea la leche (semen) como muestra de poder. A mí particularmente me gusta que Angelita sienta la leche caliente mía en todo su trasero. Es como si la estuviera abonando con fertilizantes". Tanto se reprimen los cuerpos, cree él, que una de las pocas libertades es echar la leche libremente. "Póngase a pensar que uno está en una cárcel y que no puede salir de ella. El condón es como otra cárcel que hace prisionero al semen. Lo atrapa, lo engaña, lo agarra y lo mata. Uno quisiera que la picha de uno esté libre de amarras y que no tenga limitaciones". "Pero la prevención, Toro, ¿no les preocupa que los peguen de sida y se mueran por ello?" . "Sí, nos responde, pero éste es uno de los muchos peligros que existen en el tabo y quizás no el más inmediato. Aquí uno puede morir de muchas cosas peores que el sida".

Intimidación

El tipo de relación en que se encuentre el recluso es importante. Esto permite conjeturar que el uso del preservativo en los travestis y homosexuales abiertos depende de la decisión que tomen sus clientes y amantes. A pesar de esta ventaja, en un grupo de patrones tan definidos como es la cárcel, la jerarquía está claramente establecida, sobre todo en relación con el dominio que ejerce el "cachero" sobre el travesti. Sus amenazas penden constantemente sobre él. Una escena de celos puede desembocar fácilmente en una riña con cuchillo. Casi todos los travestis están marcados por cicatrices, testimonio de las peleas con sus compañeros. Al asumir el rol de "mujer" en la relación de pareja, quedan atrapados en las obligaciones y la casi ausencia de derechos que goza la mujer en la sociedad latinoamericana. Aún conociendo ambos la eficacia del preservativo en la prevención de las enfermedades de transmisión sexual, el "cachero" se niega a usarlo. Esto se hace evidente en la relación de tipo cerrado de los travestis, pues en ella se practica el sexo inseguro con mayor frecuencia. Por ejemplo, en esa relación se da un promedio mensual de 10.7 penetraciones anales pasivas sin condón, mientras que en la abierta el promedio es de 4.3. En esta última se practica en un mínimo la penetración anal activa con condón, mientras que en la cerrada no es usado.

CUADRO 5
PROMEDIO DE PENETRACION ANAL ACTIVA Y PASIVA
SIN USAR EL CONDON EN LOS ULTIMOS 30 DIAS
POR TIPO DE RELACION

Tipo de relación	Promedios de penetración anal					
	Con eyaculación		Sin condón		Con condón	
	A*	P*	A	P	A	P
Número entrevistados	(22)	(22)	(22)	(22)	(22)	(22)
Promedio	0.4	7.1	0.8	5.4	0.04	1.3
Tipo de relación						
Cerrada	1.0	14.9	2.1	10.7	0.0	2.6
Abierta	0.2	4.7	0.3	4.3	0.09	0.9
Célibe	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0
(Eta*100)	49	66	59	55	21	35

- Se refiere a la penetración anal activa y pasiva

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, ILEP-SIDA, San José, San José 1992, p. 193.

En el curso de concientización los travestis dijeron tener grandes problemas con sus amantes al tratar de convencerlos de usar preservativo en sus prácticas de sexo anal. El solo hecho de plantearlo hace surgir en los "cacheros" sospechas acerca del estado de salud o de la fidelidad de su pareja. El poco poder que goza el travesti, por el rol que asume en la relación, hace difícil que tenga éxito en su pedido. Esto se hace evidente si vemos que, entre otros factores que influyen en la decisión o no de usarlo, el 58% de los entrevistados señaló que la actitud del compañero era la determinante.²³

Cuando se les pregunta si los talleres de prevención del sida les han servido en algo, su respuesta es un sí contundente. Ellos aseguran que han recibido información sobre cómo protegerse de la infección, además de ayudarles a mejorar el trato con los compañeros, novias, esposas y familiares. Una respuesta típica es la de Juan Alberto:

ENTREVISTADOR: *¿CÓMO TE ENTERASTE VOS DEL SIDA?*

JUAN ALBERTO: *Yo me enteré de eso del sida por medio del curso holístico que hice en San Sebastián, que lo estaba dando don Tomás (un facilitador) y el cuadro de ustedes de cofacilitadores; por medio de eso fue que llegué a enterarme, me llegó a oídos lo del sida. Antes de ese curso yo estaba novato y no sabía qué era, oía comentarios que se pegaba por medio de una relación sexual con un hombre o con una mujer, pero más que todo entre los homosexuales, que por*

²³ J. Schifter, y Johnny Madrigal, **Hombres que...**

medio de eso se desarrollaba lo que era el virus del sida y gracias a ese curso que hice con ustedes y con otros cofacilitadores me llegó a oídos que cualquiera lo podía contagiar a uno y tuve una noción de qué es y cómo prevenir esa enfermedad.

ENTREVISTADOR *¿CÓMO SE PREVIENE?*

JUAN ALBERTO: *Diay, por medio de condones y también cuidándose de hacerse el tatuaje, de no irse a picar con una aguja que no sea nueva, ya que una persona le puede pasar así a uno el virus, por medio de eso también se transmite.*

ENTREVISTADO : *¿TE GUSTA USAR EL CONDON O NO?*

JUAN ALBERTO: *Digamos que hay personas para los que no es igual con condón, verdad, pero para mí es mejor prevenir, prefiero usar condón.*

ENTREVISTADOR: *¿VOS LE EXIGIS CONDON AL “CACHERO”?*

JUAN ALBERTO: *¡Claro!, yo siempre le llevo el condón y se lo doy; sin eso no le aguanto nada.*

ENTREVISTADOR: *¿HAS VISTO A GENTE USAR CONDON AQUI?*

JUAN ALBERTO: *Aquí más que todo son contados, pero en San Sebastián casi la mayoría de los que estábamos ahí usábamos esos condones. Rojas, el facilitador de nuestro grupo, empezaba a decirle a más de un playo o “cachero” sobre eso, que se cuidaran, que pidieran condones y todas esas cuestiones y la mayoría hemos usado eso.*

Además, algunos reconocen que la temática de las drogas los ha motivado a buscar ayuda para dejarlas.

ENTREVISTADOR: *HABLAME UN POCO SOBRE TU RELACION CON LAS DROGAS.*

JUAN ALBERTO: *Cuando estaba en la otra cárcel estaba muy metido en la cuestión de la piedra y esas cosas y ahora aquí me he ido apartando de eso, sí fumo marihuana y estoy agarrando la vara por estar tomando pastillas. Pero me he sentido un poco más liberado de la piedra, porque allá sí estaba muy metido en ese vicio*

y ahora, gracias a Dios, yo lo he ido apartando y esquivando, simplemente que, de vez en cuando, sí me fumo mis motas (cigarros de marihuana).

ENTREVISTADOR: *¿TU LLEVASTE EL TALLER TEA (Taller Antidrogas del ILPES)?*

JUAN ALBERTO: *¡Claro que sí!*

ENTREVISTADOR: *¿TE AYUDO EN ALGO?*

JUAN ALBERTO: *Sí, el TEA me ayudó bastante, sobre ir apartándose de la piedra, lo que es la drogadicción. Sin embargo, por medio de eso, que era lo más peor que tenía encima, que era la piedra, lo fui esquivando y ahora como le digo, voy pulseándola, porque siempre me hago un motillo (cigarro de marihuana) y ahora estoy agarrando la cuestión de estar tomando pastillas.*

ENTREVISTADOR: *¿PERO EL BOMBAZO LO DEJASTE?*

JUAN ALBERTO: *¡Claro que sí!, no volví a fumar piedra, solo cuando estoy aquí y me agarra la vara y me fumo un motillo, pero no es todo el tiempo.*

Sin embargo, a muchos, cuando se les indaga sobre el uso del condón, dan una respuesta distinta: lo usan en las relaciones casuales y no lo hacen en las permanentes. Martínez cree que su compañero le es fiel y que no lo traicionará. Toro está seguro de que Angelita solo “conmigo” hace el amor y además, “no me gusta el condón”. Cuando le preguntamos cómo puede estar seguro, nos dice: “Yo la conocí sin sida y nosotros nos hemos hecho los exámenes y estamos bien, nos los hacemos cada tres meses y si alguno saliera contagiado, habría que dar razones y se sabe que hubo infidelidad”. Daniel cree que como “mi pareja es fiel” usa el condón solo “de vez en cuando”. Cuando le preguntamos si el taller no le sirvió, él replica: “El taller sirve montones, yo he visto muchos “cacheros” que usan el condón, de verdad, pero en mi caso, no lo siento necesario porque si este “güila” me es infiel, sabe que lo mato”. Los privados de libertad sienten que es importante para ellos tomar ciertos riesgos en las promesas que se hacen. Sus vidas no han estado desprovistas de peligros y no es de extrañar que sus relaciones los incluyan. Quitar el peligro de la relación, aparentemente, es algo que no quieren hacer. Aunque creamos que esta posición no es “lógica” tampoco es del todo irracional. El compañero sabe, como en el caso de Angelita, que si contagia a su hombre morirá acuchillado. No será quizás tan efectivo como el condón pero es, sin lugar a dudas, una amenaza que lo lleva, en caso de acostarse con otro hombre, a utilizarlo.

VII. SUGERENCIAS PARA LA PREVENCIÓN

(Nota: Los que no están interesados en el tema de la prevención, pueden obviar este capítulo y seguir al Epílogo).

No podemos hacer una prevención efectiva cuando no conocemos la cultura sexual en la que vamos a trabajar. Aún si creemos conocerla, nuestros modelos de referencia pueden ser muy distintos de los de la población meta. En el caso de las cárceles, existen dos culturas paralelas que interactúan entre sí: la de los funcionarios y la de los privados de libertad. En vista que cada una de ellas asigna un significado distinto a términos en común, el diálogo a veces puede ser de sordos. Para un funcionario, por ejemplo, un homosexual es un hombre que tiene relaciones sexuales con otro varón, independientemente de lo que haga en la cama. Para un privado de libertad, un hombre que sostenga relaciones sexuales con mujeres o con hombres, siempre y cuando practique la penetración, no deja por ello su heterosexualidad. Cuando un funcionario brinda un taller en que se cubre el tema de la homosexualidad, los participantes pueden entender cosas muy distintas. La campaña de prevención del Ministerio de Salud, con el énfasis en la fidelidad para los heterosexuales y el uso del condón para los homosexuales (y la indiferencia hacia los bisexuales) hace que ellos tomen el mensaje al revés: con las mujeres practican la “fidelidad” y no usan el condón mientras que con los hombres sí lo usan. “Yo le hago mucho caso a la doctora Herrera (directora del Departamento de Control de Sida), nos dice Pico de Lora. Con mi mujer soy totalmente fiel y con los hombres, me pongo el condón. Las poquísimas veces que esa vieja se ha aparecido por aquí, eso es lo que dice”. Esta conducta contiene cierta lógica, aunque contraproducente para la prevención del VIH. Hemos visto cómo en las cárceles la palabra “bisexual” no tiene el mismo significado que para los funcionarios: se refiere a un hombre que es activo y pasivo en la penetración anal. “Son los bisexuales los que están en más riesgo, nos dice Toro, porque ellos ponen el culo. En el caso de un cachero, uno no lo hace. Cuando la enfermera me pregunta que si yo soy bisexual, yo le digo que jamás. Ella entonces me dice que no tengo ningún problema de infección”.

Tampoco podemos hacer la prevención a la fuerza. El Ministerio de Salud ha impulsado el examen de sida en los privados de libertad como forma de prevención. En teoría, todo recluso debe hacérselo. En la práctica, el Ministerio no tiene el presupuesto para hacerlo y los datos del Departamento de Control del Sida demuestran que solo un 10% de la población ha sido examinada. Aún si pudieran practicarlo a todos ellos, el hecho que los anticuerpos del VIH duren semanas, meses y hasta un año en desarrollarse sabotea la efectividad del examen: cientos de reclusos pueden ingresar ya infectados en las cárceles sin que aún tengan los anticuerpos. Para ser efectivo, además, el examen debería hacerse frecuentemente y no cada año. Esto aumentaría aún más los costos.

Cuando no conocemos la realidad, tendemos a dirigir equivocadamente las campañas. Ante el crecimiento de la infección en mujeres heterosexuales, por ejemplo, el Departamento de Control del Sida realiza una campaña de información sobre el uso del preservativo con las mujeres. Sin embargo, el ama de casa que es fiel a su marido, en una

sociedad machista, no logrará introducir el uso del condón a menos que su cónyuge esté de acuerdo. Pero los maridos son un grupo de más difícil acceso que las amas de casa y no se hacen esfuerzos para llegar a ellos. De ahí que la prevención sea inefectiva. Lo mismo sucede en las cárceles. Darles condones a los travestis y homosexuales obvios es más fácil tarea porque son más visibles. No obstante, son el “cachero” y el cliente quienes deciden si usar o no el preservativo. Estos grupos de difícil acceso deberían ser también la meta de las campañas. “Para un travesti, nos dice Lulú, es muy difícil hacer que el marido se ponga el condón. Cuando yo le digo que sería mejor usarlo, él me pregunta si yo me acuesto con otros hombres. “¡Jamás!”, le digo toda seria. “¿Vos sabés cuánto te amo o no?”, le respondo indignada. “Me hago la tonta porque si se da cuenta que la droga que se toma la tengo que ganar puteando, me mata”.

Espero que este libro haya demostrado que la separación de los homosexuales del resto de los internos es una quimera. En algunas cárceles de Centroamérica se cree que ubicando en una celda aparte a los “homosexuales”, están evitando las relaciones sexuales. Sin embargo, hemos visto que lo que ellos denominan homosexuales son generalmente los travestis y hombres muy afeminados. Los reclusos mismos están de acuerdo en que éstos son los únicos homosexuales, aunque en la práctica ellos también lo sean: casi un 70% de los prisioneros tienen relaciones sexuales entre sí. “Mirá, me dice Pico de Lora, si aquí querés separar los playos de los demás, tendrías que construirte una cárcel nueva y dejar nada más a los rocos que nadie quiere tocar. La cárcel es un gran bar gay y el que no se apunta, es que no se le para”, concluye con una sonrisa.

El modelo seguido por el Ministerio de Justicia de Costa Rica es, en realidad, la mejor alternativa: prevenir por medio de la educación y la participación de la población meta.

En vista de la gran actividad sexual y la complejidad del tema, una organización no gubernamental, el ILPES, acordó llevar a cabo un programa de prevención contra el sida, en estrecha cooperación con el Ministerio de Justicia y Gracia. En Costa Rica tanto este Ministerio como la ente encargada de las cárceles, la Dirección General de Adaptación Social, han seguido una política muy inteligente y práctica con respecto a la prevención del VIH. En lugar de forzar a los reclusos a exámenes de sida obligatorios o de perseguir a los activos sexualmente, se han puesto a la vanguardia en América Latina con respecto a la educación. La consigna ha sido detener la epidemia por medio de la participación de los mismos privados de libertad en la prevención del contagio del VIH y de los factores relacionados, como el consumo de drogas y la violencia. Este plan se opuso, desde el principio, a la política más represiva del Ministerio de Salud que trató de detener el contagio por exámenes forzados de sida y la persecución de la homosexualidad.²⁴ Los consultorios médicos en las cárceles están bajo el control del Ministerio de Salud pero muchos otros programas de educación están bajo la jurisdicción de Justicia. De ahí que ha sido posible que dos campañas paralelas se hayan implantado en los centros penales. La de Justicia que llamaremos como holística, y la de Salud, que sigue el modelo biomédico de prevención.

²⁴ Para un análisis de la campaña represiva del Ministerio de Salud en Costa Rica se recomienda el libro, **La formación de una contracultura. Homosexualismo y sida en Costa Rica**. Editorial Guayacán, 1989.

No existe un solo modelo biomédico. Hay muchas versiones. Tienen en común las siguientes características:

1. El instrumento principal para combatir una epidemia es la información. Si la gente está bien informada de cómo se transmite y previene el agente infeccioso, tomará las medidas higiénicas para controlarlo.
2. La información debe suministrarse con claridad, lenguaje científico y de manera magistral con el fin de evitar malas interpretaciones o confusiones en el público meta.
3. Las epidemias se combaten con los expertos en salud (principalmente médicos) quienes han sido entrenados adecuadamente para combatirlas. Se supone que los “expertos” serán respetados en las comunidades y sus consejos, aceptados y seguidos.
4. El actor principal en la prevención es el Estado, ya que una de sus funciones es garantizar la salud pública.

Problemas

Aunque estos principios son casi incuestionables, la realidad es que no son del todo efectivos.

1. Muchos estudios cuestionan el papel fundamental de la información como vehículo único de prevención. En epidemias como el sida, la gente conoce bien cómo se transmite y se previene pero no lleva a la práctica automáticamente estos conocimientos. Una serie de actitudes y emociones interfieren para que el conocimiento no sea fundamental. El uso del condón, como hemos visto, está –por ejemplo- influido por el consumo de alcohol o de drogas. Si la persona está intoxicada, posiblemente no lo usará independientemente de cuánto sepa sobre la prevención.²⁵
2. Las personas no son pantallas en blanco en donde la información es dirigida. Las actitudes influyen en si los mensajes son recibidos o reprimidos. Mensajes científicos aburridos son generalmente rechazados por los públicos meta. Cuando no se usa la creatividad para que la gente preste atención al mensaje, existe un grado de saturación.²⁶
3. Los “expertos” en salud suelen pertenecer a las clases medias y altas. Su impacto se reduce en los sectores populares que suelen desconfiar de sus intereses.

²⁵ Madrigal, Johnny, **Primera encuesta nacional sobre sida: Informe de resultados** / Johnny Madrigal Pana; Jacobo Schifter Sikora; Asociación Demográfica Costarricense, San José, C.R., ADC, 1990.

²⁶ Abrahams Vargas, Maritza, **Impacto de los mensajes sobre salud reproductiva transmitidos por radio y televisión en los adolescentes de los centros educativos Metodista y José Joaquín Vargas Calvo**. Segundo semestre de 1992, tesis para optar por el grado de licenciatura en enfermería. Universidad de Costa Rica, 1993.

4. El Estado en el Tercer Mundo es generalmente un ente burocrático con poca flexibilidad y credibilidad para ganarse la confianza de la gente.

El modelo holístico

El modelo tiene muchas variaciones y también orígenes. En los Estados Unidos se le asocia con el nacimiento, en los años sesentas, de la medicina alternativa y los estudios sobre el papel de las emociones en la salud. Aunque existía una corriente en la psiquiatría más antigua que estudiaba la conexión de personalidad y enfermedad, el “boom” holístico se iniciaría con los trabajos en temas como la bioretroalimentación, el papel de la actitud emocional en la curación del cáncer y las investigaciones sobre nutrición, dieta y salud. Estas corrientes distintas comparten la premisa de que la persona puede producir tanto como curar la enfermedad y que ésta es producto de desbalances en la vida. La manera de prevenir y curar, entonces, recae en la persona y se desconfía de la medicina occidental con su énfasis en curaciones por cirugía y medicinas químicas.

Para considerarse que un modelo de prevención se considere holístico, o sea que toma en cuenta tanto el cuerpo como la mente, debe seguir algunos de los siguientes criterios básicos:

1. Las emociones juegan un papel tan importante como la razón. Si la persona no está convencida emocionalmente de la necesidad de prevenir para su bien, o no cuenta con la ayuda para hacerlo, no podrá realizar los cambios necesarios.
2. La prevención no puede realizarse de manera magistral. La persona debe ser partícipe en su propio bienestar. Esto significa que el público meta debe ser un actor involucrado en la campaña y no un simple espectador pasivo.
3. Para que la persona sienta que el problema es suyo, debe mirar a personas como él o ella, con sus propios recursos e ideología, involucrarse en la lucha. Los “expertos” suelen quitarles este poder a los individuos al presentarse como dueños de la verdad.
4. La comunidad y el individuo es el vehículo principal de la prevención. Es en este nivel en que se encuentra el conocimiento de las condiciones locales y los obstáculos principales.

Podemos decir que el Ministerio de Justicia ha seguido un modelo holístico y el de Salud uno biomédico de prevención. Las razones para explicar las diferencias ideológicas entre ambos ministerios requieren de un libro aparte. Sin embargo, podemos decir que los funcionarios de Justicia, como abogados, psicólogos, trabajadores sociales y criminalistas que son, tienen una formación más cercana a los principios humanistas de las ciencias sociales. Además, el sistema penitenciario costarricense, en los años setentas, realizó una reforma encaminada a la educación del reo y su reincorporación social. Este espíritu continúa aún vigente y los funcionarios de Justicia se sienten orgullosos de no promover políticas punitivas. En el de Salud, por el contrario, la línea es más conservadora. Los médicos que trabajan en las cárceles, con algunas excepciones, siguen el modelo tradicional de prevenir por medio solo de la información.

El modelo holístico de prevención del sida en la cárcel tiene los siguientes principios:

1. **Respeto a las relaciones de los privados de libertad**

Se asume que la homosexualidad es común en la cárcel y que todo tipo de parejas o de orientaciones sexuales son bienvenidas e incentivadas a participar.

2. **Metodología participativa**

La metodología utilizada para desarrollar las sesiones es participativa. Es decir, un proceso en el que los integrantes del grupo participan en igualdad de condiciones, estableciendo para ello un sistema de comunicación horizontal mediante juegos, ejercicios, representaciones, meditaciones, videos y otros similares. En este proceso participativo, la libertad de ser y hacer del interno es prioritaria, así como la expresión espontánea, activa, creativa y reflexiva, para que contribuya a la toma de decisiones individuales y colectivas sobre los aspectos relacionados con el sida y también con su estilo de vida.

3. **Empoderamiento**

Se inicia con facilitadores entrenados por el ILPES y el Ministerio pero se capacita a los mismos líderes de la cárcel para que ellos repliquen los talleres y asuman el control de la prevención.

4. **Independencia administrativa**

Los talleres cuentan con el aval del Ministerio de Justicia pero se les da autonomía. Esto hace que los privados de libertad sientan confianza que lo que digan no será usado en su contra.

Los talleres tienen ocho sesiones de duración y los siguientes temas:

1. Las reglas del juego. En esta sesión inicial los privados de libertad establecen por consenso, las condiciones en que desean participar. Además, se evalúan aspectos diversos de la vida en prisión que contribuyen a aumentar el riesgo de infección con el VIH por la vía sexual.
2. Sida y sexo más seguro. En ésta, el interno se familiariza con aspectos clave sobre el sida: terminología, transmisión, prevención, sexo más seguro y el examen.
3. Dominio de la cólera. Durante esta sesión se analizan ventajas y desventajas de la cólera desmedida, se explica cómo identificarla, cómo manejarla y el efecto que produce en el individuo la falta de expresión de sus sentimientos.
4. Sexualidad. Aquí se trata de crear conciencia de género (qué es, cómo se construye, diferencias entre masculino y femenino) y, además, se intenta aminorar la hostilidad hacia las personas que no concuerdan con los estereotipos sexuales establecidos.

5. Autoestima. En esta sesión se exploran aspectos críticos que afectan el desarrollo de la autoestima, específicamente la privación de la libertad y la marginalidad del interno.
6. Salud holística. Durante la sesión se crea conciencia de la conexión que existe entre cuerpo y mente para ayudarlos a comprender cómo pueden tomar control de su salud.
7. Alcoholismo y farmacodependencia. Se comparte el conocimiento disponible: origen, detección, consecuencias y alternativas de ayuda, entre otros. También, se trata la negación del problema y cómo puede contribuir la prisión a que los internos sean más vulnerables a la adicción.
8. Poder. Durante la sesión se reflexiona sobre la situación del interno y el poder que puede desarrollar en su ambiente por medio de la solidaridad, el trabajo conjunto, el cuidado a los internos infectados y la contribución a la prevención con los compañeros.

Este módulo, hasta la fecha, se ha aplicado a más de mil privados de libertad (en grupos de 10 a 15 participantes), es decir, aproximadamente al 20% de los internos en el ámbito institucional. Los centros penales en que se ha desarrollado la experiencia comprenden casi la totalidad del país e incluyen los siguientes centros de atención institucional: La Reforma, San José (San Sebastián), Puntarenas (El Roble), Cartago y Heredia. Los centros de Limón y Guanacaste fueron incluidos en el proceso después de la segunda mitad de 1993 .

En lo que respecta al análisis de la información debe mencionarse que a cada participante se le administró un pretest al empezar la primera sesión y un postest, al final de la última. El cuestionario, completado por cada participante en forma individual, fue el mismo al principio y al final, y se diseñó con base en una serie de preguntas que intentaron medir el impacto de la temática de las sesiones. De acuerdo con los resultados de la evaluación, los talleres holísticos son más efectivos que los biomédicos: incrementan más el conocimiento sobre sida y su prevención, reducen el rechazo hacia el preservativo y aumentan su uso. Además, mejoran la autoestima y la comunicación sexual.²⁷ Sin embargo, los resultados, aunque buenos, no son lo suficientemente efectivos para detener la epidemia ya que más del 60% aún no usa siempre el preservativo. A pesar de la capacidad de los funcionarios, pasos más radicales sean quizás necesarios.

27 Madrigal, Johnny, **Impacto de la prevención del sida en privados de libertad costarricenses**. ILPES, Costa Rica, 1993, p.1.

Educación sexual

En la fase de diagnóstico para cada nuevo recluso debe impartirse un taller de educación sexual. Hemos visto cómo un individuo que ha sido sentenciado pasa por un período corto de diagnóstico antes de ingresar en las celdas. Esta preparación no incluye información sobre la cultura sexual que encontrará. Muchos ingresan y ven escenas homosexuales para las que nadie los preparó. Otros ignoran cómo prevenir una violación. Muchos de ellos serán traumatizados durante las primeras veinticuatro horas. Es necesario explicar a todo nuevo recluso las reglas del juego de esta cultura, nos gusten o no.

La educación sexual debe incluir a todo el penal. Uno de los aspectos positivos de la campaña del Ministerio de Justicia ha sido precisamente mejorar los conocimientos sobre cultura sexual y sida en todos sus funcionarios, desde el policía de ingreso, pasando por los conserjes, hasta los directores de los centros penales. La reducción de la desinformación sobre los peligros de contagio y la homofobia han hecho posible un clima de apoyo universal a los programas de prevención. Los policías que antes requisaban los condones para evitar supuestamente la homosexualidad, han dejado de hacerlo. Los funcionarios que castigaban a las personas encontradas en “sodomía” se han vuelto más tolerantes. Sin embargo, es necesario que esta mayor liberalidad se refleje en el papel y se “oficialice”.

Aceptación de lo menos malo

Si queremos hacer prevención en culturas sexuales distintas tendremos que respetar a los líderes e instituciones propias. En nuestro caso de estudio, esto significa suspender las valoraciones morales y aceptar lo que existe.

Un ejemplo de esto tiene que ver con el peligro. Para una población de clase media no criminal, cualquier amenaza debe evitarse. Para poblaciones carcelarias, forma parte de sus vidas: han incurrido en peligro para robar, matar, estafar, traficar y muchos de los crímenes por los que están en la cárcel. Es de esperar que el riesgo esté en sus relaciones. Hemos visto cómo las parejas se forman y viven inmersas en situaciones de riesgo: violaciones, amenazas de muerte, intimidaciones, prostitución y drogas. El contagio con el VIH es simplemente uno más de los muchos que existen, ni siquiera tal vez el peor o más inmediato. Con personas que viven con mucho peligro, posiblemente una forma de prevención sea reducirlo y no aspirar a erradicarlo del todo. Los privados de libertad, por ejemplo, están dispuestos a usar el condón en sus relaciones prostituidas o furtivas, mas no en las íntimas. En éstas, el condón es una amenaza. Hacer promesas que generan cierto riesgo puede ser más importante para ellos de lo que creemos. No obstante, el “cachero” y el travesti o el “güila” que se juran fidelidad están realizando la prevención, sea de la manera más efectiva o no. Combatir esta decisión por “inefectiva” quizás no sea la mejor manera. Tal vez tendremos que contentarnos con promover un 70% en lugar del 100% de efectividad. Esto quizás no sea fácil de aprehender para funcionarios y ONG’s orientadas a la prevención. Sin embargo, no considerarlo puede resultar más

contraproducente cuando la población meta siente que la campaña les roba sus placeres y promesas. Por tratar de lograr lo óptimo, quizás perdemos lo mínimo posible.

Reconocimiento de las parejas homosexuales

La vinculación del amor con la confianza y la fidelidad como formas de prevención llevan a muchos a incurrir en riesgos innecesarios. La hostilidad de algunos funcionarios hacia las relaciones homosexuales acentúa el problema. Si los presos contaran con un apoyo a sus relaciones y, por qué no con un reconocimiento oficial que les permitiera ciertos beneficios como visitas conyugales, privacidad, exámenes médicos, asesoría en sus problemas particulares, podrían prevenir mejor. Si una pareja optara, por ejemplo, por la fidelidad como forma de prevención y se registrara oficialmente como tal con fines de recibir apoyo, podría brindársele exámenes opcionales de sida, condones, privacidad y asesoría. En lugar de castigarlos y separarlos, como a veces sucede, el reconocimiento oficial serviría para promover el sexo seguro. En lugar de gastar cientos de miles de colones en sangrar a toda la población carcelaria para descubrir anticuerpos del VIH, la política nada efectiva del Ministerio de Salud, los exámenes estarían a disposición de quienes los necesiten.

Como nos dice Penélope, “no somos idiotas, sabemos que nos podemos contagiar. Lo que pasa es que a uno no lo dejan en paz con su marido. Cualquier funcionario nos separa cuando le da la gana o tenemos un pleito, pero ¿quién no pelea en este mundo? Entonces nos separan y en vez de estar uno solo con su hombre, termina violado por diez en otro pabellón”.

El reconocimiento de las parejas carcelarias no será un paso fácil ni siquiera para uno de los ministerios más progresistas del continente. Sin embargo, es necesario darlo.

Ayuda en la desintoxicación

Ninguna campaña de prevención puede aislarse de los otros problemas de los privados de libertad. El consumo de drogas es un factor relacionado con el sexo inseguro. Si no desarrollamos una campaña paralela para prevenir el riesgo cuando se está intoxicado, no lograremos detener el contagio del VIH. Sin embargo, tendremos, una vez más, que escoger el mal menor. Es muy difícil que podamos eliminar del todo el consumo de drogas en la cárcel. Dado que este mal lo tenemos que aceptar a regañadientes, nuestro objetivo debe ser enseñar a introducir el uso del condón aún cuando el privado de libertad use drogas. El suministro de jeringas descartables, accesibles a quien las necesite, debe hacerse de la misma manera que con los adictos a drogas intravenosas de la calle. Para aquellos que consumen marihuana y crack, se deben enseñar técnicas para no encontrarse desprovistos de condones en caso de tener relaciones sexuales. Parte de la prevención debería darse antes de consumir la droga. Es en este momento cuando el privado de libertad puede pensar claramente. Algunos compañeros que no las consuman pueden entrenarse para que suministren los condones cuando miren a sus compañeros intoxicados. Otros se pueden turnar y cuidar.

Prevencción de la violencia

Hemos visto que las violaciones en grupo son todo menos relaciones sexuales amorosas. Esto significa que todos los mensajes dirigidos al uso del condón como un cuidado del compañero o compañera son inútiles. Los reclusos usan la relación sexual como una forma de castigo. Con tal de disminuir estos atentados, la campaña de prevención debe incluir talleres contra la violencia. El ILPES ha desarrollado un taller conductivista para controlar la violencia, el TICO (Taller Intensivo de Control) que ha dado muy buenos resultados. Sin embargo, es necesario ofrecer alternativas a los reos que han sido violados, como el posible suministro de drogas antiproteásicas para contrarrestar una posible infección, así como apoyo emocional. La campaña de información debe incluir el tema de la violación como una forma de contagio con el fin de concientizar de los peligros para todos los reclusos, incluyendo a los violadores.

Jugar con el tiempo libre

Cuando la condena es larga, el tiempo se hace eterno. Más si no existen en la cárcel actividades de educación y laborales. Parte del atractivo de la intoxicación es precisamente reducir el tiempo: hacer que los días transcurran más rápido. Toda campaña de prevención debe tomar en cuenta la necesidad de ofrecer alternativas a la droga. Una de las labores del ILPES y del Ministerio de Justicia ha sido precisamente ingeniarse en introducir “alternativas”, como talleres que usan el concepto del realismo mágico y de cooperativas que hagan que los reclusos se emocionen tanto que necesiten menos la droga.

Un caso exitoso ha sido el Taller Experimental en Adicciones (TEA) que tiene como fin demostrarle al privado de libertad las razones por las que necesita droga y darle alternativas para que se “encumbre” sin ellas. El programa no asume que todos dejarán de consumirlas ni tampoco moraliza sobre su uso. Para ello se utiliza desde la música hasta los rituales mágicos como pintar unicornios azules. Los privados de libertad ingresan en un mundo “mágico” en que se promueven experiencias místicas para hacer que el tiempo se amplíe o se haga más corto. La idea es darles instrumentos para jugar ellos mismos con él sin necesidad de drogas. Se ha necesitado mucha sabiduría de los funcionarios para que ellos acepten sesiones de danza rítmica, aeróbicos, entrenamiento de pesas, pintar murales, meditación, cantos gregorianos, música caribeña y otros en las cárceles. Algunos se quejan que los privados de libertad reciben demasiados entretenimientos que no merecen. Sin embargo, este atrevimiento ha dado buenos resultados. Muchos reclusos se entretienen tanto con ellos que prescinden del puro de marihuana o del crack.

Microempresas

Paralelo a estos talleres se ha usado la imaginación en instruir y establecer microempresas que sean “adictivas”. Cuando el Ministerio de Justicia y el ILPES iniciaron escuelas de computación como forma de prevención del sida, pocos entendieron la relación. Sin embargo, introducir la computación estuvo bien pensado. ¿Qué instrumento educativo posee colores, luz y sonido y a la vez crea una adicción similar al viaje de una droga?, nos preguntamos antes de llegar a esta idea. Pues la computación es una manera de hacer que el tiempo “vuele” tan rápidamente como cualquier “bombazo” de la marihuana y el crack. Los privados de libertad que participan en los talleres para obtener un título en computación se la pasan sentados ante las pantallas por horas y han establecido empresas creativas como su periódico, levantado de textos y otros servicios. Otras ideas creativas han sido los proyectos ecológicos como los zocriaderos de iguanas y tepezquintles, la hidroponía (cultivo de vegetales en agua) y las exposiciones de pintura. No obstante, estos programas llegan a un número muy reducido de reclusos y su impacto es aún pequeño.

Para finalizar, es necesario reconocer que el Ministerio de Justicia y el ILPES han sido líderes en el campo de la prevención penitenciaria. Sin embargo, tienen el compromiso de seguir asumiendo nuevos riesgos. De la misma forma que las relaciones de los privados de libertad lo conllevan, así es necesario el riesgo también en la prevención del sida.

EPÍLOGO

Han pasado ocho años desde que ingresé en las cárceles. Con este tiempo, podría haber cometido un asesinato y haber purgado mi condena. Claro que es muy distinto llegar todos los días y poder salir a las cinco de la tarde. No obstante, tampoco es fácil estar en las cárceles aún cuando uno sabe que al final del día, llegará a su casa y se olvidará, por un rato, de los sufrimientos que ha presenciado. Es imposible tampoco no encariñarse con los privados de libertad, aún de aquellos que han cometido crímenes horribles. Hasta la venenosa Clítoris se hizo amiga mía. La pobre se decepcionó toda cuando le dije que no sería la estrella principal de mi trabajo, aunque le prometí que si escribiese en el futuro sobre travestis en el tabo, ella sería la primera en salir. Un poco resignada me contaría luego sus múltiples aventuras en su celda. Ella no sabía decidirse si entre Burro o Calza de Muela, dos de sus pretendientes. En varias ocasiones traté de ayudar a que escogiera a Burro porque consideraba que era su mejor partido y aún tenía todos sus dientes. Sin embargo, una semana después regresaba con Calza de Muela porque según ella, “¿para qué me sirven los dientes?”. Finalmente, Clítoris salió en libertad para terminar asesinada semanas después en Panamá. Dicen que la encontraron con la garganta cortada y hecha un charco de sangre.

Otras veces oí las historias de Pedro que había matado a tres tipos, inclusive a un travesti en la cárcel de Heredia. Recuerdo oír su excusa de cómo la víctima se había buscado su suerte, mientras me fijaba de reojo en que la celda los guardias la habían dejado con candado. “¿Qué pasaría si él se ponía violento? ¿Terminaría yo hecho picadillo de carne”, pensaba con cierto temor. Pero él no sentía violencia hacia mí. Su cólera se había centrado en la infidelidad, en la traición del travesti. Entre tanto, Pedro, orgulloso, me contaba cómo le había metido el puñal y cómo después había limpiado todo el “reguero” porque la “suciedad” no le gustaba, yo pensaba en el pobre travesti que se había enamorado de Pedro. “¿Pero Pedro no crees que es un poco jodido haberlo matado por haberse metido con otro hombre?”, no pude dejar de preguntarle. “El sabía que yo era muy celoso y le encantaba que lo vigilara”, fue su respuesta.

Un día tuve que consolar a Toro porque Angelita no lo visitaba más. Ella había salido en libertad y se rumoraba que andaba prostituyéndose en la calle. “No, no Toro, ¿cómo vas a creer que ella te va a traicionar con otro, con lo mucho que te quiere”, le dije hipócritamente para aliviar su pena. “Es que ella es una travesti y vos sabés cómo le echan los caballos en la calle”, me dijo llorando. “Yo conozco muchas travestis muy dignas, amas de casa, fieles a sus maridos, que van al templo y son cristianas”, le dije. “Pues entonces es que las grandes perras se están echando al pastor”, fue su respuesta. Me quedé callado porque la verdad es que había visto a Angelita pulseándola la noche anterior en la esquina de la Clínica Bíblica.

No puedo negar que también tuve mis pretendientes. Una vez un joven muy guapo me envió un poema de amor. Me decía que yo era el hombre ideal para él y que le resultaba sumamente atractivo. Además, que yo era el personaje principal de sus juegos eróticos. Aunque nunca se me ocurriría tener una relación que no fuera profesional, no puedo

negar que mi ego se sintió algo inflado. Cuando le conté a mi compañero de trabajo que aún me encontraban atractivo, mi ilusión se desvaneció rápidamente. “¿Pero no sabés que a ese tipo lo que le gustan son las zorras viejas para estrangularlas?”, me dijo.

No creo que exista una mente criminal. Creo que más bien existen personas con menor control de sus instintos. Como me ha dicho durante estos años Pico de Lora, mi lazarillo, “la criminalidad está latente en todos”. Cualquiera puede, de acuerdo con las circunstancias, incurrir en ella. Estamos propensos al mal y al bien; sino me creen, lean lo que les pasó a los judíos en el Holocausto. No puedo dejar de pensar que los que terminan en las cárceles son, en su gran mayoría, los pobres. Conozco a miles de empresarios dignos que han robado al Estado. Otros han hecho fortunas con el contrabando. Todos los días algún burócrata se roba la plata del pueblo y muy pocos llegan a ser juzgados y condenados. Los grandes traficantes de drogas generalmente no terminan presos. He sido testigo cercano de hombres que no han acudido al lecho moribundo de su propia madre. ¿No serían éstos los que merecen podrirse en la cárcel? Por otro lado, un pobre diablo que se ha robado un chanco o un televisor con colores, termina encerrado. La justicia en este país, como dice Toro, es para los pobres. “Los ricos pueden hasta matar y tomarse, unos días después, un martini en el Country Club mientras discuten a Aristóteles con sus compinches”, concluye él.

Pero yo no llegué a escribir un libro sobre el sistema judicial. Vine a describir una cultura sexual, aunque Pico de Lora (y muchos historiadores ortodoxos) duden que el sexo sea parte de la cultura. Algunos creerán que la sexualidad es un instinto como el hambre y que estamos programados para responder al llamado de la reproducción (la única sexualidad normal, según ellos). Si algo he aprendido en este estudio es que la sexualidad es más plástica de lo que queremos conceder. Somos un producto de lo que la cultura determina. Esto no significa que no podamos hacer cambios y salirnos del molde. Pero estos cambios y “rebeldías” son respuestas a lo que se nos ha dado. Pocos inventan algo nuevo. Existe un límite de lo que podemos hacer con nuestros cuerpos y cabezas. De ahí que no creo que nuestra orientación sexual esté determinada por hormonas, genes o diferencias de hipotálamos. Si así fuera, no existirían cacheros.

No creo saber nada más sobre sexualidad que los privados de libertad. Algunos “expertos” me han dicho que los reclusos son en realidad homosexuales, como cualquier gay, que simplemente no se atreven a salir del closet. Un periodista gay me lo dijo claramente: “Si ellos pudieran vivir su sexualidad abierta, sin temer el rechazo, serían todos playos”. Yo no lo creo. He aprendido a diferenciar lo que es la cultura gay u homosexual y la que establecen otras minorías como prisioneros, marineros, prostitutas, policías y otros con amplia práctica del sexo con hombres. Aunque la práctica sea la misma, el significado es distinto. Los reclusos no son homosexuales en el sentido más amplio del término: no han sentido, en su mayoría, atracción hacia otros hombres, gustan de las mujeres y no comparten una historia de haberse “sentido diferentes”, lo que es más común entre los homosexuales (aunque tampoco universal). Los gays no tienen ningún derecho a reclamar como suyas a minorías que no quieren tener nada que ver con ellos, ni desean ser representados por sus “líderes”. El mismo Pico de Lora me lo confirmó: “Una noche de éstas salió una loquilla que es director de una organización de maricones, que se

llaman las rosadas o las triangulares, hablando en nombre de todos los hombres que tienen sexo con hombres. ¿Quién quiere ser representado por una loca afeminada? Si yo me sintiera parte de ese grupo, preferiría cortarme las venas”.

En cuanto a las relaciones que he descrito, mucho he aprendido de la sexualidad humana. La necesidad de los prisioneros para establecer relaciones asimétricas responde también a la lógica. En una sociedad patriarcal como la nuestra, las diferencias de género son tan grandes que los heterosexuales no tienen por qué añadir más diferencias a las que ya tienen: el hombre y la mujer son seres socializados de manera distinta. Pero en el caso de las relaciones entre hombres, ambos han sido criados de manera similar. Para mantener la química de la atracción, se hace necesario hacer que unos jueguen un papel distinto de otros. Según Pico de Lora, a “la gente le atrae lo distinto, lo diferente, lo que no tiene”. Si su argumento es correcto, la cultura de la cárcel estimula la diferenciación para mantener el interés de unos hacia otros. Tal vez una de las motivaciones más básicas de la atracción sexual sea querer poseer lo que no se tiene; quizás no. El cachero buscará la parte más femenina en el travesti y viceversa y el hombre mayor, la juventud del cabrito. Las zorras buscarán otras cualidades distintas que la juventud o la feminidad.

La cultura de la cárcel no es muy diferente de la de otras minorías sexuales. Cuando Pico de Lora me indagó, el día en que nos conocimos, qué interés tenía yo para interesarme en escribir este libro, no tenía la respuesta. Ahora quizás tenga una mejor idea. Las minorías tenemos mucho en común. Una de ellas es que todas vivimos circunscritas a cárceles reales o imaginarias: nuestro espacio es limitado; tenemos lugares a los que no podemos ingresar; nuestros cuerpos han sido colonizados y nuestras diferencias, silenciadas. “Sí, Pico de Lora, aunque no lo creas, yo sé lo que es vivir en una cárcel también”, le he podido decir ahora. “Pero usted tiene recursos, usted puede salir de aquí y codearse con la gente que tiene todo el huevo (dinero), ¿cómo se compara usted conmigo?”, fue su respuesta. “Pero, Pico de Lora, dígame usted la verdad, no me mienta, no trate quedar bien conmigo, no me haga la masa aguada: ¿Soy yo igual que los carcelarios, que los Ministros, que los funcionarios, que los religiosos, que los abogados?”, pregunto sin saber la respuesta. “No, usted está loco, usted se viene a meter en donde todos quieren salir, usted se sienta y come la misma mierda que nosotros, usted trae talleres y diversiones, usted ha llorado con nosotros, usted no se ha puesto a ver qué pesca ni que saca, usted está loco”, es su respuesta. “Gracias Pico de Lora, es lo mejor que he oído en mi vida, es hora de irme y escribir este libro”. Mi guía me conduce a la valla que separa los dos mundos y me da un abrazo. Me siento como Orfeo que ha bajado hasta el infierno en búsqueda de algo perdido, tratando esta vez de no mirar hacia atrás.

Glosario

Agüevado:	Aburrido, deprimido
Aporreada:	Relación anal pasiva
Banano:	Pene
Barco:	Preso nuevo
Bombazo:	Intoxicación
Cachero:	Hombre activo en el sexo anal
Cabrito:	Joven homosexual
Cana:	Condena
Caneado:	Condenado
Cara de barro:	Descarado
Cara de barrismo:	Descaro
Carajillo:	Muchacho joven
Chanchos:	Glúteos
Chapulín:	Adolescente delincuente
Chicha:	Bebida alcohólica que se elabora fermentando ciertos alimentos
Coger:	Tener relaciones sexuales
Col:	Hombre de gran poder para liquidar
Coles:	Idem, plural
Compa:	Compañero
Culear:	Tener relaciones sexuales
Dar el churuco:	Dar la palabra
Dar pelota:	Prestar interés o atención
Diay:	Vocativo coloquial costarricense. Puede significar “entonces”, “pues”
Echar el caballo:	Cortejar
Fresitas:	Pedante
Fosforón:	Erotizado
Güila:	Joven homosexual
Harina:	Dinero
Loca:	Homosexual afeminado
Mae:	Fulano, individuo
Mota:	Marihuana
Motillo:	Cigarrillo de marihuana
Pedir cacao:	Rogar
Pegado:	Infectado
Picha:	Pene
Piedra:	Crack
Pijjarse:	Drogarse
Playada:	Conducta homosexual
Playo:	Homosexual
Polvo:	Relación sexual
Poneca:	Pasiva
Psicoseado:	Esquizofrénico
Rabo:	Trasero

Tabo:	Cárcel
Talón:	Lampiño
Tanate:	Pleito, problema
Toma:	Semen
Tuco:	Pene
Zorra:	Homosexual encubierto